PREMIO OTORGADO
CONJUNTAMENTE POR LA CASA DE
LAS AMÉRICAS Y EL CENTRO DE
ESTUDIOS SOBRE AMÉRICA.

CHE GUEVARA EN EL PRESENTE DE LA AMERICA LATINA

Los desafíos de la transición y el desarrollo

Pedro Vuskovic
y Belarmino Elgueta

premio casa de las américas 1982

PREMIO EXTRAORDINARIO
ERNESTO CHE GUEVARA

© Pedro Vuskovic y Belarmino Elgueta, 1987

© Sobre la presente edición:

Ediciones Casa de las Américas, 1987

Edición: *César Ramos*

Diseño: *Orlando Díaz*

Realización: *Georgina Arango*

CASA DE LAS AMÉRICAS
3RA. Y G, EL VEDADO,
CIUDAD DE LA HABANA, CUBA.

Los escritos del Che, el pensamiento político y revolucionario del Che tendrán un valor permanente en el proceso revolucionario en América Latina.

FIDEL CASTRO: Discurso a la memoria de Che Guevara, *de 18 de octubre de 1967.*

EL CHE

La breve y fulgurante vida de Ernesto Guevara como hombre de pensamiento y acción ha gravitado hasta ahora, de manera profunda e incitante, en los pueblos pobres y sobrexplotados del mundo, particularmente en los de la América Latina, su patria grande. Por la universalidad de sus ideas, su influencia se proyecta también en algunos sectores de sociedades capitalistas europeas, donde naturalmente se le admira más como el romántico aventurero que como el revolucionario cabal. De pocos contemporáneos de este hemisferio se ha escrito y hablado tanto como de él, aunque la mayoría de los análisis se han referido al teórico y protagonista de la lucha por la conquista del poder y muy escasos a su participación en la epopeya civil de los primeros seis años de la transición socialista en Cuba, que constituye la otra cara de la medalla al honor del revolucionario.

Esta rica y noble existencia del Che puede dividirse en dos grandes períodos. De 1928, año en que nació en Rosario, Argentina, hasta 1954, año en que tomó contacto personal en Guatemala con un proceso de cambios sociales, se desarrolló su infancia y juventud durante las cuales recibió la formación básica, comprendiendo no sólo su graduación como médico, sino también su peregrinaje por América, que constituyó como su segunda formación en la que podría llamarse universidad de la vida. De 1954, año en que se trasladó a México, hasta su muerte en 1967 en Bolivia, se perfila el revolucionario, el pensador político, el guerrillero, el estadista, que dejó una huella profunda en la historia actual de la América Latina. Como los grandes viajeros del Siglo de las Luces, él le confirió un valor excepcional a esta forma de conocimiento y aprehensión de la realidad, la que ha dado lugar a varios relatos de sus compañeros de aventura. Por dicha cualidad, presenta rasgos de mucha similitud con Eugenio María de Hostos (1839-1903), uno de los más eminentes latinoamericanos, también viajero impenitente y además, como el Che, profundo *asimilador* de la cultura de su tiempo, que después vertió en significativas

aportaciones en el campo de las ciencias sociales, y contribuyó a la modernización de la educación en Chile y en la República Dominicana, al tiempo que luchó infructuosamente por la independencia de su patria chica, Puerto Rico. Ambos pertenecen, pues, a la estirpe de los constructores.

Como recuerda Roberto Fernández Retamar en su sugerente ensayo titulado "Para leer al Che", éste, como Martí, no sólo se pensaba sino además se sentía latinoamericano. Ésta es como la segunda naturaleza de Guevara. Por eso, toda su vida y obra de revolucionario están inscritas en la perspectiva continental, sin dejar por eso de ser argentino. En efecto, su trayectoria propiamente política se inició en 1954, cuando participó en Guatemala en el proceso transformador que fue ahogado en sangre por la satrapía de Carlos Castillo Armas y las que la sucedieron hasta hoy, bajo la férula del imperio. De aquí pasó a México con el exilio guatemalteco, donde conoció a Fidel Castro y se desarrolló entre ambos una de las asociaciones políticas más lúcidas, fructíferas y leales de nuestra época.

Este encuentro providencial lo recuerda el Che con emoción. "Lo conocí" —dice— "en una de esas frías noches de México, y recuerdo que nuestra primera discusión versó sobre política internacional", agregando una frase reveladora de la integridad de estos dos hombres: "A las pocas horas de la misma noche —en la madrugada—, era yo uno de los expedicionarios." (Guevara: *Una revolución que comienza.*) Fidel Castro corrobora las circunstancias de este encuentro y agrega: "Pero en aquel entonces aquella expedición no tenía ni barco ni armas ni tropas. Y fue así como, junto con Raúl, el Che integró el grupo de los dos primeros de la lista del *Granma*" (Castro: *Discurso a la memoria de Guevara.)* Éste es uno de los mayores ejemplos conocidos en la historia de las revoluciones sobre el poder de la fuerza subjetiva.

Previa preparación en México, el Che formó parte, en efecto, de los ochentidós inmortales que zarparon de Tuxpan, Veracruz, a fines de noviembre de 1956, con lo que se inició la etapa revolucionaria de su vida. Ésta a su vez se descompone en tres años de lucha en la Sierra Maestra y las ciudades, seis años de gobierno en la transición socialista de la Revolución cubana, y un año de preparación y combate en la selva boliviana, donde fue herido y posteriormente ultimado a mansalva por un cuerpo del ejército *cipayo,* cuando tenía sólo trentinueve años. En un vano intento por impedir la gravitación de su memoria y su ejemplo en las multitudes latinoamericanas, sus asesinos hicieron desaparecer sus restos para que no tenga sepulcro que rescatarse, como lo han hecho con gran parte de los combatientes revolucionarios en distintos países de este continente, constituyendo el continente de los "desaparecidos."

Como militar dio pruebas de extraordinaria capacidad en la guerra revolucionaria en Cuba y también en Bolivia, de una voluntad tal que lo hizo enfrentarse con unos pocos hombres a fuerzas inmensamente superiores, formadas en las escuelas del Pentágono, adiestradas por expertos en la lucha contrainsurgente, apoyadas con armas poderosas y líneas seguras de abastecimiento. El hecho de haber caído herido mortalmente en la Quebrada del Yuro no demuestra nada en contrario, no significa otra cosa que una desgracia, que pudo suceder también en la Sierra Maestra o en cualquier parte donde combatieron fuerzas tan dispares. "Pero" —como dice Fidel Castro en el discurso mencionado— "cuando nosotros recordamos al Che, cuando nosotros pensamos en el Che, no estamos pensando fundamentalmente en sus virtudes militares. ¡No! La guerra es un medio y no un fin, la guerra es un instrumento de los revolucionarios." En efecto, Guevara es el arquetipo del revolucionario latinoamericano del siglo veinte.

El período más largo de su lucha es, pues, el que sirvió en el Gobierno Revolucionario de su segunda patria. En su representación, el Che continuó viajando, ahora principalmente hacia los países subdesarrollados de Asia y África, completando su visión de los tres continentes más pobres y sobrexplotados por el imperialismo. En seguida, lo hizo también a los países socialistas, donde asimiló nuevos conocimientos de la experiencia viva y palpitante de construcción de una nueva sociedad. Este instinto primordial de la *curiosidad,* base del desarrollo científico, era tan notorio en él que, precisamente, Leonidas Brezhnev lo recordaba por esta cualidad, por el deseo de "conocerlo todo", según manifestó a uno de los autores de este ensayo en conversación realizada en Moscú en mayo de 1971.

Formado en la escuela del hacer, el Che asumió, como ya se ha dicho, responsabilidades decisivas en el Gobierno Revolucionario de Cuba, desde 1959, cuando el Ejército Rebelde entró triunfante a La Habana, hasta 1965, cuando abandonó su patria de adopción para continuar la lucha en "otras tierras del mundo". Se desempeñó como jefe militar de La Cabaña, presidente del Banco Nacional conjuntamente con funciones en la Junta Central de Planificación y como Ministro de Industrias, al mismo tiempo que era comandante de regiones militares y jefe de delegaciones económicas y políticas en diversos países. Para eso, debió continuar su instrucción técnica, completando tres aprendizajes sucesivos: el primero fue su formación como médico, que le sirvió para convertirse en uno de los héroes del *Granma;* el segundo, su ejercicio de las armas en la Sierra Maestra, que repetirá con menos fortuna en la selva boliviana, y el tercero, su desempeño como estadista en Cuba.

Desde la campaña en la Sierra Maestra hasta su último combate en la Quebrada del Yuro, es decir, durante más de diez años de su breve existencia, tuvo el interés y la pasión por escribir o traducir en el papel sus ideas y experiencias con un espíritu verdaderamente pedagógico, no por el gusto estético de ver reproducido su pensamiento en letras de molde, sino —como él mismo señalara— por su convicción de que "teorizar lo hecho, estructurar y generalizar esta experiencia para el aprovechamiento de otros, es nuestra tarea del momento". (Guevara: *Guerra de guerrillas: un método.)* Tal actividad se tradujo en numerosos ensayos, artículos, discursos, etc., por medio de los cuales procuró, primero, explicar el camino victorioso recorrido por la Revolución en la conquista del poder, esto es, la guerra revolucionaria en Cuba; después, presentar un cuadro interpretativo de los primeros años de la transición socialista de dicho país y, por último, relatar paso a paso en su *Diario* la lucha en Bolivia.

El Guerrillero Heroico tuvo siempre una confianza ilimitada en la fuerza subjetiva, en la fuerza moral del hombre, emanada del humanismo marxista; por ello, recogió en sus escritos la preocupación de Marx, en los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844,* así como en *El capital,* por los problemas de la liberación del hombre en tanto que ser social a través del comunismo. En esta perspectiva desarrolló su concepto del *hombre nuevo,* del hombre comunista, negación del hombre alienado de la sociedad capitalista y, en cambio, centro de preocupación del humanismo revolucionario, que supera la emancipación política o parcial por la emancipación humana o total, como lo señalara en repetidas oportunidades.

De acuerdo con la crítica y superación por Marx del mito filosófico de la "naturaleza humana" de la antropología especulativa, es posible distinguir en la palabra humanismo un sentido *filosófico,* en cuanto concepción del mundo en la cual la práctica humana es deducida de la esencia del hombre, considerado como el fin supremo de la historia —opuesta a la teísta— y un sentido *real,* en cuanto concepción que afirma el valor del hombre y tiene por objeto, en los límites de una época histórica determinada, la satisfacción de sus necesidades vitales y aspiraciones de libertad. En este último sentido, el hombre crea la historia, la estructura social que luego lo moldea, como sucede en la época capitalista, en la que genera a su vez las condiciones de su liberación, con lo cual superará su propia enajenación. Tal es el sentido del humanismo en el pensamiento del Che y de la máxima favorita de Marx: "Soy un hombre y nada de lo humano me es ajeno."

Esta fe en el hombre es la que llevó al Che a compararse con Don Quijote. En la última carta a sus padres les expresa, en efecto: "Otra vez siento bajo mis talones el costillar de *Rocinante,* vuelvo al camino con mi adarga al brazo", a sabiendas de que —como dice el insigne Miguel de Unamuno— "una locura cualquiera deja de serlo en cuanto se hace colectiva, en cuanto es locura de todo un pueblo, de todo el género humano acaso". Como héroe de la Revolución, él es no sólo Quijote sino también Sancho, dos facetas *indisolubles* de la criatura humana, que veremos vivas y palpitantes en cada acto de esa aventura americana, porque, como agrega el pensador vasco, "prueba más quijotismo seguir a un loco un cuerdo —como era Sancho— que seguir el loco sus propias locuras". (Miguel de Unamuno: *Vida de Don Quijote y Sancho.)*

Tal es la eterna relación entre los grandes conductores, portadores de la fe en causas universales y generadores de voluntad de acción, y las multitudes formadas por hombres sencillos, de carne y hueso, apremiados por sus necesidades materiales secularmente insatisfechas, que los siguen y gracias a las cuales los ideales perduran más allá de la *finitud* de aquéllos. Por lo mismo que, en esta interrelación, Don Quijote muere cuerdo y Sancho, henchido de ideales, se vuelve "loco", dispuesto a continuar la obra que su señor había dado por terminada y, como lo recuerda don Miguel, le dice en su lecho de muerte: "¡Vuelva en sí! ¡Vuelva en sí y déjese de cuentos!" En el caso del Che no fue necesaria tal invocación, porque él, síntesis de ambos valores, fue capaz de fundir el sueño y la vida en su obra hasta la muerte, sin una duda ni un desfallecimiento.

No pudo, por eso, proferir esa frase terrible del libertador Simón Bolívar, dominado por el escepticismo, al final de su vida: "he arado en el mar". Por el contrario, él murió convencido de que su obra se consolidaría, primero, en Cuba y, tarde o temprano, en el resto de la América Latina. "No importa" —dijo, por eso— "para el resultado final, que uno u otro movimiento sea transitoriamente derrotado. Lo definitivo es la decisión de lucha que madura día a día, la conciencia de la necesidad del cambio revolucionario, la certeza de su posibilidad. Es una predicción. La hacemos con el conocimiento de que la historia nos dará la razón." (Guevara: *Guerra de guerrillas: un método.)* La juventud latinoamericana le ha hecho honor a esa fe, con un derroche de heroísmo y sacrificio que no desmerece al que él nos legara con su vida y su muerte.

En un momento de confusión ideológica, cuando cierto pensamiento reformista pretende retrotraer la lucha de las masas a objetivos menguados, abandonando los fines de la revolución latinoamericana, no podemos dejar de referirnos a la relación de Guevara con Allende, dos personalidades al parecer distintas to-

da vez que siguieron caminos diferentes en la lucha por el socialismo, pero que el término de ésta los igualó en la muerte. Médicos de profesión, una similar sensibilidad los persuadió desde su más temprana juventud que las causas principales de la morbilidad en América Latina eran el retraso económico y social, la pobreza extrema, la desnutrición infantil y el hambre ancestral, por lo que cambiaron el ejercicio de la medicina por el de la lucha política para erradicar la desigualdad, un tema recurrente, que hoy se alza de nuevo como un fantasma en este continente de la esperanza. Las de ellos son verdaderas *vidas paralelas* que incitan a un análisis, a partir del reconocimiento de elementos positivos en ambos que, de integrarse en una sola táctica, podría abrir nuevos caminos de victoria.

El encuentro de estos dos hombres fue, como sucede a menudo en la historia, providencial a la vez que espectacular. El expresidente chileno recordó su primera entrevista con el revolucionario argentino-cubano en un discurso pronunciado en el senado de su país el 18 de octubre de 1967, por cuyo intermedio le rindió homenaje con ocasión de su asesinato en Bolivia, explicando que le tocó conocerlo en enero de 1959, sólo "horas después" de que el Ejército Rebelde entrara a La Habana debido a que, encontrándose en Venezuela, quizo tomar contacto inmediato con la Revolución cubana. Introducido por Carlos Rafael Rodríguez, lo visitó en el cuartel La Cabaña. "Nunca olvidaré" —expresó Allende— "la impresión que tuve. En una gran sala, habilitada como dormitorio, cuajada de libros, en un camastro de campaña, tendido, con el torso descubierto y sólo con sus pantalones verde oliva, estaba un hombre de mirada penetrante con un inhalador en su mano. Me hizo un gesto para que lo esperara mientras él trataba de calmar su intenso ataque de asma". Entonces, Allende tenía 51 años y Guevara sólo 31.

El dirigente socialista chileno grabó en su mente el recuerdo de este inusitado encuentro, en el momento de transición entre la política tradicional y la lucha revolucionaria en el movimiento popular de la América Latina, que marca la Revolución cubana. "Durante 10 o 15 minutos pude mirarlo y ver el brillo lacerante de sus ojos, su mirada inquieta. Allí estaba tendido uno de los grandes luchadores de América, acosado por una enfermedad cruel. Después conversamos. Muy sencillamente, me hizo ver que a lo largo de años de lucha, su asma no lo había abandonado; al contemplarlo y oírlo, yo pensaba que había sido su drama: ¡desarrollar esa gran tarea aquejado de una enfermedad tan rebelde y cruel!" En dicha oportunidad, ambos hombres, sin sospechar siquiera que tendrían un destino aciago común, conversaron sobre las luchas revolucionarias del continente, sobre la Revolución cubana y las grandes tareas de la construcción socialista. En seguida, el Che lo puso en contacto con Fidel y Raúl Castro, y "en las cinco oportunidades en que posteriormente visité Cuba" —dijo Allende— "lo fui a ver y conversamos horas y horas". (Allende: *Ernesto Che Guevara: un símbolo.)*

En ese discurso de homenaje pronunciado en el senado de Chile, Allende expuso con orgullo revolucionario que Guevara le había obsequiado su libro *Guerra de guerrillas* con una dedicatoria que decía: "A Salvador Allende que, por otros medios, trata de hacer lo mismo. Afectuosamente: Che". Más tarde, siendo Presidente de Chile y muerto Guevara, repitió en la Universidad de Guadalajara, México, el 2 de diciembre de 1972, es decir nueve meses antes del golpe militar que derrocara a su gobierno y provocara su muerte, el mismo recuerdo. La fidelidad a esa fraternidad revolucionaria se expresaría además en la protección que prestó, como presidente del senado, a los sobrevivientes de la guerrilla de Ñancahuazú, cuando éstos pasaron la frontera con Chile, desde donde los acompañó hasta Tahití, en su viaje a Cuba, así como en el respeto que ofreció, como presidente de la República, a la vida y seguridad de Roberto Santucho y sus compañeros cuando se fugaron de Trellew, negándose a devolverlos a Argentina, a pesar de las presiones del gobierno del general Lanuse en un momento delicado en las relaciones entre ambos países. La de Allende fue, sin duda, una solidaridad revolucionaria nunca desmentida.

Por caminos distintos, Guevara y Allende tuvieron un destino común, que constituyó una verdadera tragedia para el movimiento popular latinoamericano. La muerte en combate de ambos es representativa de su fidelidad a los principios socialistas, a la causa de la revolución continental y mundial. Como dijo Unamuno en el libro mencionado, "a la luz de la muerte es como hay que mirar la vida", por lo que debe cambiarse la antigua máxima latina *sicut vita finis ita* (cual es la vida tal será la muerte) por esta otra: cual es la muerte tal fue la vida. "Una muerte buena y gloriosa abona y glorifica la vida toda, por mala e infame que ésta hubiere sido, y una muerte mala malea la vida al parecer mas buena. En la muerte se revela el misterio de la vida, su secreto fondo". Tal es también la simbología heroica de la revolución latinoamericana.

Guevara y Allende, unidos en una sola lucha, representan un ejemplo; un camino por hacerse.

NOTA PRELIMINAR

La América Latina se encuentra en el ojo de la tormenta que agita a su estructura social, de la crisis generalizada más profunda y aguda de su historia actual, en la que los pueblos buscan nuevas salidas que permitan resolver problemas apremiantes del presente y proyectar su desarrollo futuro por el camino de su liberación nacional y continental. Como en los inicios de la centuria pasada, cuando rompe las cadenas coloniales, hoy protagoniza una lucha crucial por superar la dependencia del imperialismo y emprender el tránsito hacia una sociedad más libre y más justa. En esta gran tarea siempre será útil rescatar las experiencias de lucha, para aprender a través de la reflexión, como es el propósito del presente ensayo.

En dicho marco general, el centro de preocupación de este trabajo es el pensamiento social del Che; incluso en un sentido más restringido, su pensamiento *económico*. Pero buscamos comprenderlo no tanto en sus contenidos específicos, sino más bien como expresión de dos fenómenos de naturaleza muy diferente pero igualmente apasionante: de una parte, como manifestación de ese proceso tan desafiante de conversión del guerrillero en estadista, del comandante en lucha en hombre de Estado; y, desde otro ángulo, como una herencia intelectual que da cuenta de los problemas, opciones e incertidumbres que surgen en el tránsito de una sociedad capitalista a una sociedad socialista, y con el telón de fondo, esta vez, de una sociedad latinoamericana.

En el resultado de este texto quedan presentes las dos dimensiones, hasta el punto en que fuimos capaces de integrarlas, y con el riesgo consiguiente de que acabe mereciendo el reproche de quienes hubieran esperado una presentación más sistemática de una o, alternativamente, de la otra de esas dimensiones. En definitiva, nos apoyamos en el Che y recogemos su pensamiento para presentar algunas de las grandes cuestiones de la transición socialista, en particular los problemas económicos de ésta, a la luz

de la experiencia cubana y según deja constancia aquél en sus escritos.

No se espere, pues, por lo dicho, que el texto satisfaga otras expectativas más amplias o más rigurosas, ni se malentiendan sus limitaciones. En la mayor parte de sus contenidos, lo que está presente es sólo la primera fase de la función transformadora de la Revolución cubana y no utiliza otras fuentes que no sean el testimonio, las interpretaciones y las formulaciones téoricas del Che; de manera que no debe considerársele como intento de una relación histórica del período: lo que buscamos resaltar es la visión que tuvo el Che de esa parte del proceso y su proyección pedagógica en los hechos del presente y del futuro en nuestro continente.

Por lo mismo sobra decir que al hacerlo así no estamos sugiriendo de ninguna manera que debieran atribuírsele a él las numerosas y grandes decisiones de estrategia y políticas del período. La Revolución cubana fue y es obra de creación colectiva en la que se distinguen dirigentes de la talla universal de Fidel Castro, su líder natural y más genuino. Lo que sí queremos es destacar al Che como protagonista y testigo, intérprete e historiador de esa grandiosa epopeya legada a los latinoamericanos, quien pudo decir también, como Lenin, que "es más agradable y útil vivir la experiencia de una revolución que escribir acerca de ella", aunque al igual que el dirigente bolchevique, se concedió tiempo para ambas actividades.

Buena parte de este texto está construida con los conceptos e incluso frases suyas, aunque no siempre dejemos expresa constancia de ello mediante citas formales. Lo que no impidió que en torno a ciertos temas incorporáramos también algunas reflexiones sustentadas en otras fuentes que ilustran sobre experiencias históricas anteriores y posteriores a la Revolución cubana. Tampoco podíamos leer al Che y recoger el significado de su pensamiento sin estar influidos por lo que fue nuestra propia vivencia directa en el proceso popular chileno durante el gobierno del presidente Allende.

Por todo ello, el texto busca constituirse en una exposición sistemática sobre problemas de la transición en un sentido más general que el de la referencia a un proceso determinado; con lo cual, si bien en ocasiones pudiera parecer que nos alejamos de los contenidos estrictos de la obra del Che, respondemos a la convicción de que esa obra no es sólo documento de historia, sino material de estudio igualmente relevante en el presente de la América Latina, del que pueden inferirse múltiples temáticas no consideradas necesariamente por él.

Sólo resta por decir que, de manera deliberada, hemos incluido unas brevísimas notas sobre la vida y personalidad del Che antes de esta presentación y de los siguientes capítulos, como un homenaje a su memoria y también como antecedentes indispensables para comprender el valor inconmensurable de sus contribuciones a aquella lucha por la liberación latinoamericana. En tal sentido, tenemos la convicción de que su trayectoria ejemplar, su pensamiento cultivado y sus análisis críticos de los problemas de la transición enriquecerán cada vez más, a través de su difusión, el patrimonio ideológico y político común de nuestros países.

CAPÍTULO PRIMERO

EL CAMINO DE LA REVOLUCIÓN CUBANA

El carácter de la Revolución

Cuando el proceso de la Revolución cubana marcó el tránsito de la lucha insurreccional victoriosa a la constitución del nuevo poder revolucionario, los hombres que habían sido protagonistas de aquella gesta cambiaban también su condición de combatientes guerrilleros a la de responsables de la conducción del Estado. Innumerables nuevas interrogantes se abrían ante ellos, tanto o más desafiantes que lo que habían sido las incertidumbres del combate. Comenzaban por el propio carácter que habría de asumir, a partir de entonces, la Revolución de que eran conductores. Quizás sin que advirtieran ellos plenamente hasta dónde esa Revolución vendría a representar un hito fundamental en el proceso histórico de la América Latina. Por primera vez triunfaba un movimiento popular que, si bien se había alzado con el declarado propósito de abatir a una dictadura, se convertía en el curso de la lucha en una revolución socialista, incorporándose en el ciclo de las revoluciones del presente siglo signado por la teoría marxista.

A los dirigentes de ese proceso —el Che entre ellos— correspondía desentrañar lo que habría de tener como características comunes con otros procesos revolucionarios, al tiempo que advertir sobre sus peculiaridades, como quiera que cada una de ellas constituye creaciones de las masas en su marcha ascendente hacia la transformación de la sociedad. En ese marco conceptual, la Revolución cubana no podía escapar a dicha línea general de desarrollo, exhibiendo similitudes y diferencias con procesos que la precedieron.

Como todas las revoluciones socialistas, ella asumió el carácter de un proceso *continuo*, según el modelo definido por Marx, pasando rápidamente de la lucha nacional y democrática a la lucha directa por el socialismo. En un breve lapso saltó de una fase a otra, resolvió problemas que en otras experiencias requirieron

muchos años y, antes que el imperialismo se decidiera a aplastarla con todo su poderío, ya ella había organizado su defensa hasta el punto de derrotar la intervención militar en Playa Girón. Desde entonces y hasta ahora no ha existido fuerza suficiente para poner en jaque su desarrollo.

En la época de las revoluciones socialistas, su victoria y consolidación demostró que éstas ya no pueden circunscribirse a las fronteras nacionales, sino que deben internacionalizarse, porque su destino se decide en el escenario mundial de la lucha de clases, donde concurren las fuerzas sociales de la burguesía y de los trabajadores, del capitalismo y del socialismo. En Cuba tendrían que enfrentarse, en efecto, la hostilidad imperialista con la solidaridad de los pueblos de todo el orbe, así como en la Crisis de Octubre de 1962 chocaron los Estados Unidos y la Unión Soviética, hasta acumular aquélla, las fuerzas necesarias para seguir avanzando en el camino de la revolución latinoamericana.

En medio de esta lucha titánica, el Che Guevara —el hombre "más cabal de su época", como le llamara Sartre— fue actor e intérprete de ésta, participó en la guerra civil y en la reconstrucción social y, sobre todo, proyectó su intelecto en la lucha ideológica, en la dilucidación de la siempre actual controversia centrada en la disyuntiva —reforma y revolución— que ha escindido al movimiento socialista con posterioridad a la muerte de Marx y Engels. Ésta es una cuestión crucial que por lo mismo, no pudo escapar a la preocupación del revolucionario latinoamericano, como no puede estar ausente en el debate de hoy, cuando el viejo reformismo se reviste con el oropel de la "renovación", renuncia al marxismo y formula un programa de consolidación y desarrollo del capitalismo.

En efecto, las actuales controversias de la América Latina reproducen la continuidad que exhibieron en otras latitudes, donde se desarrollaron primero las organizaciones revolucionarias. Éstas comienzan en la socialdemocracia *finisecular* a través del conflicto entre ortodoxia marxista y revisionismo, continúan en el período de entreguerra con la división entre socialdemocracia y comunismo, replanteándose hoy por medio de las nuevas disputas entre la tradición comunista y el eurocomunismo. Se trata, pues, de un debate que no se agota con el tiempo, porque está estrechamente relacionado con los caminos de la revolución.

El reformismo, según los términos formulados en la primera de las controversias mencionadas, afirma que la transformación socialista de la sociedad puede iniciarse y puede terminar sin una revolución política, esto es, la conquista previa del poder. Desde entonces, aquella tendencia se ha convertido cada vez más en la expresión *conservadora* de la pequeña burguesía que, sin afectar al capitalismo, persigue confinar ciertos leves cambios sociales

a las medidas que pueden proporcionar las clases dominantes, para lo cual se incorpora como socio menor en los proyectos políticos de la gran burguesía y del imperialismo, en las maniobras de *relevo* dentro del bloque social dominante.

Las cuestiones tácticas discutidas entonces en Europa continúan proyectándose hasta hoy. Éstas consistían principalmente en disputas en torno a suscribir o no alianzas electorales y participar o no en coaliciones de gobierno con los partidos burgueses. Planteaban también las opciones ante las nacionalizaciones en el campo de la economía y las leyes de beneficio social estando el gobierno bajo el control capitalista. Para los reformistas de hoy, la transformación "socialista" de la sociedad se logrará mediante la simple profundización de la democracia liberal y la sucesiva acumulación de reformas en el marco de una supuesta revolución democrático-burguesa.

No obstante, aquellas controversias tenían un trasfondo mayor para quienes pensaban que la transformación socialista requería una revolución política, ya sea al comienzo del proceso, ya sea al final del mismo.

En el primer caso, es decir, si el tránsito socialista sólo puede iniciarse con una revolución política, las reformas son subproductos de la lucha revolucionaria, no son éstas en sí las que ayudan a la educación y organización de las masas trabajadoras, sino la lucha por alcanzarlas. Por ello, para resolver los problemas tácticos mencionados, se preguntarán qué política los acercará más a la conquista del poder. La situación es distinta en el caso de que la revolución política tenga lugar cuando la economía capitalista alcance un alto grado de maduración —tesis del final— como quiera que en tales circunstancias las conquistas parciales pueden servir para educar y organizar a las masas. Por eso, cuando deben pronunciarse sobre los problemas tácticos anteriores, su pregunta se dirigirá a saber qué política profundizará más el proceso gradual y acumulativo de las reformas, hasta desembocar en el enfrentamiento de clases definitivo.

Guevara tomó una clara posición en este debate a través de un análisis social de la realidad latinoamericana. Él considera a la burguesía interna en alianza político-social con los grandes terratenientes, constituyendo las oligarquías dominantes, coaligadas éstas con el imperialismo, con sólo contradicciones secundarias. En tales circunstancias, la revolución democrático-burguesa concebida en los términos europeos es imposible, por la condición conservadora de aquélla. Su posición es categórica a la luz de la experiencia vivida por él mismo. "La revolución cubana" —dice— "ha dado el campanazo de alarma", y agrega que "las burguesías nacionales se han unido al imperialismo norteamericano en su

gran mayoría, y deben correr la misma suerte que éste en cada país." (Guevara: *Guerra de guerrillas: un método.)*

De la experiencia cubana, el Che proyectó el carácter socialista de la Revolución a todo el continente. Este pensamiento quedó fijado en el *Mensaje a la Tricontinental,* considerado como su testamento político, donde afirma que la liberación real de los pueblos se convertirá en una revolución socialista. "Las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo —si alguna vez la tuvieron— y sólo forman su furgón de cola. No hay más cambios que hacer: o revolución socialista o caricatura de revolución." Para él, la revolución tiene un carácter continuo, en cuyo desarrollo se pasa de las tareas democráticas a las tareas socialistas, de la lucha contra el imperialismo a la lucha contra las burguesías internas. (Guevara: *Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental.)*

La interrelación entre estrategia y táctica es nítida en su pensamiento, a través del cual pone énfasis especial en la distinción entre una y otra, excluyendo toda confusión al respecto, entre los objetivos estratégicos y los objetivos tácticos, entre la conquista de todo el poder y la de sólo algunas posiciones. "Marx recomendaba siempre que una vez comenzado el proceso revolucionario" —expresa en *Guerra de guerrillas: un método*— "el proletariado tiene que golpear sin descanso. Revolución que no se profundiza constantemente es revolución que regresa [...] Si no se alcanza el poder, todas las demás conquistas son inestables, insuficientes, incapaces de dar las soluciones que se necesitan, por más avanzadas que puedan parecer." La experiencia chilena de 1970-1973 vino a demostrar históricamente la validez de dicha apreciación.

La revolución no depende, sin embargo, de una sola táctica, como se ha sostenido por algunos grupos políticos, si bien ella debe ser claramente definida en los períodos de aguda lucha de clases y en las situaciones revolucionarias. "Los revolucionarios no pueden prever de antemano" —agrega Guevara— "todas las variantes tácticas que pueden presentarse en el curso de la lucha [...] Sería un error imperdonable desestimar el provecho que puede obtener el programa revolucionario de un proceso electoral dado; del mismo modo que sería imperdonable limitarse tan sólo a lo electoral y no ver los otros medios de lucha —incluso la lucha armada— para obtener el poder." Esta es una visión realista del empleo y combinación de distintas tácticas, según las circunstancias históricas y la disposición de las masas.

La Revolución cubana es uno de esos caminos, por lo que ésta según Guevara, "ha mostrado una experiencia que no quiere ser única para América, pero que es un reflejo de una forma de llegar al poder [...] Cada país y cada partido dentro de su país debe buscar las fórmulas de lucha que la experiencia histórica aconseja". (Guevara: *Cuba: ¿Excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?)* La Revolución nicaragüense, que el Guerrillero Heroico no pudo ver, confirma la constatación de que los únicos procesos revolucionarios victoriosos, por encima de la terrible resistencia de las burguesías internas coaligadas con el imperialismo, son los que han seguido ese camino. Es una advertencia que debe tenerse presente en las luchas actuales y del futuro.

No obstante, este hecho irrecusable no invalida su concepción sobre la viabilidad de diversas tácticas; tampoco la derrota de movimientos de masas tan amplios como el de la Unidad Popular de Chile, en el período 1970-1973. Siempre será posible, cuando no haya otros caminos abiertos, *iniciar* un proceso revolucionario a partir de una victoria en las urnas, a condición de prepararse para enfrentar a la contrarrevolución por todos los medios, a conciencia de que ésta nunca es pacífica ni legal. La vía en sí no es garantía de triunfo, como se demuestra con la plaga de siniestras dictaduras que, por ciclos, agobian a los pueblos y como lo enseña el martirologio de tanta juventud en la América Latina.

Las concepciones de Guevara sobre el carácter dependiente del capitalismo en esta región del mundo y la incapacidad de las burguesías internas para hegemonizar una revolución nacional y democrática, como la que realizaron los países desarrollados de Europa, así como su inferencia de que sólo a través del socialismo es posible escapar del subdesarrollo, encuentran raíces latinoamericanas en el pensamiento de José Carlos Mariátegui, y su demostración evidente en la Revolución cubana. No puede pedirse mejor compañía, ni mayor grado de autenticidad. ¡Es curioso! Existe un extraño paralelismo entre el "amauta" peruano y el "condotiero" argentino. Ambos fueron dominados por la curiosidad científica y el anhelo de cambiar al hombre y al mundo, para lo cual universalizaron su pensamiento. Atraídos por la teoría, realizaron un formidable esfuerzo de voluntad destinado a complementarla con la acción, superando dolencias graves: parálisis en Mariátegui y asma en Guevara.

La vida de ambos, por extraña paradoja, fue igualmente breve, por lo que presintiendo su destino trabajaron de prisa y hasta el último minuto. A fines de su vida, cuando preparaba su viaje a Argentina donde esperaba recibir una pierna artificial en reemplazo de la amputada, a Mariátegui se le oyó exclamar: "Ahora es cuando se me está haciendo sentir toda la magnitud y la orfandad de mi invalidez." En similares circunstancias, cuando preparaba su viaje a Bolivia para iniciar una nueva lucha, Guevara dice en carta a sus padres: "Ahora, una voluntad que he pulido con delectación de artista, sostendrá unas piernas flácidas y unos pulmo-

nes cansados. Lo haré." Ambos marxistas "confesos y convictos" afirmaron sus principios cuando muchos dudaban.

Mariátegui afirmó treinta años antes de la Revolución cubana que el desarrollo económico y social latinoamericano se diferenciaba del que había experimentado Europa, por lo que no existía un proceso de continuidad entre avance y atraso, sino relaciones específicas de interdependencia entre nuestros países y las potencias centrales del capitalismo mundial, que requerían una definición precisa para extraer directivas estratégicas. Al desarrollo de esta línea de pensamiento dedicó gran parte de su actividad teórica, la que retomará Guevara más tarde.

Contrariando el concepto de la revolución democrático-burguesa como etapa diferenciada, en la América Latina, Mariátegui sostuvo en los lejanos años veinte la relación indisoluble entre las tareas democráticas y las tareas socialistas en el proceso revolucionario. Sus juicios transmiten frescura y transparencia, son actuales. "Los cerebros insuficientemente profundos y críticos pueden pensar que la eliminación del feudalismo es una medida liberal-burguesa típica, y que el deseo de imprimir un carácter socialista a este proceso es una adulteración romántica de las leyes históricas objetivas. A este criterio vulgar se limitan los teóricos baratos que oponen al socialismo su único argumento: que el capitalismo no se ha agotado en el Perú." (Mariátegui: Prefacio a L. E. Valcárcel en *Tempestad en los Andes.*

El revolucionario peruano manifiesta también que "no existe en Perú, como no ha existido jamás, una burguesía progresista, con sensibilidad nacional, que se proclame liberal y democrática y que inspire su política en los postulados de su doctrina". (Mariátegui: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana.)* De esta caracterización de la burguesía interna, deriva la estrategia revolucionaria. "La emancipación de la economía del país" —expresa en el preámbulo del programa del Partido Socialista de Perú en 1928— "es posible únicamente por la acción de las masas proletarias, solidaria con la lucha antimperialista mundial. Sólo la acción proletaria, puede estimular primero y realizar después las tareas de la revolución democrático-burguesa que el régimen burgués es incompetente para desarrollar y cumplir." Este mismo análisis se proyecta al conjunto de la América Latina, y es corroborado por la experiencia de la Revolución cubana, en los exactos términos en que lo expone el Che.

La cuestión nacional es planteada también por Mariátegui de manera original y coincidente con la concepción actual del movimiento revolucionario latinoamericano. No se trata, como se entendía en el marxismo europeo y en el discurso de la Tercera Internacional, de la liberación de una nacionalidad *irredenta* ni de la simple autodeterminación de la misma. Ésta supone algo

más. Es la incorporación democrática de las masas populares marginadas a un proceso constitutivo de la nacionalidad integrado con un proyecto socialista. Esta interpretación le lleva a definir el sujeto histórico de la revolución como un frente de trabajadores. Coincidencia notable con el pensamiento que más tarde desarrollaría el Che, y que años después de su muerte quedó recogido en la Constitución cubana aprobada en 1976, en el inciso 2 del artículo 4: "El poder del pueblo trabajador se sustenta en la firme alianza de la clase obrera con los campesinos y las demás capas trabajadoras de la ciudad y del campo, bajo la dirección de la clase obrera." Hay una clara línea de continuidad.

Importancia de la fuerza subjetiva

Vinculada estrechamente al tema del carácter de la revolución, estaban también ante los dirigentes los problemas de la organización conductora del proceso revolucionario. Partían del hecho de que en la Revolución cubana —el acontecimiento político más importante del presente siglo en este continente— no estuvo presente la intervención *dirigente* de ninguno de los partidos obreros tradicionales. La conducción, durante el período de lucha por la conquista del poder, correspondió principalmente al *Movimiento 26 de Julio* y otros grupos de inspiración similar, rasgo determinante para que en la Revolución cubana y en la izquierda continental se abriera un debate generalizado sobre la cuestión del partido como vanguardia revolucionaria, cuyo examen exigió entonces el estudio sistemático del desarrollo de los partidos obreros en la América Latina.

Para el Che y sus compañeros de dirección había, por cierto, el antecedente de variadas experiencias y controversias latinoamericanas. En éstas se identificaban por lo menos tres corrientes políticas que históricamente estuvieron presentes en el movimiento popular (sin menoscabo del aporte que entregó el movimiento anarquista a la organización y educación del proletariado): la socialista proveniente de la Segunda Internacional, de la que fueron portadores principales inmigrantes europeos; la comunista, generada por la acción de la Tercera Internacional, y la populista, desarrollada por lo general a través de la acción de un liderazgo carismático en el que cristalizaban reivindicaciones de extensas masas. Cada una presenta sus características estratégicas y modalidades tácticas y, por lo mismo, el conocimiento y el análisis comparativo de éstas resultaba ser una referencia muy importante tanto para la Revolución cubana en aquella fase como sigue siéndolo en el presente latinoamericano.

Partidos socialistas históricos, como el argentino y el uruguayo, no tuvieron nada en común con los actuales movimientos que

se definen como socialdemócratas. En efecto, fueron partidos obreros y no pluriclasistas, sostenían y difundían el proyecto de construcción de una sociedad socialista, y no la consolidación de un régimen burgués, se orientaban por y hacían suyo el marxismo, en tanto los socialdemócratas de ahora se guían por un abigarrado cuerpo de interpretaciones que toman como referencia general el "bien colectivo". En suma, los primeros fueron impulsores de la organización independiente de los obreros, mientras que sus homónimos de hoy se limitan a expresar objetivamente las necesidades de internacionalización del capital europeo y, en ese sentido, obran como sus agentes.

El movimiento comunista, expresado a través de la Tercera Internacional y sus sucedáneos, se distanció con frecuencia de la realidad latinoamericana específica, y muchas de las organizaciones que lo representaban pasaron del ultraizquierdismo de su período de constitución a las tesis frentepopulistas y luego a las proposiciones de unidad nacional durante el período de la Segunda Guerra Mundial. No guardaron correspondencia con las realidades concretas de la América Latina, buscaron desarrollarse en el marco de una estrategia orientada a promover una *ilusoria* revolución democrático-burguesa alentando, en consonancia con ésta, alianzas con la burguesía interna o con sus fracciones.

Por su parte, los movimientos populistas corresponden a corrientes pluriclasistas, que han conducido procesos tendientes a convertir al Estado en un instrumento de cambios sociales al interior del sistema y sin exceder sus límites, particularmente por la vía de modificar en sentido progresista la distribución del ingreso y procurar la extensión de los servicios sociales. Al mismo tiempo, han constituido por lo general un vehículo a través del cual amplias masas populares se incorporaron a la participación en la vida política de sus países, puesto que el populismo se caracterizó por prácticas organizativas que buscaban subordinar los movimientos populares al Estado. En las condiciones presentes, los proyectos populistas aparecen agotados en la América Latina y, más bien, evolucionan hacia un encuentro con la socialdemocracia, configurando elementos supuestamente aptos para recambios en la propia dominación burguesa.

Como expresiones de cierta tradición histórica, constituyen excepción otros partidos que, sin inscribirse en ninguna de las corrientes señaladas, asimilan contenidos positivos de éstas y definen posiciones de autonomía revolucionaria y socialista. El caso más destacado, por el arraigo de masas que llegó a exhibir, es el del Partido Socialista de Chile. Su concepción continental de la revolución y la caracterización socialista de ésta, el rechazo de un eventual proceso democrático-burgués por la incapacidad de las burguesías internas, subordinadas al imperialismo, el reconocimiento de un frente de trabajadores como fuerza motriz de esa revolución, con la hegemonía de la clase obrera, son, entre otros, postulados de este partido, que forman parte del legado de Mariátegui y se identifican con el pensamiento de Guevara.

Tales eran, pues, las experiencias latinoamericanas preexistentes a la Revolución cubana en cuanto a la formación y desarrollo de la fuerza subjetiva en la lucha por la conquista del poder y la construcción del socialismo. Por lo mismo, dicho proceso adoleció de las insuficiencias de maduración de esa fuerza dirigente. El Che recuerda que, en el caso de Cuba, comenzó como un movimiento de masas que apoyaba una lucha insurreccional, sin la intervención de un partido orgánico de la clase obrera, movimiento que se unifica después de la derrota de la dictadura y la burguesía con el Partido Socialista Popular, partido "que no había encabezado la lucha en ese momento". Con el profundo sentido autocrítico que le caracterizara, advierte que el movimiento original tuvo una carga de ideología pequeñoburguesa, que fue superando en la lucha misma, al enfrentar cada día los problemas de la guerra y de la reconstrucción social.

La gran aventura de la Revolución asumió una perspectiva distinta a partir de la asunción del poder. En enero de 1959, se estableció el primer Gobierno Revolucionario cuya fuerza descansaba en el *Ejército Rebelde* que, con una aureola de gloria, había arribado a La Habana. Este gobierno, que comprendía a varios representantes de la burguesía, presentó rápidamente contradicciones internas que se superaron de manera provisional, con el ascenso de Fidel Castro al cargo de Primer Ministro, pero que culminaron en julio del mismo año con la renuncia del presidente Manuel Urrutia ante las presiones sociales, acontecimiento que marca el ingreso a la escena histórica de ese personaje de millones de caras, pero eternamente preterido: las masas. Son ellas las que decidieron el rumbo de la Revolución mediante su apoyo multitudinario y avasallador a su líder natural, Fidel Castro, y a sus compañeros de lucha.

Estas masas —en definitiva, el pueblo cubano— asumieron desde entonces un papel de primer orden en el proceso revolucionario. Como lo recuerda Guevara ellas son protagonistas en la transición socialista, desarrollando la Reforma Agraria y el área social de la industria; en la defensa de la Patria, barriendo a las bandas armadas y a la invasión de Playa Girón impulsadas por el imperialismo, velando sus armas en la vigilia angustiosa de la Crisis de Octubre de 1962. Las masas realizaron una verdadera epopeya en la construcción de la nueva sociedad, sin abandonar nunca la guardia ante el bloqueo económico y la agresión constante de un enemigo implacable.

En un proceso continuo de creación revolucionaria, las masas hicieron suyo este proceso, estableciendo una férrea y estrecha unidad con el Partido y el nuevo Estado. No se trata, como señalan los enemigos, de una supeditación de aquéllas a estos órganos de conducción política, sino de una alianza de las clases y sectores sociales que generaron el poder popular y asumieron consciente y plenamente los objetivos del proceso. Por eso, cuando desde el Estado y el Partido —así lo señala el Che— se impulsaron políticacas equivocadas, las masas reaccionaron de manera crítica y exigieron las rectificaciones necesarias, como sucediera, por ejemplo, en 1962 respecto al sectarismo. Para que el poder popular y la alianza social que le da sustentación se consolide, se requiere una relación íntima y constante entre las masas, los órganos estatales y los dirigentes de la Revolución, en la que "esa fuerza telúrica llamada Fidel Castro Ruz" desempeña un papel decisivo a través de "un diálogo de intensidad creciente hasta alcanzar el clímax en un final abrupto, coronado por nuestro grito de lucha y victoria", como expresa el Che. (Guevara: *El socialismo y el hombre en Cuba.)*

Guevara vivió la infancia de la Revolución de 1959 a 1966, año este último en que abandonó Cuba para abrir nuevas perspectivas a la revolución latinoamericana, por lo que pudo pronunciar esas palabras inflamadas de pasión y preocuparse de la necesidad de generar las nuevas instituciones que organicen, disciplinen y pongan en tensión y movimiento a aquellas multitudes que marchan al encuentro del porvenir. Sintió la impaciencia del revolucionario, de quien desea ver coronada por el éxito la obra a la que ha vinculado, sin reservas, su existencia. "Todavía es preciso acentuar" —dice, por eso— "su participación consciente, individual y colectiva, en todos los mecanismos de dirección y de producción y ligarla a la idea de la necesidad de la educación técnica e ideológica, de manera que sienta cómo estos procesos son estrechamente interdependientes y sus avances son paralelos." Para agregar con penetración y puesta la mirada en el futuro. "Así logrará la total conciencia de su ser social, lo que equivale a su realización plena como criatura humana, rotas las cadenas de la enajenación." (Guevara: *El socialismo y el hombre en Cuba.)* Es el Che comunista.

En este tumultuoso proceso se forjó el Partido, tarea laboriosa que no tuvo un desarrollo lineal, sino que pasó por los mismos vaivenes de la Revolución, la que cada día exigía una relación más eficaz entre las masas y el nuevo Estado. Esta relación se fundaba en la interacción del socialismo y la democracia obrera y requería de la disciplina como una condición indispensable. La razón era muy simple, consubstancial a todas las revoluciones: la antigua sociedad pesaba como una lápida en la conciencia de los hombres

que tenían que edificar la nueva sociedad, impulsándolos a ejercer sus derechos, durante tanto tiempo conculcados, sin tomar conciencia con la misma fuerza de sus deberes. La disciplina pasó, por eso, a constituir un factor fundamental en el período de transición, entendida ella como el acatamiento de las decisiones de las mayorías, de acuerdo con el centralismo democrático.

En una primera fase, se produjo un divorcio entre los núcleos revolucionarios del Partido y la masa de trabajadores por una considerable "carga de subjetivismo" que influyó negativamente, lo que repercutía, en última instancia, en la relación y comprensión mutuas entre el pueblo y la dirección central. Una vez que se tomó conciencia de esta situación se promovió un cambio de estilo, enfatizando el contacto directo y una participación social más amplia y profunda, de modo de requerir cada vez más las orientaciones de las masas o —como afirma Guevara— "su voz de mando, porque el pueblo es quien tiene el mando, porque el pueblo es quien hace la historia". Este principio ha regido el desarrollo de la Revolución cubana hasta hoy y, por lo mismo, explica su victoria contra los adversarios de siempre. Los trabajadores se convierten así en actores reales y organizados sobre la base de los grandes lineamientos del Partido y del Estado surgidos de la Revolución y la voluntad de las masas.

Cada pueblo tiene su propia experiencia en la organización y desarrollo de su partido revolucionario, de su partido dirigente de la clase trabajadora. En su caso, Cuba exhibe una experiencia muy rica en enseñanzas que pasan por sus éxitos en la transición, pero también por sus errores, que nunca se silenciaron, sino que fueron examinados de manera crítica y autocrítica y corregidos públicamente, de cara a las masas y siempre sujetos al juicio colectivo. Así, el tiempo de las políticas erróneas y de los trasplantes mecánicos de estrategias y tácticas aplicadas en otras sociedades quedó atrás: "las viejas bases en que se fundara este engendro sectario se han roto", como dice Guevara en una apreciación autocrítica.

En esta forma, se inauguró una nueva vida en el Partido, en la que éste practicó una relación viva, permanente, libre y democrática con el pueblo, en la que recurrió siempre a las masas a través de un sistema de consulta en los centros de trabajo para la elección de los obreros ejemplares y la selección de nuevos militantes así como en una especie de democracia directa para abordar los grandes problemas de la transición. Más todavía. La vieja discusión en torno a las modalidades del partido revolucionario —de cuadros o de masas— el Che la integró en una sola concepción, la que en una primera fase privilegia al primero, formado por los mejores cuadros, que tendrán a su cargo la responsabilidad de asumir las tareas de la transición, para convertirse, en

una fase ulterior, en el segundo, cuando las masas estén preparadas para mirar con confianza hacia el comunismo. Tal es su visión del nuevo Partido Comunista de Cuba.

En los demás países de la América Latina, la evolución de la fuerza subjetiva ha seguido otros derroteros, caracterizados en lo esencial por la confusión ideológica y la dispersión orgánica. La incapacidad o renuencia de las corrientes mencionadas —socialdemocracia, partidos comunistas de viejo cuño y movimientos populistas— para conducir la lucha popular tras objetivos revolucionarios y sus limitaciones para impulsar una política independiente, llevaron al surgimiento de nuevas organizaciones, inspiradas muchas de éstas en el ejemplo victorioso de la Revolución cubana. De modo general, esas organizaciones tuvieron en común su entendimiento de la lucha armada como forma necesaria de la conquista del poder y una estrategia sustentada en las tesis foquistas, como base de irradiación de influencia política en las masas y de apoyo a la resolución del problema del partido en la fase de lucha por el poder. No llegaron, sin embargo, a disponer de una visión teórica que *sustituyera* a la de sus predecesores ni a superar las limitaciones de su desvinculación con la lucha de masas, factores que contribuyen a explicar su derrota, no obstante la voluntad revolucionaria y el heroísmo puesto en ésta.

El triunfo del Movimiento Sandinista en Nicaragua ha venido entretanto a revalorizar y actualizar la lucha armada, bajo nuevas modalidades, como parte del problema de los factores subjetivos, cuyo planteamiento correcto supone en todo caso la condición adicional de disposición de un programa y una estrategia de poder orientados a la construcción del socialismo y apoyados en un movimiento de masas. La revolución nicaragüense está afrontando similar agresión a la que recibió Cuba del imperialismo, por lo que el proceso está poniendo el mayor énfasis en las tareas de la defensa, con desmedro de la economía, como sucediera también en la Isla. La única manera de resistir el bloqueo económico, el minado de puertos, la preparación y abastecimiento de la contrarrevolución armada desde los países limítrofes o vecinos, convertidos en bases de operación de aquélla y de la CIA y la amenaza permanente de intervención militar abierta. Experiencia que también llevó al sandinismo a su unificación disciplinada en un partido dirigente de su proceso revolucionario.

El significado de la transición

Definido el carácter de la Revolución, avanzado el proceso de reconstrucción de la vanguardia que había de encauzarla en sus fases siguientes, pasaba a primer plano el sinnúmero de preguntas, inquietudes e incertidumbres respecto del significado de la

fase por la que se empezaba a transitar. Comenzando por el concepto mismo de transición y sus rasgos fundamentales, cuestión que abre la consideración de numerosos temas importantes, entre los cuales habría que mencionar la propia definición del tránsito histórico, el sentido de la reconstrucción socialista y su relación con el estadio final de la sociedad comunista, la coexistencia de elementos de distintos sistemas sociales como factor definitorio del período y la lucha constante que ello supone, las condiciones materiales objetivas que permiten sustentar un proceso de transición, el grado de desarrollo de la base material en su punto de partida y las formas que, en correspondencia con éste, tienden a asumir las transformaciones revolucionarias.

La transición, si bien queda definida por la diversidad de cuestiones que reclaman la decisión y la acción de la directiva política del proceso de transformaciones, tiene necesariamente que incorporar también el examen de las respuestas que asumen las fuerzas antagónicas con el propósito de impedir la continuidad exitosa del proceso de tránsito. De hecho, todas las experiencias históricas han debido conocer los distintos grados de intensidad de esa réplica reaccionaria en la que se conjugan —también en proporciones variables— intereses y fuerzas internas con el interés y la fuerza de la dominación imperialista. La expresión "programas de desestabilización" es hoy día de uso generalizado, resumiendo en ésta el conjunto, con frecuencia graduado en la secuencia de sus diversas manifestaciones, de acciones opositoras, comprendidas desde el hostigamiento económico hasta la agresión militar abierta.

En realidad son muchas y variadas las formas de desestabilización. El sabotaje y la obstrucción económica, el *boicot* de los abastecimientos externos, otras conductas lesivas de empresas extranjeras, la especulación y el acaparamiento, múltiples formas de oposición activa a los planes estatales, constituyen otras tantas formas que asume la agresión que busca frenar y, en lo posible, revertir el proceso. Tales programas de desestabilización se han constituido además en instrumentos de obstrucción no sólo de tendencias que, en rigor, caracterizan una fase de transición, sino en un sentido más amplio de procesos que buscan abrir paso a transformaciones sociales significativas, aunque no supongan una orientación directamente socialista. Su referencia es, por lo tanto, mucho más amplia en el reconocimiento de experiencias concretas que las de procesos de transición al socialismo definidos estrictamente como tales.

Es difícil imaginar lo que este conjunto abrumador de cuestiones —percibidas algunas en su vigencia inmediata, anticipadas otras para futuros próximos— vendría a representar para los conductores del proceso revolucionario. Tocaban, muy directamente,

a las decisiones que tenían que tomar y a las implicaciones y condicionamientos de ellas, la ponderación de los criterios económicos y los criterios políticos en las conductas sociales, la velocidad mayor o menor de las transformaciones económicas según el grado de consolidación del poder político, el enfrentamiento y la relación entre las nuevas áreas socializadas y las áreas privadas prevalecientes.

De igual manera, estaban presentes las consecuencias de las contradicciones entre los nuevos rasgos de la distribución del ingreso y la estructura productiva que se hereda, la relación entre las transformaciones internas y la articulación exterior, las demandas de corto plazo y la necesidad de restructuración de largo plazo, el aprovechamiento inmediato del aparato estatal y las opciones de su adecuación o restructuración, los obstáculos y las necesidades de las nuevas formas de dirección económica y, finalmente, las respuestas de la reacción y los mecanismos de defensa frente a éstas.

De otra parte, en la configuración de las nuevas estructuras productivas que supone el tránsito del capitalismo al socialismo, adquieren una jerarquía especialmente importante los problemas de la relación entre la agricultura y la industria, entre la economía rural y la economía urbana; en su sentido más general, entre campo y ciudad. En ello quedan comprendidos a la vez problemas propiamente económicos —cómo se sitúan uno y otro sector en la generación y asignación de los excedentes económicos, qué prioridades y qué relaciones de proporcionalidad entre éstos se definen, cómo se organiza cada uno en su interior— y problemas sociales y políticos fundamentales, referidos principalmente a los términos de la relación obrero-campesina.

A tales problemas internos de la transición se agregan la dimensión supranacional y los condicionamientos externos, que adquieren un peso decisivo. En algunas de las experiencias históricas de tránsito más significativas, la transformación socialista ha estado asociada a la búsqueda simultánea de resolución a los problemas de nacionalidades, y han conducido a la constitución de estados nacionales sobre la base de una asociación federativa que a la vez unifica y preserva los valores propios de cada nacionalidad. De modo general, en todos los procesos de transición se plantean numerosas cuestiones sobre los términos del "relacionamiento exterior", como la medida en que las transformaciones internas suponen cambios correspondientes en las relaciones económicas externas, interrogantes acerca de la velocidad y extensión de esos cambios en la articulación exterior, hasta dónde los procesos de tránsito tienen que sustentarse fundamentalmente en su apoyo en las propias fuerzas, o las posibilidades y modalidades de inserción en una división socialista internacional del trabajo.

Constituyen un aspecto clave de la transición y de las estrategias correspondientes el papel que desempeñan en éstas las diferentes clases y capas sociales. Es un tema en el que quedan comprendidas las políticas de alianzas (entre proletarios y campesinos, entre ellos y la pequeña burguesía, o incluso la burguesía interna), la significación de la hegemonía política del proletariado, los problemas de la dimensión relativa de la clase obrera, particularmente con referencia a los países subdesarrollados, y sus consecuencias respecto de las tareas de transformación, las conductas de la intelectualidad técnica y el papel de las universidades en su relación con los desafíos de la transición.

La consideración a su vez de las conductas sociales, de las demandas, expectativas, oposiciones y rechazos de los distintos sectores sociales, lleva directamente a los temas de la democracia, del poder popular y de la participación en las fases de transición, en el plano más global de su definición política y en los de sus modalidades de práctica concreta. Las cuestiones de atención y debate más extendidos en esta materia comprenden, entre otras, las relativas a la función del Estado, el papel del partido de vanguardia y sus relaciones con la base social, a las posibilidades del pluripartidismo en la transición. Las modalidades, niveles y grados de la participación popular constituyen asimismo otro ámbito destacado de elaboraciones y controversias, incluso la concepción autogestionaria de la nueva sociedad que se busca construir.

La organización del trabajo y de la economía pasa a ser en la fase de transición otra área destacada de preocupaciones. Así ocurrió desde los primeros tiempos de la transición soviética, con los insistentes llamados de Lenin a apresurar la puesta en práctica de las nuevas formas de organización del trabajo y asegurar el rápido aumento de la productividad como sustentación material de las transformaciones sociales. Un capítulo particular muy relevante dentro de ese ámbito más amplio se refiere a las conductas obreras y la política de remuneraciones, la disciplina y normas en el trabajo, el papel de los estímulos materiales y los incentivos morales, los sistemas de salarios, de gratificaciones y premios.

Desde diversos ángulos, el problema del Estado —su concepción, el papel que se le atribuye, las relaciones entre el aparato administrativo y la organización político-partidaria— se constituye también en otro ámbito muy importante de discusión y análisis. En particular, surgen en este sentido los temas del carácter de clase del Estado y su proyección en las condiciones de transición, la significación y los entendimientos en estas fases del concepto de "capitalismo de Estado", las relaciones entre Estado y partido, organizaciones sociales y de masas. Adquieren igual-

mente un relieve especial las consideraciones sobre las posibilidades de adecuación o las necesidades de sustitución de las diversas manifestaciones de la institucionalidad "heredada" en los inicios de la transición.

Forman parte asimismo de esa temática general, las cuestiones relativas a la organización y dirección económicas, a los criterios, instancias y procedimientos de decisión, a las funciones que se atribuyen a la planificación y lo que puede esperarse efectivamente de ésta en las fases de transición. De igual manera, cabe señalar la posibilidad de identificar algunas leyes generales de este período y la necesidad de reconocer los elementos singulares de cada proceso particular, la articulación entre el desarrollo de las fuerzas productivas y los cambios en las relaciones sociales de producción, la organización social que se conforma a partir de la disposición del poder político y la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, algunos aspectos claves en la estratègia de la transición, incluso las definiciones respecto de la institucionalidad que se hereda.

Con toda su vastedad, lo anterior no agota todavía el tema. En efecto, otra área de consideraciones tiene que ver con los términos de vigencias y aplicabilidad de determinadas leyes y categorías económicas en los períodos de transición, y las consecuencias correspondientes en los planos más concretos de los sistemas y políticas de dirección económica. La preocupación es explicable en tanto la propia naturaleza de la transición supone una fase en la que quedaron cuestionadas las "racionalidades" del pasado capitalista y en las que todavía no imperan las del futuro socialista. Ello, por supuesto, abre las interrogantes del caso sobre el grado de vigencia de las relaciones monetario-mercantiles, de las categorías mercancía, precio, salario, ganancia de la ley del valor en su sentido más general.

En la Revolución cubana era, en definitiva, la exigencia de que aquellos hombres se convirtieran de guerrilleros en estadistas, de combatientes en organizadores de la nueva vida política, social y económica. Guevara asumió plenamente el desafío. Estuvc presente en cada una de las grandes tareas de la Revolución y en función de asumir esas responsabilidades, se convirtió en economista, en administrador, en teórico, sin dejar por ello en ningún momento su condición vital de guerrillero. Titán de la revolución que, a semejanza de esos seres mitológicos de la antigüedad, pretendió también tomar el cielo por asalto.

El testimonio de su empeño y de la asimilación y creatividad que demuestra a propósito de cada tema queda registrado por todas partes. En los volúmenes que recogen su obra intelectual; en los artículos que reproducen las revistas *Nueva Industria, Cuba Socialista, Trabajo, Verde Olivo;* en sus discursos en Punta del

Este, en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo en Argelia, en la Universidad Nacional de Montevideo, en convenciones y asambleas; en los que dirige a profesores y estudiantes, a la clase obrera, a la milicia, a los trabajadores portuarios, azucareros, de las industrias textiles, del propio Ministerio de Industrias, en sus intervenciones en la Universidad Popular y la Universidad de La Habana, en círculos de estudio que él mismo promueve, en ciclos de conferencias en el Banco Nacional, en programas televisados, en cursos de adiestramiento en las fábricas.

Estudia, habla y escribe sobre las concepciones de la transición y la vigencia durante ella de las categorías económicas; sobre el carácter de la transformación, el papel de las diversas capas sociales, la participación del pueblo; sobre las funciones de la intelectualidad técnica y la Universidad; sobre las relaciones entre la ciudad y el campo, la agricultura y la industria; sobre la organización económica y del trabajo, la dirección económica; sobre los problemas de abastecimiento; sobre el Estado y el partido, el partido y las masas; sobre el hostigamiento y la agresión, la desestabilización, los problemas de la inserción exterior. Una vida, en fin, sin descanso, entregada a la Revolución, una lucha sin tregua por la transformación revolucionaria de la sociedad capitalista en sociedad comunista.

CAPÍTULO SEGUNDO

EL NUEVO ESCENARIO DE LA LUCHA SOCIAL

La expresión económica de los conflictos sociales

Estas amplias temáticas, que aquí apenas podríamos mencionar en términos muy generales, forman parte pues del fascinante mundo de la transición con el cual se enfrentó la Revolución cubana; ese mundo del que el Che Guevara, con su profunda curiosidad y penetrante análisis, nos dejó un cuadro, quizás incompleto pero singularmente vívido del comienzo de una epopeya civil. En este sentido, cabe tener presente que, si la conquista del poder es un paso decisivo en el camino de la revolución, mayor aún lo es la retención y consolidación de ese poder como parte de la transición al socialismo; por aquí el camino de la revolución está también pavimentado de derrotas, de procesos de transformación social frustrados, como ocurrió en Bolivia y en Guatemala en la década de los cincuenta. La Revolución cubana interrumpió precisamente esa sucesión de derrotas e inauguró un verdadero proceso de transición, de cuyo período inicial —los seis primeros años— podremos aprender a través de los escritos del Che.

Guevara, en efecto, se ocupó de los problemas de la transición a la luz de sus propias concepciones teóricas, para lo cual partió de la constatación de que Cuba, en el inicio de su proceso revolucionario, no se encontraba frente a un período de transición puro como lo señala Marx en *Crítica al Programa de Gotha,* sino en una fase no prevista por él, esto es, la construcción del socialismo como un primer período en la transición al comunismo, y todavía en una sociedad atrasada. No obstante, la filosofía marxista, que debía haber tratado de manera sistemática este período, oscurecida por el escolasticismo, no habría cumplido con dicha función, por lo que la elaboración de una teoría económica y política de mayor alcance sobre la transición pasaría por la investigación de las características y modalidades de su desarrollo.

Ésta era, en opinión del Che, una tarea insoslayable de la Revolución cubana.

En la elaboración de esa teoría, confirió preminencia a dos principios que obrarían a la vez como objetivos: la formación del hombre nuevo y el desarrollo de la técnica. No cabe duda de que éstos son dos aspectos cruciales en la transición, como quiera que el primero es la coronación del "paso del reino de la necesidad al reino de la libertad", como señalara Engels, y la segunda es condición ineludible del avance del capitalismo al socialismo y de éste al comunismo. En tal camino, como es natural, Cuba debería aprovechar los progresos de la ciencia y la tecnología en el mundo y, de manera particular, de los países socialistas más desarrollados. (Guevara: *El socialismo y el hombre en Cuba.)*

Conquistado el poder político por la clase trabajadora —campesinos, obreros y otras capas sociales— y definido el carácter socialista de la Revolución cubana, el conflicto social pasaba a reflejarse necesariamente en la economía durante el período de transición. Pero entonces la significación relativa de la incidencia de las cuestiones económicas es distinta que la que tiene en un período de "estabilidad" social de la sociedad de clases. En este último predominan, en efecto, las conductas de "racionalidad" económica, cuyas relaciones de comportamiento constituyen en definitiva la base de las políticas convencionales en esta materia; durante la transición, en cambio, tienden a predominar en las decisiones económicas las motivaciones políticas, que actúan como la levadura de la revolución.

Para comprender este proceso es necesario tener presente que la transición se caracteriza por la *inestabilidad* generada por la resistencia de las clases derrotadas para preservar su dominación en la economía después de la pérdida de sus posiciones de poder político. Estas clases no se rinden sin lucha; lo que hacen es cambiar el escenario de ésta. Aun, después de perder algunos de sus instrumentos de dominación, como la institucionalidad y sus propios aparatos armados y represivos, continúan manteniendo ciertas reservas de poder económico en las áreas productivas, que siguen siendo privadas, parcelas de control de los mecanismos financieros y de distribución, en sus propios cuadros técnicos incrustados en el Estado y en una suerte de monopolio del conocimiento sobre la conducción de la economía y la administración de la misma. Pero eso no es todo. En efecto, su debilitamiento y sus reservas de fuerza, además, no se miden sólo en lo que les es propio: forman parte de una "clase internacional" solidaria, capaz de ofrecerle desde fuera los elementos de fuerza —económica, política e incluso militar— que pierden en su plano correspondiente. Cuba es un venero inagotable de enseñanzas en tal sentido.

El Che dejó un cuadro muy objetivo e impresionante de esta situación.

> La superestructura del estado capitalista neocolonial —escribió— estaba intacta [...] Los órganos financieros del gobierno estaban en manos de los futuros traidores, que ya desarrollaban su política frenadora del proceso revolucionario [...] los viejos ministerios eran cuevas de burócratas y de parásitos [...] estos órganos del poder de la burguesía vegetaban dentro del nuevo Estado que empezaba a gestarse [...] Los grandes propietarios —muchos de ellos norteamericanos— sabotean inmediatamente la Ley de la Reforma Agraria [...] se aliaron al enemigo extranjero y tomaron contramedidas. Golpearon nuestros flancos [...] (Guevara: *Discurso sobre planificación en Argelia.)*

Contra esas fuerzas y maniobras tuvo que luchar la Revolución cubana.

En todos los países que han pasado por tránsitos de esta naturaleza, el reflejo en el plano económico de esa lucha agudizada por un poder político que de ningún modo se le puede suponer resuelto de modo irreversible a lo largo de la transición, asume una diversidad de manifestaciones. Las que se exhibieron en Cuba y las que se han dado en procesos posteriores (en Chile, en Nicaragua) acumulan experiencias muy aleccionadoras. Porque no es sólo el enfrentamiento definido entre el conjunto de las fuerzas anteriormente dominantes y la totalidad de las nuevas fuerzas en ascenso. Éste es y sigue siendo, por cierto, el fundamental, pero también en las fases de transición se expresan con mayor crudeza las diferencias de intereses y expectativas de diversas fracciones y capas sociales *en el interior* de unas y otras. La complejidad de las estructuras sociales de los países subdesarrollados se manifiesta entonces en toda su plenitud, motivando un intrincado proceso de presiones y negociaciones, en el que se definen alianzas y antagonismos, así como conductas de agresividad, de cautela, de neutralidad o de apoyo.

Las experiencias revolucionarias de la América Latina ofrecen muchas enseñanzas al respecto. Sugieren por ejemplo cómo, puesto en marcha el proceso de transformaciones, las propias capas burguesas y de la pequeña burguesía empresarial, así como los intereses generales y locales del imperialismo suelen atravesar una fase inicial en la que no logran definir una actitud uniforme y, en consecuencia, aparecen relativamente paralizados ante las iniciativas de cambio social. Este comportamiento depende, desde luego, de las condiciones en que acceden al poder las fuerzas revolucionarias, pero en circunstancias tan variadas como las re-

presentadas por las experiencias correspondientes a Cuba, Chile y Nicaragua, suelen mantenerse, al menos en apariencia, las expectativas de que en definitiva los nuevos gobernantes limitarán los alcances del programa transformador, es decir, que en lugar de un tránsito al socialismo circunscriban su horizonte a acciones reformistas que no lleguen a vulnerar las bases esenciales del sistema.

El Che penetra en este mundo oscuro de las indecisiones, en la duda *hamletiana* que dominó las fuerzas de la reacción durante la lucha en la Sierra Maestra y en el momento crucial de la toma del poder. En Cuba, las condiciones socio-políticas no eran significativamente distintas en 1959 a las prevalecientes en los demás países latinoamericanos. Sin embargo, como él anota, hubo una condición de excepción, entre otras, que jugó en favor de la Revolución, y ésta se refiere a la desorientación del imperialismo norteamericano, a su incapacidad para comprender los reales objetivos y alcances del Movimiento 26 de julio. Ésta explica, pues, las contradicciones del "cuarto poder" de Estados Unidos: los monopolios, que deseaban deshacerse de Batista, porque su dictadura estaba agotada y no le aseguraba ya estabilidad para sus intereses, por lo que tenían abierto el *concurso* de alternativas de recambio en el gobierno, siempre a su servicio. "¿Qué golpe más inteligente y más hábil" —dice el Che— "que quitar al dictadorzuelo inservible y poner en su lugar a los nuevos 'muchachos' que podrían, en su día, servir altamente a los intereses del imperialismo?" (Guevara: *Cuba: ¿Excepción histórica o vanguardia en la lucha contra el colonialismo?)*

El poder transnacional, que abrigaba naturalmente sospechas, pero no temía a los guerrilleros de la Sierra Maestra, jugó con barajas marcadas y a pesar de ello perdió, aunque por lo general nunca pierde...y cuando pierde arrebata. El Che recuerda con penetración y picardía:

> Emisarios del Departamento de Estado fueron varias veces, disfrazados de periodistas, a calar la revolución montuna, pero no pudieron extraer de ella el síntoma del peligro inminente. Cuando quiso reaccionar el imperialismo, cuando se dio cuenta que el grupo de jóvenes inexpertos que paseaban en triunfo por las calles de La Habana, tenía una amplia conciencia de su deber político y una férrea decisión de cumplir con ese deber, ya era tarde.

Así, en enero de 1959, nació la primera Revolución socialista en la América Latina, que desde entonces le quita el sueño al imperialismo.

De la misma manera, el factor sorpresa actuó en la burguesía interna o, al menos, en una parte importante de ésta, que fue más lejos que el imperialismo, toda vez que manifestó su simpatía durante la guerra revolucionaria contra la tiranía batistiana, al tiempo que buscaba con afán soluciones políticas o negociadas para sustituir a la dictadura por un gobierno "democrático" que impidiera la revolución. Hasta algunos terratenientes adoptaron una posición neutral o no beligerante hacia el ejército guerrillero.

La advertencia quedó reiterada, incluso con más elocuencia, en otros procesos latinoamericanos posteriores, donde la contrarrevolución interna conservó unas bases relativamente mayores de sustentación económica. Sus conductas marcan, en efecto, trayectorias parecidas. Así, en una primera fase de la transición y en tanto esté vigente una expectativa de negociación política, las distintas fracciones tenderán a actuar cada una con independencia de las otras. Las filiales de grandes corporaciones transnacionales harán valer su dominio de tecnologías y mercados como base de arreglo, buscarán separar su suerte de las grandes empresas de capital nacional local, se abrirán a la consideración de fórmulas de asociación con el Estado bajo modalidades de "empresas mixtas", y todo ello sin perjuicio de que, con una visión de más largo plazo, se constituyan en el eje organizador de la resistencia primero y la contraofensiva después, constituyendo a la negociación en una forma de ganar tiempo a la espera de condiciones políticas más propicias.

Por su parte, las capas de burguesía nacional, o fracciones de éstas, en la medida en que hayan preservado un grado significativo de independencia respecto de los intereses externos, procurarán que las afectaciones se circunscriban al ámbito de las empresas extranjeras, que se jerarquicen al máximo los contenidos "nacionalistas", del proyecto de transformaciones y, en todo caso, buscarán fortalecer tanto como puedan su capacidad negociadora respecto a las compensaciones por los intereses que sean expropiados.

Las capas de empresarios medianos y pequeños perciben igualmente, en esas fases iniciales, la posibilidad de hacer valer sus demandas particularizadas. Suelen ser destinatarios preferidos del discurso y propuestas por parte de las autoridades políticas de la transición, se les ofrece ocupar buena parte del espacio que deja la expropiación de los monopolios, así como acceso preferente al crédito y a los mercados controlados por el Estado, y se les invita a una alianza más que circunstancial, *estratégica,* con la promesa de una coexistencia de la nueva "área de propiedad social" con un "sector privado" significativo y estable. Pero aún así, resienten la ausencia o desconfían de unos límites más o menos precisos al proceso de afectación de la propiedad de los

medios de producción y sufren las consecuencias de su enfrentamiento diario con los trabajadores correspondientes, cuyas acciones y demandas aparecen fortalecidas por el respaldo del gobierno.

Como es lógico, a partir de este tipo de conductas en el campo opositor, que suelen caracterizar las fases iniciales, comienzan a gravitar crecientemente los factores "unificadores". Los avances en la realización del programa acaban con la esperanza de que pudiera renunciar a sus contenidos revolucionarios para quedar en el ámbito de reformas limitadas; el propósito final de llevar a cabo una transformación socialista —más aún si se proclama formalmente tal objetivo— hace pesar más las consideraciones estratégicas de largo plazo que las consideraciones tácticas de corto plazo; las fricciones y choques constantes en la práctica económica diaria desgastan las bases de voluntad de las alianzas pluriclasistas, los elementos "ideológicos" y subjetivos tienden a cobrar importancia creciente, por encima de los hechos inmediatos y la sustentación más pragmática de las conductas anteriores, y la hostilidad más manifiesta del imperialismo, alienta a la fuerzas opositoras y les abre la promesa de los apoyos necesarios.

Cuando los factores de dicha naturaleza inducen a expresiones concretas de oposición y hostigamiento, encuentran necesariamente la respuesta de "endurecimiento" de la dirección del proceso, abriendo así paso a una fase de creciente *polarización*, entre unas decisiones de transformación que profundizan sus objetivos y apuran su ritmo, y una oposición que define cada vez más su tarea en términos de detener e incluso revertir el proceso de transformaciones. Es lo que sucedió en Cuba, a partir del control del país por el Ejército Rebelde y la instalación del Gobierno Revolucionario. En efecto, en esta experiencia, los plazos se acortaron por la velocidad con que se precipitaron las acciones y reacciones, ante una dirección revolucionaria que tomó la iniciativa, poniendo el cambio de estructura en la sociedad y la economía en el orden del día. La respuesta de la alianza de la burguesía interna con el imperialismo no se hizo esperar.

La Reforma Agraria, primer objetivo de esta revolución, encendió el "terrible fuego" de la lucha de clases, lo que a su vez trajo consigo la profundización del proceso. Los grandes propietarios iniciaron la resistencia, precipitando un enfrentamiento en el que las revoluciones verdaderas tienen que definir disyuntivas insoslayables, una situación en la que —según el Che— "avanzar es peligroso, detenerse es más peligroso aún y retroceder es la muerte". La Revolución decidió *avanzar*. De este modo, lo que pudo no pasar los límites de una reforma agraria burguesa, como tantas otras realizadas en la América Latina, se convirtió en el

escenario ardiente de una guerra de clases, donde los expropiadores fueron expropiados, sin indemnización alguna. El primer resultado de esta guerra fue que todos los medios de producción pasaron a la sociedad. En efecto, la tierra quedó en manos del Estado y de los pequeños campesinos llamados a organizarse en cooperativas; la industria, la banca y el comercio exterior e interior fueron socializados, la ley de Reforma Urbana entregó la propiedad de las casas a quienes las ocupaban y se inauguraron los grandes programas de desarrollo social, particularmente en salud y educación.

Desestabilización y defensa económicas

Comenzaba a escribirse otra de las grandes lecciones de la Revolución cubana, reiterada y ampliada en experiencias posteriores: la enseñanza de que la significación económica de la transición como fase de una lucha política que ha alcanzado niveles de decisión fundamentales, pero que no ha concluido, se refleja en definitiva a través de un cuadro de problemas y dificultades muy severo para articular una política económica coherente y eficaz, capaz de hacerse cargo de las tareas propiamente económicas y aportar contribuciones políticamente decisivas, de armonizar requerimientos inmediatos con demandas de más largo plazo. Más aún: la *continuidad* de esa lucha se hace presente en el escenario de la economía, de modo que a aquellas dificultades se añaden las respuestas en el plano económico de las fuerzas opositoras al proceso.

En 1960, cuando apenas se constituía el Gobierno Revolucionario, el Che dio la voz de alarma e hizo las primeras advertencias:

> ...los créditos se están restringiendo [...] se están preparando las condiciones para tratar de producir una crisis económica en el país, tanto por medio del sabotaje de la producción como por medio del sabotaje de las materias primas que vienen de fuera [...] estamos en un momento crítico, estamos quizás en el borde donde acaban las palabras, y empiezan las luchas [...] se prepara una de las más grandes agresiones contra un pueblo que lucha por su liberación [...] (Guevara: *Discurso en el Banco Nacional.)*

Estarían tal vez presentes en su memoria los antecedentes de experiencias anteriores, a las que se refirió en otras ocasiones:

> ...ese juego que están haciendo con Cuba hoy no es nuevo [...] lo han hecho con muchos otros países de la tierra. Re-

> cuerdo que cuando la revolución boliviana llegó al poder en el año 52, lo primero que ocurrió fue que el pueblo en armas nacionalizó las minas de estaño [...] Al mes, ya el estaño valía en el mercado mundial un precio muy inferior, y los bolivianos, atados por dificultades enormes que no supieron vencer, se veían obligados a vender el estaño, que es para ellos como el azúcar para nosotros, a un precio inferior al que les costaba. Así doblegaron aquella revolución. (Guevara: *Discurso a estudiantes y profesores de la Escuela Técnica Industrial.)*

Es la pedagogía revolucionaria del Che, de la que tantas pruebas ofreció en este período de su vida.

En su capacidad de respuesta, para resistir la orientaciones de la política económica oficial o para adoptar sus propias decisiones, incluso en contradicción con aquéllas, se deja sentir todo el peso de la "herencia" del desarrollo capitalista anterior. Los procesos de concentración del capital, de integración subordinada de los intereses económicos de las burguesías nacionales con el capital imperialista, de monopolización de las actividades económicas más dinámicas, de integración creciente del capital productivo con el capital comercial y el capital financiero, llevan esa capacidad de respuesta al punto de que pueda asumir las dimensiones de un verdadero desafío a la política económica de la transición, es decir, puede llegar a conformar un instrumento de lucha y agresión que se da en el campo económico con finalidades esencialmente políticas, en particular cuando se articulan con tal propósito fuerzas opositoras de dentro y de fuera en los llamados programas de *desestabilización económica.*

Es preciso tener siempre presente esas enseñanzas, porque ninguna experiencia histórica de transición ha dejado de enfrentar tales acciones desestabilizadoras, ejercidas con la finalidad de crear condiciones propicias para detener, desnaturalizar y, en lo posible, revertir el proceso de tránsito. Su extensión como forma de intervención política externa y de contraofensiva reaccionaria interna ha ido incluso más lejos que como medio de oposición a proyectos propiamente de tránsito al socialismo, para ejercerse también en contra de procesos de transformaciones sociales más moderadas pero importantes, o de afirmación de propósitos de independencia económica nacional.

El recuento de programas de esa naturaleza puestos en práctica en la América Latina en los últimos tiempos es significativo, en sus consecuencias y hasta en su número. Los objetivos han sido diversos. En algún caso, han tenido más que nada una intención *disuasiva* y se han manifestado en un conjunto de medidas de advertencia, impuestas por intereses económicos actual o

potencialmente amenazados, y la afectación temporal de un área en particular vulnerable ha cumplido la función de obligar al gobierno a renunciar a determinados propósitos u orientaciones. En algún otro caso, su objetivo ha sido *estimular* un cambio político en términos relativamente "normales", por ejemplo, buscando el desprestigio y la pérdida de sustentación política de gobiernos o regímenes mediante el deterioro de la situación económica nacional, especialmente con vistas a procesos electorales que abran paso a su sustitución por otras representaciones políticas. Por último, en no pocos casos, la desestabilización económica ha sido prevista como un paso intermedio hacia acciones de fuerza para el *remplazo* violento del gobierno, principalmente por medio de la articulación de intereses opositores internos y fuerzas externas.

En función de los propósitos y de las condiciones concretas de cada caso, las acciones desestabilizadoras apelan a distintos instrumentos o regulan la intensidad de su aplicación. La fragilidad económica característica del subdesarrollo, la dependencia externa en su sentido más amplio, la sensibilidad de las conductas económicas y financieras a "mensajes" de temor e incertidumbre, la magnitud de la carga de compromisos derivada del endeudamiento externo, se constituyen en otras tantas bases de referencia para articular los programas de desestabilización. De ahí la extraordinaria diversidad de contenidos que éstos pueden asumir.

Entre ellos, la obstrucción de nuevas fuentes de créditos externos a la vez que la exigencia del servicio regular de la deuda acumulada; la negativa de venta de productos básicos de consumo, materias primas esenciales o refacciones para el equipamiento productivo; la contracción intencionada de los niveles de producción interna y el ocultamiento de productos; la especulación de precios y el aliento a toda suerte de presiones inflacionarias. A lo anterior se agregan la fuga de capitales y las máximas presiones sobre los recursos de moneda extranjera; el desplazamiento del capital productivo hacia la esfera financiera y especulativa con alta preferencia por la liquidez; la canalización igualmente especulativa de los recursos provenientes de las ganancias e incluso del crédito, contrayendo en cambio los niveles de inversión; la disminución persistente de las existencias de materias primas y productos esenciales, así como la no renovación y el deterioro del equipamiento productivo, por parte de los productores privados.

La diversidad de propósitos y la multiplicidad de formas e instrumentos que se insinúa no excluye la posibilidad objetiva de identificar en las muchas experiencias concretas elementos comunes que, con distinta intensidad y secuencia, se advierten

en cada una de éstas. Aun más, en cada repetición en torno a un "caso" nuevo, parecieran mostrarse enriquecidos con las enseñanzas derivadas de su aplicación en casos anteriores.

Los programas de desestabilización se gestan en la articulación, bajo iniciativa de unos o de otros, de determinados intereses externos y determinadas capas de intereses internos. Los primeros se expresan directamente a través de gobiernos o lo hacen a través de organismos de la institucionalidad internacional, esto es, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo, etc. Los últimos están constituidos generalmente por los núcleos de fuerte concentración de poder económico, usualmente muy entrelazados con los anteriores, los que además buscan atraer y asumir la representación de otras capas más amplias más allá de sus intereses objetivos directos, particularmente en sectores de la pequeña burguesía asalariada y empresarial. Dichos programas se desenvuelven, por lo general, como una secuencia de acciones de significación y efectos crecientes, que se ponen en práctica en la medida en que las acciones anteriores no han logrado los propósitos del programa. Comprenden así una fase de presiones discretas, de conductas silenciosas acompañadas de expresiones públicas equívocas y demagógicas, hasta desembocar en fases de agresión económica abierta.

En las fases iniciales, se destacan particularmente elementos de una campaña ideológica, que apunta a objetivos como los siguientes: difundir la imagen de incompetencia de los gobiernos populares, reprocharles que se apartan o exceden de sus objetivos declarados, constituir a la oposición en el vocero supuesto de las aspiraciones "nacionales" y asumir por sí misma su representación, estimular demandas reivindicativas y economicistas las más altas posibles, oponer constantemente imágenes de eficiencia de la "iniciativa privada" y de ineficiencia y despilfarro de las empresas y actividades estatales, predicar la necesidad y la conveniencia "nacional" de las inversiones extranjeras. No es ésta, por cierto, una relación taxativa, sino meramente enunciativa.

En fases intermedias, se ponen en práctica acciones propiamente económicas de efectos más directos. Se alientan conductas empresariales, bajo la campaña del *temor*, tendientes a procurar la mayor liquidez posible y la fuga de capitales, para lo cual los empresarios privados reclaman créditos que sustituyen al capital de trabajo propio, reducen gradualmente las existencias de productos, materias primas y refacciones, descuidan y postergan la renovación y el mantenimiento del equipo productivo. De igual manera, se estimula toda suerte de presiones inflacionarias, se difunde la imagen de supuestas dificultades próximas de abastecimiento para inducir a aumentar las compras de determinados

productos y ocasionar una escasez real, se usa toda la capacidad de que se dispone para imponer alzas de precios, se obstaculizan las operaciones de financiamiento externo, se emprenden campañas cada vez más intensas de difusión de temor, inseguridad e incertidumbre, y se reclaman las máximas garantías para la empresa privada y la limitación estricta de las áreas estatales o de propiedad social.

En sus fases más altas, la agresión económica se desata abiertamente. Se cierran las fuentes de financiamiento externo tradicionales y se reclama el pago de las deudas acumuladas, se niegan suministros del exterior de productos esenciales de consumo, de productos intermedios para el funcionamiento de la economía interna y las refacciones para el mantenimiento del equipo productivo. Las capas empresariales internas dejan por completo de actuar según criterios de "racionalidad económica"; aun con las más altas tasas de ganancias; sus conductas son ante todo la obstrucción y el sabotaje. Se contraen deliberadamente los niveles de producción para agravar problemas de abastecimientos, incluso preconizando "paros patronales", se generalizan el acaparamiento y la especulación de precios, se niega el pago de impuestos y otros tributos, con el propósito de acentuar el déficit fiscal y agudizar los ritmos inflacionarios. En fin, se busca por todos los medios imponer y proyectar la imagen de un *caos económico* como factor de aislamiento político del gobierno, de distanciamiento de las masas y como antesala para otras formas de agresión.

En contraposición al enriquecimiento continuo de los programas desestabilizadores, basado en una revisión sistemática de cada experiencia particular, para proyectar sus enseñanzas a las acciones futuras, no se registra un esfuerzo comparable de parte de las fuerzas populares para capitalizar las enseñanzas acerca de la eficacia de las políticas e instrumentos de defensa ante la agresión económica. Pareciera ser incluso que cada nueva experiencia de tránsito quedara igualmente sorprendida por los signos de "desestabilización" y comenzara a ensayar formas de reacción defensiva como si no hubiera precedentes históricos en los que apoyarse. En este sentido, después de la Revolución cubana, debemos pensar en Chile y Nicaragua.

Esa revisión, también sistemática, constituye pues una tarea pendiente que, entre otros casos, debería proponerse la identificación de las áreas de mayor debilidad económica a las que apuntan generalmente los programas de desestabilización, las formas en que se ha respondido a éstas, los instrumentos —nuevos y antiguos— que se emplearon y los grados de eficacia que pusieron de manifiesto. Podría constituir igualmente un esfuerzo exploratorio hacia la identificación de qué instrumentos "heredados" de la

sociedad capitalista resultan de utilidad especial para enfrentar a tales propósitos, cotejándolos con la observación también sistemática sobre qué elementos de la economía capitalista han sido conservados, cuáles transformados y cuáles eliminados en diversos procesos de transición. Una revisión de esta naturaleza deberá considerar la experiencia cubana acuñada por el Che.

Temas de esta naturaleza equivalen a plantear, desde otra perspectiva, la cuestión de qué instrumentos podrían promoverse *en el interior* de una economía capitalista por fuerzas que buscan la transformación de la sociedad, con vistas a anticipar requerimientos futuros de defensa, que pueden pasar a ser decisivos a partir de la resolución exitosa de sus luchas actuales. Sin desconocer la necesidad de una valoración política cuidadosa, esto supondría además, constituir la transición en tema de preocupación *actual* para quienes luchan por la transformación socialista de la sociedad (y, en verdad, de todos quienes postulan cambios sociales significativos en una dirección progresista) con vistas a definir, como parte de sus tareas inmediatas, unas esencialmente *previsoras*, de anticipación de requerimientos futuros.

Tal visión podría ofrecer criterios idóneos para jerarquizar, también desde este ángulo de interés, iniciativas que se desarrollen todavía en el seno de la sociedad capitalista relacionadas con la expansión de las actividades estatales en áreas económicamente estratégicas, como el transporte por carreteras, la comercialización mayorista y la capacidad de almacenamiento, el desarrollo del movimiento cooperativo en diversos campos, el impulso a la capacitación técnica y administrativa, entre otras. En Chile, se hicieron particularmente notorias carencias en estas áreas de actividades cuando la burguesía desafió al gobierno popular con el paro, como arma de lucha.

Cuba enfrentó en un grado superlativo estos programas desestabilizadores. Era el comienzo de la larga marcha de la transición al socialismo, el principio de un proceso que tendría que afrontar un sinnúmero de peligros y acechanzas. Herido en sus intereses, como sucedió con la Reforma Agraria, que afectó a sus empresas azucareras, ganaderas y tabacaleras, con la socialización de la industria y el comercio que destruyó sus monopolios, pero más que eso, ofendido en su orgullo imperial al enfrentar una revolución en los límites mismos del trazado de su zona de influencia o seguridad, el imperialismo norteamericano reaccionó como una fiera acorralada. Acostumbrado al juego sucio, montó una estrategia de hostigamiento exterior, de cerco interno y externo, de bloqueo y sabotaje a la economía, con la complicidad de la burguesía "nacional", que culminaría con la invasión mercenaria de Playa Girón. Fueron días difíciles y decisivos. Pero el pueblo cubano, consciente de sus responsabilidades, respondió a cada golpe con otro, a "cada agresión con un paso adelante en la revolución".

Todos los conflictos económicos generados por el gobierno norteamericano tienen un origen político, es decir están dirigidos a derrumbar al Gobierno Revolucionario. Esta agresión empezó el día mismo del triunfo de la Revolución. Como lo recuerda el Che, se procuró paralizar la economía, privando a la Isla, a mediados de 1960, de los energéticos necesarios para el funcionamiento de sus industrias, sus transportes y centrales eléctricas, para lo cual las compañías petroleras norteamericanas negaron las ventas de dicho combustible o la prestación de buques-tanques para su traslado. En seguida se redujo la cuota azucarera, suprimiéndola definitivamente, privando así a Cuba de divisas para sus importaciones, al mismo tiempo que el gobieno norteamericano anunciaba la *Alianza para el Progreso* poco antes de la invasión de Playa Girón.

La agresión externa no se detuvo en estas medidas, de por sí drásticas, sino que también se pretendió paralizar la industria, por medio de la suspensión de los suministros de materias primas y repuestos para sus maquinarias y vehículos de transporte. Esta prohibición se extendió posteriormente a través de un embargo total al comercio de Estados Unidos con Cuba, con el que se procuró de comprometer a otros países, para lo cual dicho gobierno prohibió el ingreso a su territorio de cualquier producto elaborado, en todo o en parte, con materias primas e insumos de origen cubano, fabricados en otro país. El bloqueo económico siguió extendiéndose hasta el infinito. Se estableció, en efecto, que las mercancías adquiridas con recursos del mismo gobierno no serían, en lo sucesivo, embarcadas en naves de bandera de países que hubieran mantenido tráfico comercial con la Isla después del 1º de enero de 1963, aplicando de este modo el sistema de *listas negras* de la Segunda Guerra Mundial.

Para dificultar aún más el intercambio comercial de Cuba, se congelaron los bienes de este país en territorio norteamericano y se prohibió toda transferencia de dólares hacia o desde Cuba, así como cualquier otro tipo de transacción de esta divisa, efectuada a través de terceros países y, más tarde, se suspendió la ayuda económica a países como Gran Bretaña, Francia y Yugoslavia por continuar su comercio con Cuba. El comercio exterior cubano se resistió gravemente, tanto por las medidas mencionadas como por las presiones directas ejercidas por el imperialismo en todos los países del mundo, incluyendo naturalmente los latinoamericanos, que se sumaron al bloqueo, con la interrupción de sus relaciones diplomáticas y comerciales por acuerdo adoptado en la Organización de Estados Americanos, con excepción de México. Esta situación de aislamiento y cerco internacional repercutió por cierto,

muy severamente en el conjunto de su economía. (Guevara: *Discurso en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo.)*

El imperialismo no se detuvo tampoco en el bloqueo, en el *boicot* al azúcar, el producto de exportación más importante de la Isla, en el cierre de su mercado tradicional, sino que pretendió impedir que el país agredido reorientara su comercio externo. Puso el grito en el cielo, por eso, cuando la Unión Soviética, en un impresionante acto de solidaridad, compró un millón de toneladas de azúcar y concedió un primer crédito de cien millones de dólares a Cuba, en virtud de un convenio entre ambos países, acusando a su excolonia de haberse "entregado al comunismo soviético". La Revolución hizo frente día tras día a este hostigamiento en el cual participó la burguesía interna; en esas condiciones, tuvo que alimentar al pueblo, mantener en actividad la economía, impulsar nuevos cultivos, crear industrias, generar empleo, combatir el sabotaje, destruir las bandas contrarrevolucionarias, organizar la defensa, desenmascarar a los traidores y, en fin, derrotar a la conspiración interna y externa. Una verdadera epopeya nacional.

Esta terrible agresión obligó a Cuba —expresa el Che— a incurrir en grandes gastos destinados a la defensa nacional y de la patria socialista, con inmensos sacrificios del pueblo, agregando que "todos los cañones, los tanques, los morteros y las ametralladoras, además de los fusiles y bazookas que desfilaron como una parte de nuestro arsenal de defensa el día 2 de enero de 1961, por las calles de La Habana, es dinero del pueblo, que no se reproduce". La lucha contra el imperialismo impone estos esfuerzos gigantescos, la disposición de ingentes recursos que se restan a la producción o a los servicios sociales, el empleo de cientos de miles de hombres y mujeres en las labores de la defensa, la vigilia permanente ante un enemigo que acecha y amenaza, que propina golpe tras golpe, día con día, sin interrupción. Ésta es quizás la etapa más dura y peligrosa en el período de transición.

El Che explica también con su característico lenguaje directo y vibrante, la conducta que permitió superar exitosamente esa prueba de fuego:

> ... Se planteó el dilema clarito: seguimos en este camino o caemos de rodillas. Al seguir por ese camino vinieron nuevos cercos imperialistas [por nuestra parte], vino entonces rápidamente la Ley de Minas, la Ley del Petróleo; luego vino el cerco petrolero [respondimos con,] la confiscación de las compañías de petróleo; ... quitaron la cuota azucarera, nacionalizamos las centrales, nacionalizamos la compañía eléctrica. Fueron cambios de golpes muy espectaculares, muy rápidos, que llegamos a que a principios de este año [se refiere a 1961], se pudiera ya anunciar por nuestro primer ministro, que estábamos en una época socialista [...]. (Guevara: *Conferencia en el ciclo Economía y Planificación de la Universidad Popular.)*

Este testimonio es un estímulo para la lucha por el socialismo en la América Latina.

CAPÍTULO TERCERO

LA ECONOMÍA POLÍTICA DE LA TRANSICIÓN

Las decisiones económicas de los dirigentes políticos

Poco tiempo habrá tomado a los comandantes guerrilleros, desde el momento del triunfo insurreccional, para constatar que la mayoría de las decisiones que comenzaban a adoptar entonces eran decisiones económicas, o que tenían implicaciones o consecuencias económicas. Para todos ellos, era un desafío ajeno a sus experiencias anteriores, que los llevaría a preguntarse qué tanto de "economía" deberían saber esos dirigentes políticos que asumían tales responsabilidades. Sin la posibilidad de apoyarse en los que hasta entonces manejaban el aparato económico del Estado, y sin que pudieran tampoco delegar del todo esas responsabilidades en los cuadros técnicos que concurrían a ofrecer su aportación solidaria desde distintos lugares del mundo.

Para el Che, fue el inicio de su tercera formación profesional: al médico y al comandante guerrillero tendría que seguirlos el economista, no en el sentido restringido del analista especializado, sino del *estadista* que tiene que incorporar la dimensión económica en su visión de los procesos sociales y en las circunstancias más difíciles, porque no era sólo cuestión de asimilar los principios de una economía política del capitalismo, en una fase en la que la racionalidad de ésta disminuía rápidamente su ámbito de aplicación, o los de una economía política del socialismo, cuando todavía no podían ser aplicables las normas de funcionamiento de ésta; era ese *interregno* más complejo del tránsito, poco recogido en los textos convencionales, lleno de interrogantes e imprevistos

Es el momento para el Che de las largas jornadas de estudio, de las noches de discusión y seminarios que seguían a los días de acción y decisiones, cuando busca en la profundización de sus conocimientos del marxismo las bases para unas elaboraciones necesariamente nuevas que se vivía. En este empeño,

en breve tiempo que multiplicaban las exigencias, muestra capacidades sorprendentes, que se manifiestan en discusiones teóricas profundas tanto como en la articulación de éstas con propuestas concretas de organización y de acciones económicas. Los volúmenes que recogen los textos de sus intervenciones, discursos y escritos dan cuenta de la amplitud extraordinaria de las contribuciones del Che al pensamiento económico que se forjaba en el curso mismo de la transformación de la sociedad cubana. Se trata de una aportación, dicho sea de paso, tal vez no suficientemente valorada cuando se reconstruye desde perspectivas posteriores el conjunto de su herencia intelectual; pero que es preciso recuperar plenamente, por lo que representa como apuntes muy importantes a cualquier propósito de reunir la experiencia histórica sobre los problemas económicos en las fases de la transición socialista.

En efecto, los contenidos económicos de los escritos del Che conforman un capítulo de singular interés en ese conjunto de documentos históricos sobre la transición que se inició con los análisis de Lenin y de la Revolución soviética, y que se amplía y enriquece en cada nueva experiencia. Allí queda contenido el recuento de problemas, las respuestas que se dieron en distintas circunstancias, las evaluaciones de aciertos y equivocaciones, y también las controversias que motivaron, de las que el mismo Che fue protagonista vehemente en la fase que le tocó vivir. La disposición, hoy día, de ese acervo de experiencias, incluso las que han surgido con posterioridad a la etapa de la transición en Cuba, constituye un antecedente de valor incalculable para los nuevos procesos históricos llamados a enfrentar problemas similares. Al escudriñar siquiera una parte pequeña de sus contenidos, se nos sugiere la intensidad y la diversidad de los problemas y las incertidumbres que quedaban puestas ante los dirigentes cubanos al iniciar el tránsito hacia la nueva Cuba socialista.

La experiencia de ellos y las enseñanzas que se derivan de otros procesos anteriores y posteriores a la Revolución cubana, terminan por ofrecer un conjunto de referencias que van conformando un cuerpo de pensamiento, todavía insuficientemente sistematizado, sobre lo que podría llamarse la "economía política de la transición". Sólo repasar algunos de sus contenidos muestra la riqueza y amplitud de la herencia intelectual que representa e identifica a la vez variados campos de reflexión. Así, por ejemplo, se comprende hasta dónde el diseño del programa económico de la transición suele constituirse en una de las tareas más complejas y una de las cuestiones de decisión más difícil para la dirección política del proceso.

En parte, tal dificultad proviene de la naturaleza de los problemas propiamente económicos que se enfrentan pero también en gran medida de los efectos políticos que se esperan de la política económica. Este doble requerimiento, de eficacia económica y de contribución política, que se impone a aquélla, es determinante de esa complejidad de diseño, así como de las dificultades para evaluar sus contenidos y los resultados que exhiban en el proceso de tránsito. La evaluación estrictamente económica sería no sólo incorrecta, sino irrelevante ante la necesidad de que responda a demandas políticas fundamentales, pero ello no exime de la responsabilidad de que se satisfagan a la vez criterios técnicos básicos en aquella materia.

De manera general, se espera que en el proceso de transición la economía cumpla, al menos, dos funciones propiamente políticas y muy importantes: de una parte, que contribuya a ampliar la base de sustentación del gobierno popular correspondiente y, de otra, que conduzca a un debilitamiento de las fuerzas opositoras en lo que son sus bases de respaldo económico. Lo primero supone unos resultados de corto plazo que representen beneficios para amplias capas de la población, en términos de avances en la satisfacción de sus necesidades básicas, de superación de inestabilidades e inseguridades, de mejoramientos en las situaciones de empleo, de corrección de las injusticias sociales más flagrantes. Lo segundo involucra en lo esencial afectar las bases de poder económico y las fuentes de recursos financieros para las clases hasta entonces dominantes, de manera que su capacidad de reacción política quede tan limitada como sea posible desde el punto de vista de su respaldo económico.

Éstas son dos funciones, además, no siempre con facilidad conciliables, porque las afectaciones de propiedad y los controles que se impongan sobre las capas empresariales tradicionales, con propósitos primordialmente políticos, con toda probabilidad debilitarán de manera transitoria los niveles de actividad económica de éstas, y limitarán en consecuencia las posibilidades de levantar los niveles de los consumos básicos. Pero sin tales afectaciones, el poder económico de las fuerzas opositoras al proceso de transformación se mantendría inalterado, ejerciéndose en definitiva en dirección contraria al sentido de la transición. La consideración necesariamente simultánea de uno y otro propósito suele aparecer, sin embargo, como una disociación en la política económica de transición entre dos contenidos de apariencia contradictoria.

De esta suerte, las acciones que buscan ampliar las bases de sustentación política mediante la reactivación y extensión de los niveles de actividad y mejoramientos rápidos en las condiciones

básicas de vida material de las mayorías de la población nacional, aparecerían caracterizadas como políticas de sesgo "populista" o "reformista", cuando no de índole "consumista". En cambio, se reconocería el sello propiamente "revolucionario" a aquellas políticas que se dirigen de manera principal a alterar los términos de la propiedad de los medios de producción fundamentales. Lo más probable, por el contrario, es que la evaluación de la política económica muestre una complementariedad entre unas y otras líneas de acción, bajo combinaciones que no se deciden en abstracto sino en relación específica con una realidad concreta y una fase determinada de su evolución.

La misma cuestión suele presentarse como uno de los grandes temas que reclaman la decisión respecto a las transformaciones postuladas y su relación con el grado de consolidación del poder político. En una apreciación superficial, parecería obvia la vigencia de una relación lineal y directa: mientras más débil la situación de poder político, más pausada y cautelosa la velocidad que se imprima a las transformaciones, de modo que se *gane* el tiempo necesario para "acumular fuerzas" antes de emprender nuevos avances. Pero hay que reconocer también una lógica de la proposición contraria: la propia debilidad en la situación de poder político obliga a un avance rápido y continuo, que ayuda a mejorar la correlación de fuerzas con ese doble efecto de obtener respaldo político y debilitar la sustentación económica de la contrarrevolución. Puesta así, no es una cuestión abstracta, sino de vigencia práctica directa y, más aún, podría decirse que en muchas de las experiencias concretas de transición, ésta ha sido una opción abierta expresamente a la decisión política y, en ocasiones, uno de los puntos de controversia más aguda dentro de la dirección política correspondiente.

Es probable que las circunstancias específicas sean determinantes del grado respectivo de ponderación que merezcan las consideraciones económicas y los factores propiamente políticos. Así, podría pensarse que, a partir de una situación sólida de poder político, de un poder en términos relativos consolidado, el problema de la velocidad de las transformaciones es, en gran medida, un problema "técnico", de conveniencia económica de preservar presencias significativas de los anteriores empresarios y administradores de la economía, en tanto se capacitan y habilitan las nuevas fuerzas sociales que se hagan cargo de ella bajo patrones razonables y ventajosos de eficiencia. En cambio, una situación de lucha todavía muy viva por el poder político, de relativa debilidad en el grado de poder alcanzado, subordina las consideraciones de eficiencia económica al criterio central de cómo la velocidad de las transformaciones que se emprenden mejora o deteriora la posición en la pugna no resuelta del poder.

La noción de fases precisas a lo largo del período de transición parece ser muy relevante en este sentido. De hecho, la aportación desde el lado de la economía a mejorar la situación del poder político de las fuerzas que impulsan la transición, puede ser relativamente provisoria. Las grandes dificultades inherentes a dicho proceso llevan, en fases siguientes, a cierto desgaste político motivado por una evolución económica que tiene que enfrentar tropiezos severos. Si ello es así, quiere decir que para la dirección política es muy importante evaluar hasta dónde puede contar con aportaciones positivas de la política económica, que sustenten cambios en la dirección de avanzar en la consolidación del poder, y desde cuándo la evolución económica será más un aspecto de desgaste que de fortalecimiento político. De ahí también la extraordinaria sensibilidad que asume en los procesos en referencia la relación entre las direcciones económica y política. Sin una integración adecuada, estará siempre presente el doble riesgo de que se desaprovechen en el plano político las oportunidades de avance que pueden ofrecer las fases de mejoramiento económico y no se tengan debidamente en cuenta las consecuencias políticas de otras fases previsibles de deterioro económico.

Por su propia naturaleza, la transición supone en su contenido económico la coexistencia de unas formas de organización y relaciones sociales de producción de carácter "privado" y otras de carácter "social", las primeras como herencia del pasado, en proceso de declinación, y las últimas como expresión de la transformación socialista en ascenso, en proceso de afirmar crecientemente su significación relativa. Una caracterización así, tan general, requiere por supuesto llegar a una consideración más pormenorizada respecto del área social, del área privada y de las relaciones entre una y otra.

En los inicios de la transición, el peso dominante corresponderá probablemente a las entidades privadas, que conforman un sector muy heterogéneo. Respecto a éste, una primera cuestión que se plantea tiene que ver con el ámbito de afectación en relación con sus distintos componentes: las empresas privadas de capital extranjero, las grandes empresas nacionales constitutivas de los estratos más fuertemente monopolizados, las empresas medianas y pequeñas y, también, las actividades más retrasadas, semicapitalistas, y las que desempeñan los llamados trabajadores por cuenta propia.

Los alcances que se decidan del ámbito inicial de socialización de estos sectores constituyen una de las decisiones políticas más importantes; la que queda influida además por una diversi-

dad de consideraciones y circunstancias, supone una definición de políticas de alianzas y enfrentamientos, involucra una concepción de la nueva área social y los segmentos productivos que deberían formar parte de ésta, depende en algún grado de las características que haya asumido la lucha social que abrió paso a la transición y el papel jugado aquí por distintas capas empresariales.

En buena medida, depende también de las conductas de estas capas empresariales durante la transición misma; por ejemplo, el cierre o abandono de unidades productivas, o el empleo de éstas como instrumentos de obstrucción y sabotaje económicos, suele obligar a su socialización, independientemente de que responda o no a la concepción de la nueva área social. De manera similar, los conflictos laborales y las presiones de los trabajadores pueden llevar a la intervención o expropiación de empresas más allá de los límites de la decisión política global.

Además de las decisiones sobre afectación de la propiedad, queda planteado en todos los casos un problema de control sobre las actividades que siguen siendo privadas. Este control buscará cumplir al menos dos *opciones*. La primera, asegurar que las decisiones privadas respondan a las orientaciones generales de la política económica y la segunda, prevenir conductas de sus propietarios encaminadas a retirar el máximo de capital, entre otras formas, desatendiendo el mantenimiento de los equipos productivos y las existencias de productos y materias primas indispensables para sostener un flujo productivo normal. En la práctica, este tipo de controles puede ejercerse por la vía administrativa o a través del colectivo correspondiente de trabajadores, o una combinación de las dos formas.

Constituye también parte de la "herencia" de la evolución anterior un conjunto de empresas públicas, desarrolladas en los marcos del sistema capitalista y cuya dimensión relativa suele ser considerable. Respecto a éstas, no hay de por medio un problema de afectación de propiedad, pero sí de cambios profundos en sus términos de operación. Por lo general, cumplían en el capitalismo una función, más que sustitutiva, complementaria de las empresas privadas y de apoyo a éstas, frecuentemente como suministradoras de insumos básicos a precios de subsidio y, en sus términos de dirección y administración, no se diferenciaban en lo sustantivo de las empresas privadas, en particular respecto a su relación con los trabajadores.

Se explica así que, no obstante que pudieran aparecer como una avanzada de la nueva área social, la adecuación de tales empresas a las condiciones y requerimientos de la transición suele ser también difícil. Incluso el compromiso de los trabajadores

se presenta en éstas menos definido, desde que no pasan por una movilización en demanda de su socialización y no aparece ante ellos un cambio ostensible en la conducción de tales empresas, que muestran más bien una condición de continuidad como empresas estatales.

En lo que toca a la decisión política como tal, tienden a predominar criterios que privilegien las consideraciones de tamaños, o de posición en el aparato directamente productivo y de preferencia en el ámbito de la producción material. Entretanto, diversas experiencias de transición sugieren la importancia singular que asume la presencia en el área social de empresas significativas en la esfera de la circulación y la distribución. Particularmente, cuando se desata la réplica de la desestabilización económica, con sus expresiones en el plano de la especulación y el entorpecimiento de los suministros, se hace evidente la importancia de que se disponga en el área social de la economía de empresas capaces de gravitar en forma significativa en las actividades de distribución mayorista y del transporte de productos.

En un plano más general se reconoce que, en la transición, el área social tiene la función no sólo de representar una parte del sistema económico que se transfiere del manejo y control privados a una conducción social, sino que además asume la responsabilidad de constituirse ella misma en las expresiones iniciales de la futura economía socialista. Es el símbolo de esta transformación, con el requerimiento consiguiente de que se desarrolle en ésta el nuevo carácter de las relaciones sociales de producción. De ahí los diversos interrogantes que se abren en este sentido a la dirección política. Por ejemplo, bajo qué régimen formal de propiedad —social, estatal, cooperativa, del conjunto de los trabajadores del correspondiente colectivo— ha de organizarse el área social, y bajo qué líneas de autoridad —instancias centrales o de autogestión, delegaciones estatales o representación directa de los trabajadores —habrán de funcionar. Preguntas que de un modo u otro involucran las concepciones más amplias sobre el tipo de sociedad socialista que se busca construir y que, por lo mismo, no constituyen problemas económicos, sino decisiones políticas fundamentales.

Forman parte también de esas concepciones sobre el área social las diversas relaciones de ésta con el resto de la economía y el conjunto de la sociedad y, muy particularmente, el tema de las relaciones entre el área social y el área privada. En esencia, la transición supone un cambio constante de ponderaciones relativas entre las áreas socializadas y los sectores privados, con participación creciente de las primeras; dicho de otro modo, la

política económica de la transición tiene que asegurar un carácter *dominante* del área social. En la práctica, sin embargo, hay más de un entendimiento sobre esa "dominación" de las áreas socializadas.

Desde un ángulo, se le entiende asegurada en tanto el área social sea capaz de reproducirse y expandirse con más rapidez que el área privada, de modo que en una suerte de carrera competitiva vaya ganando terreno progresivamente, o sea, vaya haciéndose dominante en tanto va ocupando un espacio cada vez mayor de su tema económico, marcando así la transformación socialista del conjunto de la economía. La implicación práctica de tal concepción, a los fines de diseño de la política económica correspondiente, lleva a centrar la preocupación en la eficiencia del funcionamiento de las empresas del área social, de modo que sean capaces de crecer con más celeridad que las otras, contando por cierto con un respaldo preferente de las distintas expresiones de la política económica (política crediticia, de protección, impositiva, etc.).

Una tarea, en verdad, nada fácil de cumplir, no sólo por las explicables dificultades mayores para alcanzar los niveles necesarios de eficiencia administrativa, sino por las otras funciones que probablemente tenderán a imponerse sobre las empresas del área social. Así, por ejemplo, si en el proceso de transición se desatan presiones inflacionarias que se busca atenuar tanto como sea posible, surgirá la tendencia a imponer restricciones mayores a los precios de las empresas del área social —en definitiva, dependientes sólo de una decisión administrativa— que a los de las empresas privadas, más difíciles de justificar y controlar en su cumplimiento, como podrían darse también diferenciaciones similares respecto de las políticas de empleo y de salarios.

En una visión alternativa, el entendimiento del carácter dominante del área social no se referirá tanto a su capacidad de crecimiento más rápido, sino a sus potencialidades como instrumento de conducción del conjunto de la economía incluso los sectores privados. No se trata, en este caso, de asegurar sus condiciones competitivas, sino de establecer relaciones con el área privada que permitan imponer los términos de funcionamiento de ésta. Su carácter "dominante" no residiría necesariamente en que vayan alcanzando dimensiones cada vez mayores en comparación con las del sector privado, sino en la definición y desarrollo de aquellas relaciones que las coloque en posición de comando sobre las empresas correspondientes del área privada.

Así ocurriría, por ejemplo, si se radican en el área social las empresas productoras o importadoras de insumos básicos, cuyo

control de tales suministros les permitiría ejercer esa función de *comando* sobre las empresas privadas que dependen del abastecimiento de dichos insumos (una suerte de "empresas líderes" que, colocadas en el área social, podrían ejercer incluso una función de planificación en el conjunto del sector correspondiente), o si los productores privados tienen que vender su producción a empresas del área social, que podrían así decidir sobre cantidades, surtidos de producción, calidad de los productos, etc.

Con mayor o menor ponderación, cuestiones como éstas estuvieron presentes en el proceso de la transición de Cuba hacia su reconstrucción como sociedad socialista; y algunas de ellas se presentaron como las cuestiones más decisivas que debieron encarar las direcciones políticas de otras experiencias similares. Los escritos del Che, aunque no siempre las abordan de manera explícita y particularizada, ciertamente motivan y ayudan a formalizar preocupaciones de esta naturaleza, tanto por el testimonio que representan de los términos concretos en que se dieron en Cuba como por la conceptualización más general que hizo el Che sobre varias de ellas.

Los horizontes de tiempo en las fases de transición

Igual ocurre con otras áreas de problemas inherentes también a los procesos de transición. Si insistimos aquí sobre éstas, alejándonos aparentemente de los textos propios del Che, es porque tenemos la convicción de que sus escritos —en sus contenidos principalmente económicos— deben ser objeto de mayor estudio y reflexión como parte importante del acervo general de contribuciones sobre las cuestiones teóricas y prácticas de la transición.

Con esa misma intención, cabría recordar también cómo el análisis de diversas experiencias de transición sugiere que en el plano específico de la dirección económica, y sin desconocer sus condicionamientos y sus consecuencias políticas, uno de los problemas más complejos es el de alcanzar una armonización adecuada entre las demandas de corto plazo y las necesidades de restructuraciones de largo plazo. Las primeras, determinantes en medida significativa de la capacidad política para afirmar el proceso de transformaciones; las segundas, definitorias del sentido esencial que en última instancia ha de asumir la transición. No obstante su esencia complementaria, unas y otras se reflejan por diversas razones con sentido frecuentemente contradictorio en sus previsiones para la configuración de la política económica de este período.

Las consideraciones de corto plazo sustentan en general proposiciones más bien conservadoras, que buscan arriesgar lo me-

nos posible, con un contenido de reforma gradual más que de grandes cambios rápidos, y sus propuestas están determinadas también por lo que aparece como requerimientos más inmediatos: hay que sortear las dificultades del momento, superar los problemas que se perciben más abiertamente. La necesidad de decidir ya sobre las cuestiones que ponen de manifiesto es percibida muy directamente por la conducción política, para la que es también más ostensible el requerimiento de jerarquizar esos mismos problemas. Pero precisamente, la ausencia de una visión de más largo plazo, involucra el riesgo de que el proceso se desajuste en los esfuerzos de superación de los problemas más manifiestos que, sin embargo, no podrán resolverse en definitiva sino avanzando en las transformaciones más de fondo, aun al costo de la agudización de algunas de las dificultades inmediatas.

Por su parte, la jerarquización de las consideraciones de largo plazo es menos evidente, menos apremiante; depende más de la concepción política sobre el carácter del proceso que de las presiones que se ejercen en lo inmediato, de una evaluación anticipada de requerimientos del futuro más que de la manifestación de demandas en el presente. No se trata, sin embargo, de escoger entre unos y otros. El diseño y la práctica de la política económica de la transición parecen estar llamadas a incorporar las dos dimensiones; de otro modo, no se crearían las bases para la resolución verdadera de problemas inmediatos, ni se aseguraría la viabilidad de las transformaciones de fondo. El problema radica en cómo graduar unas y otras, en términos que sólo pueden definirse con relación a los datos específicos de una realidad determinada y en una fase también determinada de su evolución. Es probable, por ejemplo, que en el curso mismo del tránsito tenga lugar un traslado creciente de ponderación relativa: en unas primeras fases se tenderá a jerarquizar más la resolución de las dificultades inmediatas y, más tarde, a poner el acento en las estructuraciones de fondo.

Por el mismo hecho de que la transición tiene que abrirse paso en un proceso de luchas sociales agudizadas —las más de las veces incluso de lucha armada— su antecedente económico inmediato suele ser un período de retracción económica, de paralización o disminución de las inversiones privadas, de retiro de capitales, de reducción en las existencias de productos y materias primas, de caídas pronunciadas de los niveles de producción, aumento de la desocupación e intensificación de presiones inflacionarias y desequilibrios financieros. La dirección política que asume el poder se ve enfrentada así, de inmediato, a una tarea de

"normalización" de la actividad económica, indispensable para satisfacer las demandas económicas más apremiantes.

Es la fase caracterizada principalmente como de "reactivación" o "recuperación", que no introduce todavía nuevas orientaciones al esfuerzo productivo, sino que busca apenas restablecer —y si es posible exceder— niveles anteriores de actividad, con la posibilidad de apoyarse para ello en la existencia de capacidades productivas ociosas y en la movilización de la iniciativa de los trabajadores para ocuparlas. Es también cuando puede pensarse que cualquier transformación significativa en la estructura del sistema económico puede resultar no sólo prematura, sino además como un factor potencialmente perturbador para la tarea inmediata de reactivación que con probabilidad se le considerará prioritaria, marcando desde entonces esa dificultad de armonización entre las demandas de corto plazo y los requerimientos de largo plazo.

Por su parte, la exigencia de los desocupados por oportunidades *inmediatas* de trabajo se constituye, en las primeras fases de la transición, en una demanda particularmente perentoria, tanto más cuanto que la incapacidad para asegurar empleo estable al conjunto de la fuerza de trabajo de seguro ha formado parte destacada de las denuncias sostenidas contra el viejo sistema. Aún más, es probable que la exigencia inmediata no se limite a recuperar niveles anteriores de ocupación, sino que envuelva la expectativa de que se avance rápidamente en la superación de los problemas de empleo que nunca pudieron resolverse. La reactivación económica global ofrece una respuesta parcial, pero sin duda insuficiente.

La práctica ha demostrado que hay por lo general posibilidades significativas de absorción de fuerza de trabajo en programas de emergencia que, no obstante su transitoriedad, responden a propósitos económicamente justificados. Pero aún así, es posible que en definitiva se absorba en algunas actividades contingentes de trabajadores superiores a lo estrictamente necesario, creando situaciones de ocupación excesiva, que pueden debilitar los esfuerzos por el aumento de la productividad del trabajo y abrir procesos a veces difíciles de corrección paulatina posterior.

La justicia distributiva y los abastecimientos básicos

Como ha quedado de manifiesto en las experiencias conocidas, las perturbaciones económicas inherentes a la transición se expresan con especial intensidad en los problemas de abastecimiento, y particularmente —en razón de los efectos de la redistribución del ingreso— en los suministros básicos. La de-

fensa de estos suministros se constituye así en uno de los objetivos prioritarios de la política económica en las fases iniciales, con la responsabilidad de encarar la variedad de manifestaciones que asume el problema. Del lado de la oferta, la reducción de existencias en etapas anteriores, las eventuales disminuciones temporales de la producción interna, la limitación de las importaciones y, en ocasiones, la obstrucción de los aprovisionamientos en el exterior y las maniobras internas de ocultamiento de producción, el acaparamiento y las trabas a su circulación y comercialización. Del lado de la demanda, la extensión del acceso al consumo de capas sociales más amplias, las compras individuales excesivas en previsión de escaseces, y las demandas ejercidas con el propósito deliberado de desquiciar los mercados.

Las presiones de esa naturaleza suelen asumir tal intensidad que resultan ineficaces por sí solas las medidas de organización y control administrativo, e incluso de participación activa de las masas en la vigilancia de la circulación de productos. De ahí la necesidad eventual de disposiciones jurídicas sobre delitos económicos, de extensión del área social a las actividades de comercialización y, en casos extremos, de medidas de racionamiento.

La Revolución cubana sufrió, precisamente, las perturbaciones señaladas en materia de abastecimiento, por lo que se vio obligada a aplicar drásticas medidas para conjurar dicha situación, entre las cuales destaca el *racionamiento* de los artículos de primera necesidad. Este sistema estableció una distribución más equitativa, ya que no se rige por la ley de la oferta y la demanda de la economía capitalista, que permitía consumir ilimitadamente a quienes tenían mayores ingresos, sino por las necesidades, que son iguales en los seres humanos. No obstante, cualquier sistema se convierte en problemático porque, como decía el Che, "hay que repartir equitativamente la pobreza, de modo que ninguno deje de comer, de vestirse, de recibir educación, de disponer de medicinas", por lo que ésta es una tarea nacional, de todo el pueblo.

El racionamiento no significa, pues, un fracaso del Gobierno Revolucionario ya que puede ser necesario aun con mayores niveles de abastecimiento de bienes de consumo. En el antiguo régimen, el precio regulaba el consumo y aparentemente no había escasez ni "colas", porque las masas no tenían capacidad adquisitiva y por lo tanto no comían; con la Revolución, cuando todo el pueblo tiene derecho a alimentarse, los que consumían mucho se resienten. De esta manera, la situación cambió en Cuba, toda vez que se mejoraron las condiciones de vida de los sectores más pobres, asegurándoles la satisfacción de sus necesidades básicas, como vivienda, alimentos, ropa, zapatos, medicinas, educación y recreación, para lo cual fue necesario racionalizar el consumo. Por eso el Che señalaba en 1962 que, al disponer el pueblo de mayores ingresos con los cuales comprar, no había sino dos opciones: o se aumentaban los precios para regresar a los antiguos sistemas injustos de distribución de las mercancías disponibles o se establecía la racionalización del consumo. No había otro camino.

El papel clave que asumen entonces los suministros externos realza la importancia de preservar los niveles más altos posibles de la capacidad para importar, con mayor razón desde que son diversos los factores que, por el contrario, tienden a comprimirla. De hecho, las condiciones de inestabilidad que suponen las primeras fases de la transición, las condiciones de conflictos cuando no la franca ruptura con los tradicionales productores internos y compradores externos, tienden a deprimir la exportación de mercancías. En los componentes financieros de la balanza de pagos, el mantenimiento de los servicios de la deuda acumulada y otros pagos suelen, a su vez, contrastar con la disminución brusca del ingreso de nuevos capitales y frecuentemente con la obstrucción de las operaciones bancarias de corto plazo.

Así, el resultado tiende a mostrar una secuencia de disminución de reservas, contracción de la capacidad para importar y, en definitiva, caída de los niveles de importación. A los factores señalados, suele agregarse además una disposición de la dirección política de la transición que lleva a subestimar en cierto grado tales tendencias, incluso con la idea más o menos difusa de que las propias transformaciones propuestas constituyen una alternativa a la dependencia de las exportaciones tradicionales y los abastecimientos importados, superponiendo así perspectivas de largo plazo a situaciones inmediatas que, por el contrario, reclaman el máximo de exportaciones y de importaciones.

La organización de la producción y la estructura productiva

Ante cada área de apremios inmediatos se identifica la necesidad, no siempre concordante y a menudo contrapuesta, de avanzar al mismo tiempo en la dirección de las necesarias restructuraciones de largo plazo, que definen en última instancia el sentido propio de la transición. Los análisis y debates de las experiencias históricas de tránsito han considerado extensamente algunas de las cuestiones más relevantes a ese respecto, a la vez que se constata insuficiencia relativa en el tratamiento de otras.

En el plano más general, se abre el tema de los énfasis relativos, de las precedencias y relaciones entre el desarrollo de

las fuerzas productivas y el cambio en las relaciones sociales de producción (tema muy próximo, por lo demás, al de las consideraciones de corto y largo plazos). Aun respecto de las nuevas formas de organización de la producción, se entiende que la socialización de la propiedad de los medios de producción fundamentales constituye el punto de partida, pero no define por sí misma el sentido de la transformación socialista propuesta. El carácter del área social que se conforma —participación estatal y del colectivo correspondiente de trabajadores—, el espacio que se abre a empresas de trabajadores, formas autogestionarias de organización de la economía, el papel que se asigne a las cooperativas, los grados y formas de colectivización de la agricultura, los sistemas de control de las áreas que seguirán siendo privadas y la participación en ellas de los trabajadores, representan entre otros, campos cruciales de definición y decisión para la dirección política.

A partir de ello, las decisiones se colocan en planos sucesivos de creciente especificidad. Así, en uno algo más concreto pero todavía bastante general, se abre la necesaria consideración de grandes opciones estratégicas, llamadas a configurar los patrones de acumulación y desarrollo que habrán de caracterizar el proceso correspondiente de transición. Porque si bien se reconoce en el funcionamiento del sistema económico un conjunto de relaciones básicas, de proporcionalidad entre los diversos sectores y actividades, éstas no se definen en términos absolutos, generales y constantes, con abstracción de la realidad concreta y —dentro de cierto radio— de la voluntad social y política correspondiente. Hay más de una estrategia global en cuyo interior habrán de darse esas relaciones, pero los rasgos fundamentales de esa estrategia no quedan dados automáticamente por aquéllas, sino que representan, y provienen de, una decisión social, lo cual explica las distintas características asumidas por diversas experiencias históricas de transición, incluso respecto de elementos muy importantes.

La dirección política y económica del proceso se verá confrontada, desde las primeras fases de la transición, a decidir sobre determinados componentes estratégicos. Entre ellos, se considerará la jerarquización de objetivos y la estructuración de la capacidad productiva. Dependiendo de una diversidad de circunstancias históricas y de la propia lucha social que involucra la transición, se atribuirán ponderaciones distintas para los esfuerzos de acumulación y desarrollo de las fuerzas productivas. Se trata de cuestiones como las referidas a las necesidades más inmediatas de la condición básica de vida del conjunto de la población, a las demandas de ascensos y diversificación del consumo de determinados estratos sociales, al desarrollo de la capacidad de acumulación y producción del sistema económico, incluso a los requerimientos económicos para la defensa política y hasta militar del proceso.

Como es natural, la jerarquización entre objetivos de esa naturaleza quedará influida, entre otras consideraciones, por los niveles relativos de desarrollo que se heredan, por el marco internacional en que se sitúa el proceso nacional correspondiente, así como por las necesiddades de consolidación del poder político de las fuerzas sociales que impulsan la transformación. El carácter de tal evaluación y decisión es en esencia político; el problema más propiamente económico es asegurar la correspondencia entre esa definición política y las decisiones sobre asignación de recursos, con atención preferente a qué actividades y sectores económicos, en qué proporciones y en qué perspectivas de modificación y ajuste en el tiempo de tales decisiones.

Agricultura e industria; la ciudad y el campo

Un aspecto singular, pero particularmente importante de las cuestiones globales sobre estructuración de la capacidad productiva es el que se refiere a las decisiones sobre los términos de articulación del desarrollo agrícola y del industrial que, en su perspectiva de más largo plazo y también en ciertas manifestaciones inmediatas, equivale a plantear el problema de las relaciones entre campo y ciudad, entre trabajadores rurales y trabajadores urbanos. Qué papel asumirán uno y otro en la generación y en la asignación del excedente, cómo operarán las diversas vías de traslación directa e indirecta de ingresos entre la economía rural y la economía urbana, en particular, cómo se definirán las relaciones de precios entre productos agrícolas y productos industriales, qué atención se prestará en cada caso al desarrollo de las fuerzas productivas y al cambio en las relaciones sociales de producción, son todas cuestiones que no están definidas automáticamente por una "ley de proporcionalidad" de vigencia absoluta entre la agricultura y la industria. Necesitan determinarse de manera explícita en cada caso y constituir esa decisión en una referencia indispensable para sustentar las decisiones económicas consecuentes.

En el caso de Cuba conviene advertir que su economía presentaba, en el momento del ascenso al poder del movimiento revolucionario, los rasgos generales del subdesarrollo y de la dependencia de Estados Unidos, con una estructura caracterizada por la propiedad latifundaria, en gran parte improductiva, una agricultura extensiva y monoproductora, una industria incipien-

te, un gran atraso tecnológico e índices elevados de sobreexplotación, desempleo y subempleo de los trabajadores. En este cuadro general, los capitalistas norteamericanos controlaban el 25 % de las mejores tierras agrícolas y más del 50% de la industria azucarera, extendiendo además su dominio, en considerable medida, a las actividades de generación de energía eléctrica, de refinación y distribución de combustible, de transporte ferroviario, de la producción minera, de la industria productora de bienes de consumo y alimentos y del crédito.

Esta distorsionada estructura de la economía prerrevolucionaria se singularizaba por su carácter completamente abierto hacia el exterior, con un predominio ostensible de Estados Unidos. Esta forma de la dependencia se expresaba en la exportación de casi un solo producto —el azúcar—, que comprendía el 80% del valor de aquélla, con una concentración geográfica tan elevada que el 60 % se dirigía al mercado norteamericano. Tal dependencia se manifestaba también en las importaciones, toda vez que entre 75 y 80 % de éstas provenían de aquella gran potencia. Por último, esa misma deformación económica determinaba la subordinación política del país y, particularmente, del gobierno a los consorcios imperialistas y a la Casa Blanca.

Esta realidad era la que debía transformar el movimiento revolucionario que asumió el poder el 1º de enero de 1959, por lo que efectivamente inauguró un proceso de cambios económicos y sociales, que puso término a la dominación imperialista y de la burguesía interna. La ley de Reforma Agraria, promulgada en mayo de 1959, transfirió el 40 % de la tierra al Estado y el 27 % a los campesinos establecidos en ella, con lo que éstos dejaron de pagar rentas a los latifundistas, y se pudo hacer un aprovechamiento más racional de aquella y disminuir el desempleo rural. Desencadenada la lucha de clases en el campo, se dictó la segunda ley de Reforma Agraria, en octubre de 1963, en cuya virtud el Estado asumió el control del 70 % de las tierras, quedando el resto en poder de los campesinos.

El proceso de nacionalización avanzó entretanto en los otros sectores de la economía. Por una ley del 6 de agosto de 1960 se expropiaban 36 centrales azucareras, las compañías de electricidad y de teléfonos, así como las refinerías de petróleo. Por su parte, el Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados traspasó al Estado un conjunto de empresas, entre las cuales se contaba la totalidad de la industria textil, de la industria química y algunas del acero. Asimismo, a la nacionalización del Banco Nacional, se unió la del sector bancario norteamericano.

De este modo, ya en agosto de 1960, se había incorporado al Estado el 40 % de la tierra, el 37,6 % de la industria azucarera, los servicios públicos esenciales, como electricidad y teléfonos, los ferrocarriles (que pertenecían al Estado) y significativas partes de la producción industrial. Este proceso, que siguió extendiéndose en los años siguientes, permitió la creación de un sector social de la economía, situación que exigió a su vez la definición de una nueva estrategia de desarrollo, que persiguió un crecimiento acelerado de una economía agroindustrial. Para eso, se impulsó la diversificación de la agricultura y la industrialización por sustitución de importaciones en el corto plazo y la creación de una industria pesada en el largo plazo. Esta estrategia se aplicó de 1960 a 1963, con resultados negativos.

Así, la Revolución cubana impulsó como sus acciones más significativas en el campo de la economía, durante el primer año, el inicio de la Reforma Agraria y la nacionalización del Banco Nacional. La primera sentó las bases de la nueva fase de lucha de la transición al socialismo y constituyó el eslabón primero de una "sucesión de golpes y contragolpes" —como lo dice el Che— con el imperialismo y la burguesía interna asociada a él, que conducirán por un camino no delimitado de antemano, pero sí previsible, hacia las nuevas formas de organización de la sociedad y la economía. La segunda permitió a su vez —aunque el resto de la banca continuó en manos de particulares— el control y disposición de las divisas por el Estado. Estas tareas, según nos las relata el Che, eran apenas el comienzo de la gran lucha del año siguiente, cuyos planteamientos, todavía no plasmados, cambiarían irreversiblemente la estructura del país. En ese primer año surgió el Instituto Nacional de la Reforma Agraria, el que a su vez creó el Departamento de Industrias para atender la necesidad de nuevas actividades de este tipo, derivada del proceso de cambio en el campo y la agricultura, para cuya jefatura se designó al Che el 7 de octubre de 1959.

El Departamento de Industrias fue concebido para impulsar grandes obras, pero en ese momento no podía rendir todos sus frutos, pues faltaba una dirección definida respecto a las perspectivas del desarrollo. Sin contar todavía con un plan, su esfuerzo consistió en formarse una imagen, a lo menos primaria, de las industrias que requería el país, para lo cual se trazó líneas de trabajo sencillas y, sobre todo, tentativas en cuanto al desarrollo, como acaba de señalarse, de una industria basada en la sustitución de productos importados y de tecnología simple. En 1961 se convirtió en Ministerio de Industrias, a cargo de un titular del ramo y asistido por un Consejo de Dirección, integrado por los directores de las distintas dependencias del Ministerio y por los cuatro subsecretarios de industrias. Las funciones del

nuevo ministerio, que asumió el Che, eran fundamentalmente dos:

a) la administración directa de las empresas del país, es decir, la función de producción, de aprovechamiento pleno de la capacidad instalada en el país y de la coordinación de todos los medios de producción, a cargo de dos subsecretarías, y
b) la atención de los planes económicos, las futuras inversiones y la construcción de las nuevas industrias, a cargo también de dos subsecretarías.

Para impulsar la industrialización sustitutiva, primero, el Departamento de Industrias y después el Ministerio del ramo, hicieron estudios sobre la base de listados de productos de importación que ocupaban renglones más altos en los anales del comercio exterior, mientras se apoyaba en la ayuda extranjera a largo plazo para desarrollar la industria básica, tomando en consideración los estudios y recomendaciones de las misiones técnicas de los países socialistas. La economía avanzaba entretanto en el proceso de socialización, por medio de la incorporación de un número cada vez mayor de industrias al área social. Estas incorporaciones se efectuaron por intervención, en algunas de ellas, en virtud de una ley del Ministerio del Trabajo contra el abandono de los centros de producción por los patrones y de leyes dictadas contra los traidores al país, así como por compras y la ley general de nacionalización que no sólo liquidó la banca privada y todas las propiedades norteamericanas en Cuba, sino también un buen número de propiedades de capitalistas nacionales.

El Ministerio de Industrias tuvo que *prever*, de acuerdo con la Junta Central de Planificación, el desarrollo industrial a nivel de las ramas administradas por éste, porque otros ministerios y organismos, como el de Obras Públicas y el Instituto Nacional de Reforma Agraria, formulaban sus propios planes, coordinados por cierto con dicho órgano planificador. Su ámbito de competencia comprendió a la industria básica, a la industria ligera, algunas industrias de la alimentación que, en el futuro próximo, pasarían a depender del Instituto Nacional de Reforma Agraria, a las pequeñas empresas conocidas como "chinchales", con un funcionamiento deficiente y pocos obreros, que se mantuvieron en pie por razones de empleo de éstos, abandonadas por sus dueños como parte de la conspiración y fuga de la burguesía interna. El Ministerio debió ocuparse asimismo del abastecimiento de las materias primas y de las ventas a las distintas industrias al Ministerio de Comercio Interior, de la mano de obra y los salarios, de los costos y los precios de venta de los productos, del

control financiero del plan de producción de cada empresa, de la contribución técnica de los países socialistas, etc.

En los primeros dos años de la transición se inició también el aprendizaje de la planificación, caracterizado por sucesivas aproximaciones y también errores hasta definir el concepto global de desarrollo. En 1961 se trabajó sólo con un esbozo de plan, pero en el curso de este mismo año se estudió con mayor cuidado y rigor el plan de producción para 1962, adecuado a las posibilidades objetivas de disposición de materias primas de origen nacional y de la capacidad de importación, determinada a su vez por los excedentes exportables propios y las posibilidades de suministro de otros países, especialmente del campo socialista. El Che destaca sus superioridad respecto al primero, que fue sólo "la expresión en blanco y negro" de buenos propósitos, ya que el nuevo plan de producción comprendió un balance adecuado de categorías tales como producción, costos, salarios, abastecimientos, inversiones y financiamiento, es decir, se trató de un plan relacionado con la realidad y la vida.

La Revolución cubana es instructiva al respecto como quiera que se planteó, en los comienzos mismos de la transición, cambios substanciales en la relación campo-ciudad, en el desarrollo de la agricultura y de la industria. En Cuba se presentó, como en otros países, la disyuntiva: o continuar como mero proveedor de materias primas de origen agrícola o convertirse también en productor de manufacturas. El Gobierno Revolucionario eligió el segundo de estos caminos porque, desde el punto de vista estratégico, es el que mejor garantiza el futuro del país, por lo que fue así como la Reforma Agraria y la socialización de las industrias inauguraron la sustitución de las viejas relaciones de producción por las nuevas.

En ese mismo momento, se iniciaron grandes campañas para asegurar el autoabastecimiento de productos básicos como arroz, algodón, aceites vegetales y lácteos, en una primera fase de la *batalla* de la producción, así como los estudios para crear fuentes productoras de materias primas destinadas a la industria nacional, y se exploraron las posibilidades de desarrollo de la metalurgia y siderurgia basadas en los yacimientos de minerales existentes. En este proceso se impulsó también la industria ligera y la industrialización de la caña, para obtener, además del azúcar, otros productos químicos, así como la exploración y explotación de sus propios combustibles, de acuerdo a la ley del Petróleo, dictada por el Gobierno Revolucionario.

En este marco del desarrollo, la tierra por fin pertenecía a la nación, la que podía destinarla a cumplir su verdadera *función social*. La Reforma Agraria pasó entonces a ser el primer objetivo táctico de la Revolución al tiempo que el principal escena-

rio de lucha en el frente económico, convirtiéndose además, desde entonces, en fuente de empleo, medio de abastecimiento de productos alimenticios, base de la industrialización, factor de diversificación del comercio exterior y fundamento de la elevación del nivel de vida del pueblo. El Che recuerda que Fidel Castro planteó en esos días cargados de ideales y responsabilidades que la Revolución no podía esperar que el capital privado interno y externo asumiera esas grandes tareas nacionales y democráticas, guiados por su afán de lucro, sino que debía afrontarlas ella misma. La soberanía política tenía que sustentarse en la independencia económica.

No cabe duda alguna que la Reforma Agraria fue un proceso profundo, que comprometió el *protagonismo* de los campesinos, la clase que había brindado el mayor apoyo a la lucha iniciada en la Sierra Maestra. Ésta representó un cambio institucional, que alteró completamente el régimen de tenencia de la tierra, removiendo los obstáculos que hasta entonces habían impedido aprovechar con un sentido social los recursos naturales humanos.

Por otra parte, la concentración de la tierra en latifundios y las plantaciones capitalistas favorecieron la constitución de granjas estatales y cooperativas, evitándose una distribución de la tierra en minifundios de propiedad privada, que después habrían exigido su agrupamiento en unidades de mayor tamaño para utilizar técnicas de explotación modernas. Desde entonces, el desarrollo agropecuario se orientó hacia la diversificación de la producción. En síntesis del Che: "diversificación *versus* monocultivo, pleno empleo *versus* brazos ociosos".

No todo fue color de rosa, sin embargo, en estos primeros años. Después de los cambios mencionados surgieron serios problemas en la agricultura, por encima de la incorporación de los recursos ociosos que significaban considerables potencialidades de desarrollo, como la caída de la producción de caña y la escasez relativa de algunos productos agropecuarios. El Che se ocupó del análisis de esta situación, señalando dos errores principales en la implementación de las políticas correspondientes.

El primero consistió en conducir el proceso de diversificación en términos absolutos en vez de hacerlo en términos relativos, lo que supuso la reducción de las áreas de caña en beneficio de otros cultivos, sin tomar en cuenta la experiencia histórica que revelaba que ningún otro cultivo tenía la productividad de la caña. En una indisimulada autocrítica, Guevara reconoce que ellos, los dirigentes revolucionarios, se dejaron llevar "por la idea *fetichista* que ligaba la caña a nuestra dependencia con el imperialismo y al nivel de la miseria alcanzada en nuestros campos, sin analizar a los verdaderos culpables: las relaciones de producción,

el intercambio desigual", agregando que las medidas equivocadas en la agricultura implican un doble tiempo, esto es, el que se necesita para percibir sus efectos y el que exige su reparación.

El segundo se refirió a la dispersión de recursos en un amplio espectro de líneas agrícolas y pecuarias, así como a que no se aplicó en términos nacionales, sino dentro de cada una de las unidades productivas. En retrospectiva todo parece claro. "En la agricultura, y máxime en la de un país subdesarrollado, la estructura mantiene" —dice Guevara— "una inflexibilidad muy elevada y la organización descansa sobre bases extremadamente débiles y subjetivas. Por consiguiente el cambio institucional y la diversificación simultánea provocaron una mayor debilidad en la organización productiva agrícola[...]" No cabe duda, los golpes también enseñan. (Guevara: *Cuba, su economía, su comercio exterior, su significado en el mundo actual.)*

El Gobierno Revolucionario efectuó, en su oportunidad una evaluación de la situación creada y, una vez identificados los errores, rectificó sus políticas para el sector agropecuario, restituyéndole a la caña su probada prioridad tanto en la asignación de recursos como en los factores que contribuían al uso más eficiente de los mismos. No obstante estas correcciones, no se abandonó la diversificación de cultivos, sino que su impulso se hizo más gradual, procurando obtener un rendimiento creciente de los recursos utilizados.

La Revolución puso también sus esperanzas en el desarrollo industrial, en consideración a que en éste se basa en gran medida el avance hacia el socialismo. No obstante estar consciente de que el fundamento de este proceso es la industria pesada, la dirección política tampoco podía ignorar las limitaciones naturales para abordar su impulso, por lo que prefirió concentrar su atención, en una primera fase, en la industria manufacturera, en todos sus tamaños, porque ella genera, por lo demás, más empleos al tiempo que produce bienes de consumo, factores esenciales si se considera que, en el período de transición, se debe atender simultáneamente los aspectos económicos y sociales, esto es, generar la base material y técnica, pero también satisfacer las necesidades más apremiantes de las masas. En otras palabras, buscar un equilibrio y armonización entre ambos tipos de industrias.

El desarrollo industrial perseguía, en un sentido más específico, similares objetivos que el desarrollo agropecuario, esto es, generar más empleo, satisfacer necesidades básicas de la población y proveer de divisas al país. Es particularmente relevante destacar la extraordinaria ampliación experimentada por el mercado interno por diversas causas originadas en el proceso revolucionario, entre las cuales se encuentra la propia Reforma Agra-

ria, la redistribución del ingreso y el aumento de empleo, contribuyendo también a lo mismo, el carácter estatal del comercio exterior y la aplicación de políticas proteccionistas para los productos nacionales.

Esta mayor demanda interna fue atendida, primero, con un mayor grado de utilización de la capacidad instalada de la industria y, posteriormente, con el decidido fomento a la industrialización, el que trajo consigo desequilibrios en la balanza de pagos debido al alto componente importado de dicho proceso, expresado en combustible, materias primas, piezas de repuestos y equipos de reposición. En esta forma se hizo frente, en su hora, al bloqueo económico norteamericano, desempeñando un papel importante los pequeños y medianos talleres, sobre todo en la producción de repuestos.

Al igual que en la agricultura, en este sector se cometieron también errores. Entre ellos, en la adquisición e instalación de plantas destinadas a sustituir importaciones y cuya tecnología permitiese ofrecer numerosos empleos; con posterioridad, se estableció que la capacidad técnica de muchas de ellas era insuficiente, comparada internacionalmente, y requerían además demasiada materia prima de procedencia exterior, con el consiguiente impacto en la balanza de pagos. La Revolución extrajo sus enseñanzas de estas políticas equivocadas, adoptando criterios de mayor selectividad en la instalación de nuevas industrias, asegurando una tecnología moderna y las ventajas del comercio exterior.

Esta experiencia hizo, en suma, que se abordara el desarrollo económico desde otra perspectiva, considerando más atentamente la realidad nacional e internacional. La nueva estrategia si bien perseveraba en la transformación de la estructura económica heredada del antiguo régimen, ponía el énfasis de nuevo en la industria azucarera para generar divisas destinadas al financiamiento de la construcción de la infraestructura, la dotación del equipamiento técnico, la calificación de la fuerza de trabajo, como bases de la industrialización y de la especialización económica en los marcos de la división internacional socialista del trabajo.

Cambios internos y relaciones económicas externas

Las transformaciones en los sectores primario y secundario de la economía cubana precipitaron a su vez, en esos años de ruptura y transformaciones, cambios en el comercio exterior. El Che los resume muy bien: "En cuanto a exportaciones se refiere, estos cambios se limitan principalmente al destino de las mismas, ya que el peso del azúcar continúa siendo tan determinante como lo era anteriormente. En cambio, la estructura por

grupos económicos de productos se altera totalmente en las importaciones al correr de estos cinco años." Esto último se podría resumir diciendo: menos bienes de consumo, especialmente duraderos, y más bienes de inversión, con un pequeño descenso en los intermedios, como resultado de la política de sustitución de importaciones. (Guevara: *Cuba, su economía, su comercio exterior, su significado en el mundo actual.)*

Las condiciones internacionales en que tenga lugar el proceso de transición son ciertamente decisivas en muchos aspectos y desde luego en los términos en que se vean las perspectivas de su inserción económica externa. En su sentido más amplio, este tema involucra decisiones sobre el carácter más o menos abierto de la economía que se aspira a constituir sobre líneas estratégicas más inclinadas al desarrollo sustentado en las fuerzas propias o en la articulación exterior. En un plano particular, las relaciones externas dependen de decisiones sobre "con quiénes y bajo qué esquemas de relaciones", es decir, con vistas a qué lugar ocupar en los patrones vigentes de división internacional del trabajo.

Como se afirma en otra parte de este trabajo, la orientación geográfica de la relación económica externa depende de los requisitos de coherencia a largo plazo entre el carácter de las transformaciones internas y el relacionamiento exterior. Pero ello no cierra de modo absoluto las opciones. Hay otras, en efecto, como por ejemplo qué grados de articulación se buscará mantener con las economías capitalistas desarrolladas y en qué medida se impulsará el desplazamiento de la relación económica hacia el campo de países socialistas, como también bajo qué perspectivas de articulación con otras economías subdesarrolladas, más aun si están igualmente en tránsito (las formulaciones del *collective self reliance*) y bajo qué políticas respecto de esquemas regionales o subregionales de integración económica.

De estas decisiones depende también en cierto grado —aunque no entera ni automáticamente— el tipo de relacionamiento exterior que se buscará conformar desde el punto de vista de la composición del intercambio, determinado más que nada de las "ventajas comparativas" derivadas de una constelación de recursos naturales y condiciones generales del grado relativo de desarrollo, o resuelto con más amplitud y flexibilidad según las potencialidades de alternativas susceptibles de tomarse en los marcos de una concertación planificada de participación en nuevos esquemas de división internacional del trabajo.

Che Guevara se ocupó con mucha atención de este tema, dejando constancia en sus escritos de las modificaciones radicales producidas en Cuba en el campo de su relacionamiento exterior. De partida, de una estructura semicolonial en el comercio exter-

no e interno dominada por grupos monopolistas, con decisiva intervención norteamericana, se pasó al dominio o control por parte del nuevo Estado del primero y de gran parte del segundo, en menos de un año. La alteración en la estructura del comercio exterior en tan breve tiempo constituyó una obra extraordinaria, como quiera que el setenticinco por ciento de estas transacciones que se realizaban con los Estados Unidos se redujo a cero, canalizando casi todo este intercambio hacia la Unión Soviética y, en general, los países socialistas.

La tarea presentó, por cierto, numerosos problemas, que se fueron resolviendo, como la adaptación a una planificación central de esos países, que prevé la producción con tiempos de anticipación, cuando Cuba no contaba todavía con un instrumento similar para determinar, con igual anticipación, sus pedidos, la asimilación de una tecnología diferente a la que hasta entonces había utilizado la Isla y, en general, los cambios en pesos y medidas, en el instrumental para las industrias y hasta el ciclaje de la electricidad.

Las relaciones económicas de Cuba con la Unión Soviética y, en general, el campo socialista se plantearon, desde el comienzo, en términos políticos, de *solidaridad* entre naciones guiadas por los mismos principios y valores. Cerrado el mercado norteamericano, el primero de aquellos países rompió el cerco y compró cuatro millones de toneladas de azúcar, entonces a cuatro centavos de dólar la libra, es decir, a un precio superior al vigente en el mercado mundial. El Gobierno Revolucionario cubano planteó por su parte que su país sufría una agresión desembozada del imperialismo y que necesitaba vender su principal producto de exportación en condiciones de precios apropiadas para evitar su descapitalización y desarrollar su economía.

La respuesta de la Unión Soviética fue positiva y gracias a ella pudo celebrarse un convenio multilateral de pagos, por medio del cual el campo socialista absorbió la producción de azúcar de la Isla. Esta operación revistió una inmensa trascendencia si se considera que el comercio exterior cubano tenía como su más grave limitante el monocultivo del azúcar que dominaba al conjunto de su economía. En la caña, en cuanto principal fuente de divisas, descansaban los proyectos de diversificación de la producción agrícola y de desarrollo industrial.

No obstante, el Che dejó planteada con toda crudeza su oposición al *intercambio desigual*, ya no sólo entre los países atrasados y los países de capitalismo avanzado, sino especialmente entre los primeros, cuando éstos inician su lucha por sacudir las relaciones de dependencia y se encaminan hacia su liberación social, y los países de socialismo avanzado. No es posible, desde el punto de vista de la ética socialista, impulsar entre estos últimos

un comercio de "beneficio mutuo", basado en el intercambio desigual, esto es, en términos de relaciones en constante deterioro de los precios de las materias primas frente al incremento también constante de los productos manufacturados en el mercado mundial.

Su posición es inequívoca al respecto. "¿Cómo puede significar 'beneficio mutuo'" —expresa— "vender a precios de mercado mundial las materias primas que cuestan sudor y sufrimiento sin límites a los países atrasados y comprar a precio de mercado mundial las máquinas producidas en las grandes fábricas automatizadas del presente? Si establecemos este tipo de relación entre los dos grupos de naciones, debemos convenir en que los países socialistas son, en cierta manera, cómplices de la explotación imperial". Para agregar que estos últimos países tienen el deber moral de liquidar su complicidad tácita con los países explotadores del capitalismo. El Che, como precursor de lo que hoy se denomina nuevo orden económico internacional, afirma que el desarrollo de los países que comienzan sus procesos revolucionarios debe "costar a los países socialistas". (Guevara: *Discurso pronunciado en el Seminario Económico de Solidaridad Afroasiático.)* Así entiende la solidaridad revolucionaria.

CAPÍTULO CUARTO

EL HOMBRE EN EL MUNDO DEL TRABAJO

Movilización y participación sociales

Tal es el campo minado por la contrarrevolución, que debe ser recorrido por las masas que protagonizan el proceso de cambio social, como sucedió en Cuba a partir de 1959. En ese escenario histórico se producen las contradicciones interclases e intraclase, que configuran los conflictos que debió enfrentar y resolver la dirección revolucionaria en una primera fase de la transición. Mientras en el frente de las fuerzas opositoras — internas y externas— la tendencia parece ser la de evolucionar desde una situación de dispersión de objetivos hacia una creciente unificación de ellos, en el de las fuerzas populares, que están por la transformación socialista, pareciera ocurrir lo inverso. En una fase inicial, la sola intención revolucionaria es suficiente para movilizar como conjunto a las distintas capas de trabajadores del campo y la ciudad, pero progresivamente se identifican sus demandas *diferenciadas* y se hacen presentes tendencias dispersoras.

Los segmentos de clase obrera ligados a las empresas mayores de la industrialización sustitutiva suelen constituir los estratos más desarrollados políticamente, pero a la vez son proclives a las demandas más "economicistas" y suelen resistir las orientaciones de restructuración industrial (derivadas, por ejemplo, de una redistribución progresiva del ingreso) que afecten a sus empleos tradicionales. Los trabajadores de las industrias medianas y pequeñas esperan, a su vez, que sus salarios y condiciones sociales de trabajo sean equiparados de inmediato con los de las unidades productivas mayores.

De igual manera, los grupos urbanos marginados o semimarginados demandan su incorporación plena a los servicios sociales básicos, así como el acceso a trabajos estables; los campesinos, el reparto y la propiedad de la tierra, y los asalariados agrícolas, que se uniformen sus condiciones de trabajo con las

del medio urbano. En general, los trabajadores urbanos de empresas privadas demandan la "socialización" de la propiedad de éstas, así como una participación efectiva en la administración de las áreas socializadas, y los ocupados en empresas productivas que ya eran propiedad estatal, un cambio cualitativo en los términos de gestión de tales empresas.

Por su parte, las capas de pequeña burguesía asalariada —empleados administrativos y técnicos de las actividades privadas y de los aparatos estatales— defienden sus conquistas económicas anteriores y buscan su expansión. Son particularmente sensibles a los problemas de abastecimiento, incluso a las posibilidades de consumos no esenciales, aunque su situación inmediata de ingresos no los hace de manera efectiva accesibles a ellos.

La contradicción de intereses inmediato surge así por doquier. Entre trabajadores de las empresas socializadas y los que siguen ocupados en entidades privadas, entre los que esperan cambios rápidos en las estructuras productivas y los que buscan preservar sus empleos tradicionales, entre los ingresos de los campesinos y los precios de los alimentos en los mercados urbanos, entre las reivindicaciones salariales de determinados grupos y la política general de remuneraciones aplicable al conjunto de los trabajadores. En todo ello se configura un abanico de demandas sociales muy amplias y diversificadas, bajo la percepción subjetiva de que con la instauración del nuevo poder ha llegado la hora, no obstante que apenas se inicia el proceso de transición, de que sean resueltos viejos problemas y satisfechas sentidas aspiraciones y demandas.

Este aspecto general de la transición es analizado con profundidad y extensión por el Che a través del seguimiento del avance de la Revolución cubana, de las conquistas que van realizando las masas, el conjunto del pueblo. La lucha de los campesinos por la tierra comenzó a ofrecer sus frutos casi de inmediato a través de la Reforma Agraria, pero no sucedió lo mismo respecto a la clase obrera porque la industrialización recién empieza a dar sus primeros pasos, en medio de las dificultades generadas por el bloqueo económico, en sus múltiples manifestaciones. Por eso, el papel de la clase obrera era decisivo. El Che, consciente de este problema, lo pone en términos de disyuntiva: "O la clase obrera comprende perfectamente todos sus deberes y toda la importancia de este momento, y triunfamos; o no la comprende y la industrialización será otro más de los tibios intentos hechos en América para salvarse del yugo colonial[...]". (Guevara: *Discurso a la clase obrera.*) No había otras opciones.

El proceso revolucionario tuvo su lógica interna y dinámica propia. Es un hecho conocido que la fuerza motriz del mismo

residió en los campesinos y después en la clase obrera, por la sencilla razón de que la insurrección armada se inició en la Sierra, donde se establecieron los sobrevivientes del desembarco del *Granma* bajo la conducción de Fidel Castro, pero también porque Cuba, debido a su atrasado capitalismo dependiente, no poseía un proletariado significativo, con una nítida conciencia de clase. Por el contrario, hacia aquellos años, se había consolidado una dirección "negociadora" sobre ese débil proletariado, que buscaba constantemente la conciliación entre el capital y el trabajo, la paz social entre patrones y obreros, sobre la base de la sobrexplotación de éstos. Este limitado espíritu reformista impidió, en algunos sectores, la comprensión del proceso revolucionario y específicamente de la industrialización, como quedó en evidencia durante el período de lucha armada y el de transición.

No fueron, pues, pocas las dificultades que tuvo que enfrentar la Revolución, promovidas y estimuladas por las viejas direcciones reformistas de la Confederación de Trabajadores de Cuba. En una dura y fatigosa tarea, se concientizó a los obreros que, de acuerdo a una tendencia reivindicacionista, veían muchas veces en el nuevo Estado socializador a un patrón más. Contribuyeron a esta incomprensión inicial los errores cometidos por parte de los hombres que ejercían funciones de gobierno y de administración de las empresas nacionalizadas, quienes, guiados por un espíritu idealista y las más veces sin una experiencia en dichas tareas, sólo deseaban avanzar con la mayor velocidad posible, vencer la conspiración interna y el acoso exterior y asegurar el desarrollo nacional. Convencer a la clase obrera de que ella constituía la fuerza propulsora de la Revolución era, entonces, una empresa básica que comprometía la acción de todos los dirigentes, porque no se podía considerar como una hipótesis siquiera la idea de no contar con su apoyo decidido.

En esos primeros años de la transición, el Che reclamaba tres obligaciones de la clase obrera. Producir más y mejor con la conciencia de que el producto de su trabajo estaba destinado a ellos mismos y al conjunto de la sociedad; ahorrar materia prima, insumos y, en general, recursos necesarios para la producción mediante el uso de la inventiva, y organizarse racionalmente para contribuir mejor a la consolidación y avance de la Revolución. Para cumplir con estos tres deberes se requería un esfuerzo inmenso, un sacrificio extraordinario, destinado a enfrentar los problemas, comprender el curso del proceso social y económico, adquirir el conocimiento del nuevo sistema de producción, integrarse adecuadamente a la fábrica y, en fin, dominar la máquina a su cargo, hasta el punto de hacer más eficiente, más productivo y más justo el trabajo colectivo. La fábrica se convertía

en la escuela del *hacer*, donde se generaba la participación conjunta de obreros y administradores.

Este proceso se tomó su tiempo de acuerdo con los obstáculos que presentaba la vieja sociedad. La plena integración de los trabajadores en la empresa, que los conduciría a dominar las fuerzas productivas, se realizó al unísono con la comprensión creciente de su papel en la conducción de aquéllas y el cambio de actitud en las direcciones burocráticas en las empresas nacionalizadas. La lucha interna es *patética*, porque a través de ésta toman conciencia de cómo la conquista de los medios de producción altera el orden de importancia entre sus intereses reivindicatorios inmediatos y sus intereses reales o históricos hasta el punto que, en esta fase de tránsito al socialismo, debe a veces —según el Che— "abandonarse una conquista fácil del día de mañana para lograr conquistas mayores y más sólidas en días venideros". (Guevara: *Discurso en la Convención Nacional de los Consejos Técnicos Asesores.)* Este proceso de integración aprovechó instrumentos de organización y participación de la clase obrera que se adaptaron a las nuevas condiciones sociales y económicas o que surgieron como resultado de las necesidades derivadas de aquéllas.

El papel del sindicato en el período de transición es de una significación extraordinaria. El Che distingue en éste dos funciones distintas, aunque complementarias. La primera se refiere a la cooperación que deben proporcionar en la formulación, ejecución y evaluación de los planes y programas del Gobierno Revolucionario, por medio de la discusión a nivel de empresa o de fábrica, para transmitir después sus contenidos en el seno de las masas, desarrollando en ellas la conciencia de que los objetivos y metas de dichos instrumentos de planificación comprometen a todos. La segunda, aparentemente contraria, concierne a la defensa de sus intereses específicos e inmediatos a nivel de empresa o de fábrica.

En este período, no desaparecen del todo las contradicciones, sino que se modifica la forma de solucionarlas, en cuya tarea el sindicato desempeña una función importante al procurar la armonización de los intereses de un sector de los obreros con los intereses generales del conjunto de la clase, con los intereses *reales* de ésta que se identifican con la construcción del socialismo. Tampoco es una tarea fácil. Se trata de conciliar los proyectos para desarrollar la economía y transformar la sociedad con las aspiraciones de las masas postergadas durante tanto tiempo por el capitalismo, del futuro con el presente.

En Cuba se generaron nuevas formas de participación obrera, desde el comienzo del período de transición, como el Consejo

Técnico Asesor, que se consideró entonces laboratorio experimental donde esta clase se preparaba para asumir las tareas de conducción del proceso revolucionario. Este organismo, conjuntamente con el sindicato, propone a los obreros idóneos para formarse en escuelas creadas para el efecto, donde mejorarán las técnicas de trabajo conforme al espíritu nuevo. El administrador es el presidente del Consejo Técnico Asesor, quien si bien tenía autoridad para tomar decisiones a nivel de la fábrica, podía reclamarse respecto de éstas al director de la empresa consolidada, de la cual aquélla formaba parte.

No obstante, el organismo nuevo más importante era la Asamblea de Producción, que comprendía a todos los obreros de cada fábrica, y donde se canalizaban sus aspiraciones y sugerencias, se exponían y discutían sus puntos de vista sobre la marcha de la industria y el plan, se ejercía la crítica y la autocrítica. Así, la discusión colectiva en la planificación de la producción, en todas sus fases y modalidades, contribuía a cimentar la unidad de los obreros con los dirigentes y una sola decisión en el trabajo. Tal voluntad de participación social se manifestaba de este modo en el sindicato, órgano representativo de la clase, en los comités técnicos asesores y en las asambleas de producción. Por su parte, el núcleo de revolucionarios activos orientaba la lucha, mediante el ejemplo y la prédica de las directrices de la Revolución.

El Gobierno Revolucionario creó además las escuelas de administradores, donde se formaban los nuevos dirigentes de las industrias o mejoraban sus conocimientos, adquiriendo especialmente capacidad política, administrativa y de organización. Los administradores debían trabajar, en forma colectiva, con todos los órganos de las masas, así como asesorarse del personal técnico disponible, pero asumían la responsabilidad individual por las decisiones adoptadas en cada caso, conforme a las orientaciones generales del proceso de transformación de la sociedad.

En 1962, el Che planteó la necesidad de atender de manera preferente la organización de las relaciones entre los trabajadores y los organismos de la producción, poniendo particular énfasis en la lucha por el cambio de la vieja mentalidad de ver en las nuevas empresas al patrón por parte de los obreros. Advirtió también que el país, en poco más de tres años, había avanzado con "botas de siete leguas", pero esta obra gigantesca, por el hecho de realizarse en medio de luchas violentas, de tensiones internacionales, contra un enemigo poderoso, trajo consigo la pérdida de relaciones directas y personales entre trabajadores y organismos administrativos.

Las condiciones en que se había dado y se daba aún la lucha revolucionaria habían generado, como la sombra al cuerpo, un

sinnúmero de vicios y errores que se pagarían caro. Guevara se alzó como el crítico más severo. "A veces nosotros" —expresa— "analizábamos en nuestros Consejos de Dirección cuál era el origen de esta apatía. ¿Por qué grandes, enormes tareas que competen directamente a la clase obrera tenían que surgir siempre como iniciativas burocráticas? [...] a veces pensábamos que era culpa de nuestra propia incapacidad de comprender el momento en que vivíamos [...]". (Guevara: *Discurso de clausura del Consejo Nacional de la CTC.)* Este proceso de reflexión hizo comprender a los dirigentes que debían considerar muchas rectificaciones, empezando por el principio de todas las cosas, por el método seguido en la constitución de los núcleos revolucionarios, cuya selección en lo sucesivo sería muy cuidadosa, incorporando en éstos representantes de la clase obrera *en activo,* es decir, a quienes estuvieran trabajando en la producción.

De esa forma primaria de burocratismo se extrajeron conclusiones básicas, a través del ejercicio de la crítica y la autocrítica. Desde luego, se partió del principio de que la Revolución requería la integración ideológica, la unidad de acción, la coordinación organizada de todas las voluntades y la dirección política y económica. Pero al mismo tiempo se reconoció que la conducción de la clase obrera no se podía ejercer tomando en la cúpula todas las decisiones. Por el contrario, esta conducción se debe ejercer, por ejemplo, en la fábrica, analizando los problemas en la base, en el lugar mismo donde se producían, generando nuevas ideas y sugerencias, canalizando las decisiones de las masas hacia la dirección del centro de trabajo.

La Revolución —ya se ha dicho— cometió muchos errores. ¿Qué revolución no los ha cometido? El Che recuerda que el Gobierno formuló un plan de laboratorio, en el que no tuvo participación la masa. Pero no toda la responsabilidad fue de los dirigentes, sino que ella estaba compartida por la clase obrera, a la que todavía le faltaba "conciencia exacta de su fuerza, de su potencialidad, de sus deberes y de sus derechos [...]" La Revolución cubana —es cierto— proclamó orgullosamente el socialismo como su horizonte, pero no basta una formulación declarativa para alcanzar dicho estadio superior de la sociedad humana, sino que éste es el resultado de la conciencia colectiva que actúa sobre los hechos históricos, particularmente los económicos, durante un largo período, pasando por éxitos y fracasos, hasta encontrar su cauce y las instituciones definitivas. Para él, la gran tarea que la clase obrera tenía por delante, en esos años, era la rectificación de los errores —entre ellos, la burocratización— mediante una creciente participación de las masas, las cuales debían tomar en sus manos las nuevas iniciativas.

Los errores y vicios cometidos en estos primeros años son inherentes a todas las revoluciones, por la tarea histórica que éstas implican. En 1959, el Ejército Rebelde, formado por los héroes del *Granma,* con la participación de los campesinos, conquista el poder, controla el sistema social y abate el dominio político y militar de la oligarquía. Pero los vencedores constituían un grupo de combatientes de "altos ideales y escasa preparación" que enfrentaban un desafío cautivante, pero desconocido por su magnitud, toda vez que la estructura del Estado capitalista y su maraña de ramificaciones institucionales estaba intacta, por lo que había que trabajar mucho todavía para destruirla y construir sobre nuevos cimientos el Estado de la transición.

La descripción del Che es trascendente por su universalidad: se repetirá en Chile y en Nicaragua. Los órganos financieros del Estado que se derrumbaba estaban en manos de "futuros traidores", impulsando una política frenadora del proceso revolucionario; los viejos ministerios eran "cuevas de parásitos", sin vida interna, sin ninguna consonancia con el nuevo gobierno. Estos órganos del poder de la burguesía eran independientes de éste, aislados "de la marea humana que avanzaba", pero naturalmente obstruían de manera incesante.

Las normas de trabajo y de salarios

El ancho mundo del trabajo presentaba, por cierto, otros aspectos estrechamente relacionados con los anteriores, como el concerniente a las normas de trabajo y al régimen de remuneraciones. Del sistema capitalista abatido en 1959 el Gobierno Revolucionario heredó una variedad enorme de calificaciones de salarios y una variedad igual de salarios dentro de estas últimas. El Che estima que existían en Cuba 25 000 calificaciones y 90 000 salarios distintos, es decir, la desigualdad dentro de la desigualdad. Esta situación se agravó más todavía entre los años 1959 y 1961 debido a exigencias de muchos sindicatos y la disposición de otros tantos empresarios a conceder reajustes de salarios sea por temor a la intervención del nuevo gobierno para resolver los conflictos sociales, sea con el deliberado designio de desestabilizar la economía. No fue ajena a esta situación la arbitrariedad con que algunas administraciones estatales fijaban los salarios.

La Revolución cubana no pretendió, ni podía hacerlo, terminar con el sistema salarial, "porque el salario" —expresa el Che— "es un viejo mal, es un mal que nace con el establecimiento del capitalismo cuando la burguesía toma el poder destrozando al feudalismo, y no muere siquiera en la etapa socialista", sino hasta la consumación de la sociedad comunista. (Guevara: *Dis-*

curso pronunciado en la entrega de premios a los 45 obreros más destacados del Ministerio de Industrias.) Tampoco se puede desterrar, en forma absoluta, la injusticia, dando a cada cual según su necesidad, sino que sólo es posible corregirla, gradualmente, proporcionando a cada cual según su trabajo, discutiendo siempre con los obreros sus condiciones de vida y de ingresos.

De acuerdo a este predicamento, el Gobierno Revolucionario abordó, en el curso de 1962, la normación del trabajo y la formulación de un sistema salarial, que perseguía la elevación de los niveles cultural y técnico de los trabajadores en concordancia con el desarrollo de la economía nacional y de la conciencia social de las masas. El Che se refirió en numerosas oportunidades a esta materia, para insistir también, una y otra vez, que al dar un salario al obrero por su esfuerzo no se compra su fuerza de trabajo, ni tampoco significa que si éste "no trabaja no come". "En la sociedad socialista o en la construcción del socialismo" —afirma— "el trabajador trabaja porque es un *deber social.* Tiene que cumplir su deber social. Ese deber es el rendir un esfuerzo medio, de acuerdo con su calificación, y recibir, por lo tanto, un salario individualizado, de acuerdo con esa calificación, en esta etapa de construcción, en este período de transición y, al mismo tiempo, todos los beneficios que la sociedad otorga". (Guevara: *Comparecencia ante la T.V. sobre las normas de trabajo y la escala salarial.)*

El sistema de organización y normación del trabajo, diseñado entonces, con la participación personal y directa del Che, comprendía materias tales como la escala salarial, las calificaciones de ocupaciones y de los trabajadores, las tarifas, las normas propiamente de trabajo y las formas y sistemas de pagos. No es del caso analizar en esta oportunidad los pormenores de este sistema, pero resulta de interés señalar algunas ideas generales que permitan comprender las preocupaciones de la Revolución cubana en una fase tan temprana de su desarrollo, cuando las masas manifestaban además su sentida y prolongada aspiración de alcanzar un salario decoroso y la igualación de la retribución por el mismo trabajo.

Las soluciones no eran fáciles debido al carácter del proceso de transición y a la situación de *guerra* que vivía el país ante el acoso y las agresiones internas y externas. Al parecer, la política más justa habría sido la escala única de salarios, que comprendiera todas las calificaciones posibles, pero si bien ella era justa para muchos trabajadores, particularmente para los peor remunerados en el régimen anterior, no tenía el mismo carácter para quienes habían conquistado salarios superiores al nivel de retribución promedio. Ante tal situación, la otra alternativa era elevar los salarios de todos los obreros hasta el nivel de estos

últimos, lo que tenía el inconveniente de traer consigo graves trastornos en la economía, de difícil solución en esos años tan críticos. Ponderando los factores que condicionaban la situación, se abrió paso una opción intermedia, consistente en una escala salarial única, aplicable a los nuevos ingresos o a las promociones dentro de ésta, respetando los derechos adquiridos por quienes tenían los salarios más altos.

La fórmula elegida fue un poco más compleja, según recuerda el Che, ya que consistió en clasificar los salarios en grupos que reflejaban aproximadamente las mismas características, confeccionándose una primera tabla que comprendía doce clasificaciones salariales, las que después se redujeron sólo a ocho, al tiempo que se aplicó escalas por trabajos realizados en condiciones peligrosas o nocivas, de extrema peligrosidad o extremadamente nocivas, pero sobre la base de las mismas ocho escalas salariales. Esta labor se hizo por partes. En primer término, se realizó una calificación salarial de los oficios comunes, lo que tomó un tiempo considerable, para entrar después en la calificación salarial de los oficios no comunes a todas las industrias. En seguida, se abordó el estudio de las escalas salariales administrativas y de los técnicos, así como de los demás trabajadores, hasta llegar probablemente a veinte escalas al finalizar el estudio.

En la configuración de este sistema se enfrentaron, como ya se dijo, dos tipos de problemas, en cuanto a la incorporación de las categorías salariales dentro de los ocho grupos: obreros que están por debajo de las normas establecidas y obreros que tenían salarios más altos que los fijados en la escala. El primer caso tiene una solución fácil, consistente en elevarlos, considerando que existe una situación de manifiesta injusticia, pero el segundo era más difícil de abordar ya que las reducciones, en muchos casos, habrían sido considerables, generando otra situación de injusticia si se estima que la escala salarial no era, ni podía ser, justa en términos absolutos, si bien lo era relativamente para la mayoría de los trabajadores en esos momentos, dadas las condiciones de atraso económico del país y de agobio de las fuerzas imperialistas. Para resolver esta última situación, se estableció un salario base, que correspondía a alguna de las ocho categorías, más una parte adicional, que se conoció como *plus,* equivalente a las conquistas históricas, pero que no se computaba para determinar los premios por sobreproducción y, en cambio, sí se consideraba en la fijación de las sanciones por falta de cumplimiento de las normas.

Estas normas eran las llamadas elementales, consideradas así por no haberse definido con todo el rigor técnico necesario, lo que a su vez significaba que, con posterioridad, en una etapa superior de la transición, se revisarían y complementarían. Como

toda innovación, que procura la igualación, aquellas normas elementales suscitaron dudas y resistencias subjetivas entre algunos sectores de obreros, otras veces secciones sindicales planteaban demandas de sus afiliados y, en algunos casos, los propios miembros de los núcleos revolucionarios transmitían críticas a las normas. Estas normas se aplicaron en la industria, pagando el salario por *tiempo* y con premio.

En la agricultura y, particularmente en el Instituto Nacional de Reforma Agraria y otros organismos, se establecieron normas distintas y el pago se hacía a *destajo*, lo que resultaba más complejo que en la industria o en los organismos de la construcción y de los transportes, donde los obreros tenían trabajos muy determinados. En la agricultura, debían considerarse todos los aspectos de los distintos trabajos que le correspondía realizar a un solo obrero, porque éste debe pasar en el curso del año por distintas actividades y su productividad varía hasta con las condiciones climáticas y ambientales. En el mencionado Instituto, el sistema a destajo comprendía premios por sobrecumplimiento y entonces se trataba de definir normas más justas para que los ingresos de los trabajadores del campo guardaran la debida correspondencia con los del conjunto de la población, excluyendo los desequilibrios que, en el pasado, provocaban la emigración hacia las ciudades.

El sistema en referencia se regía, en suma, por ciertos principios que el Che contribuyó a definir. La retribución se establecía conforme a la cantidad y calidad del trabajo, al determinar los distintos grados de complejidad de las actividades, así como a la calificación de las ocupaciones y de los trabajadores, la que dependía a su vez del nivel de preparación de los trabajadores y, por consiguiente, de su capacitación. Por su parte, el salario a tiempo y con primas tenía un límite que consistía en que no podía igualar la remuneración del escalón superior, por lo que para lograrlo tenía que capacitarse y ascender en su calificación. Esta normación estaba dirigida, por último, no sólo al desarrollo de la economía y, en general, de la base material y técnica, sino también a la creación de la conciencia social de los trabajadores, que habría de permitir avanzar en la transición socialista.

La implantación de este sistema se hizo en diversas etapas, a partir del año 1963, y ha tenido naturalmente una evolución hasta el punto de experimentar cambios considerables, sobre todo desde 1965, con lo que su primitiva orientación varió en desmedro de la coherencia que le había conferido el Che al conjunto de la normación, a lo que se unió el aflojamiento de los controles a partir de la campaña contra el burocratismo de 1966. Fidel Castro resumió bien este proceso y sus efectos sociales: "El salario

se desvincula de la norma en 1968. Se estipulan los horarios de conciencia y la renuncia al cobro de horas extras [...] Al no tomarse en cuenta la retribución con arreglo al trabajo, el exceso de dinero circulante se incrementó notablemente ante una escasez de oferta de bienes y servicios, lo que creó condiciones favorables y el caldo de cultivo para el ausentismo y la indisciplina laboral". (Castro: *Informe Central al Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba.)*

Estímulo material y estímulo moral

La expansión súbita de las demandas materiales que surge normalmente en los inicios de la transición y las mayores dificultades —precisamente entonces— para que sean satisfechas, constituyen una referencia fundamental para definir el papel de los incentivos materiales y morales, cuestión —como muchas otras de la transición— que no puede colocarse en términos absolutos y abstractos, sino en relación a una situación concreta y a una fase específica de la transición. Con frecuencia, el propio conflicto social que ha abierto paso a la transición ha tenido consecuencias económicas que imponen responsabilidades a la dirección política del proceso. No todas las opciones le están abiertas, en tanto tiene que hacerse cargo de unas herencias económicas que no puede desconocer.

Así, es probable que el punto de partida aparezca caracterizado, entre otras cosas, por niveles de actividad económica relativamente deprimidos y a la vez reservas de capacidades productivas no ocupadas, lo cual requiere y facilita una primera fase de "reactivación" de la economía, que pueda cumplir además los propósitos de absorber desempleo y ampliar la disponibilidad de productos de consumo. La movilización de esas reservas productivas, en medio de las numerosas dificultades inherentes a la transición, depende en gran medida de las motivaciones que determinen la conducta de los distintos "agentes económicos" y surge de inmediato el tema de los incentivos materiales y morales en la transición.

Al respecto, tal vez una primera anotación pertinente sea que, al menos en unas fases iniciales de la transición, las condiciones objetivas no favorecen la organización de un sistema de incentivos materiales. Es verdad que la misma reactivación puede orientarse preferentemente hacia las necesidades básicas de la población, buscando el ascenso más rápido posible de sus condiciones de vida material. Pero como política global ello representa más un "estímulo material colectivo" que individual, el que en cambio encontraría al menos dos obstáculos importantes: de una parte, la ausencia todavía de nuevos esquemas de orga-

nización del trabajo capaces de permitir el funcionamiento de un sistema de premios salariales en relación directa con la eficiencia productiva y, de otra, un "horizonte de consumo" que puede privilegiar las necesidades esenciales, pero difícilmente asegurar además los suministros menos fundamentales que incentiven la expectativa de salarios más altos.

Es frecuente, por ejemplo, que amplios sectores de trabajadores lleguen a disponer de más dinero, proveniente de la redistribución del ingreso monetario, que el que puedan gastar, como resultado de las limitaciones en la oferta global o su insuficiente diversificación. Así pues, la organización paulatina del trabajo en sus nuevos términos, y la resolución exitosa de las fases de mayores dificultades en los abastecimientos de consumo, parecen constituirse en dos premisas necesarias antes de que pueda apelarse de modo relativamente extensivo a los incentivos materiales individuales.

En cambio, la posibilidad de movilizar estímulos morales parece tanto mayor cuanto más próximo se esté a los momentos de la lucha social que abrió paso a la transición. Es entonces cuando el "capital político" de las fuerzas conductoras de la transición se encuentra en uno de los mejores momentos de acumulación, cuando es mayor su capacidad de convocatoria para la defensa del proceso, para la participación activa en tareas productivas y de organización, sin ligarlas directamente a la promesa de recompensas materiales inmediatas. No es de sorprender, por lo mismo, que llegue a configurarse una suerte de "relación de sustitución" entre participación y demandas económicas. Mientras más amplia y profunda la primera, menos perentorias las últimas, las que por el contrario tenderán a exacerbarse en la misma medida en que los canales de participación aparezcan cerrados o entorpecidos y los trabajadores sigan sintiendo que el poder político es ajeno a ellos mismos como ejercicio directo.

En la medida en que se afianza la nueva organización económica, que se implantan las nuevas normas de trabajo y se amplían los suministros, se crean las bases objetivas para la vigencia de un sistema de estímulos materiales. Pero se supone que en el mismo proceso se profundiza también la conciencia política, base a su vez de la práctica de unos incentivos morales estables y duraderos, más allá de los entusiasmos revolucionarios de las primeras fases. En suma, pareciera ser que los planteamientos sobre estímulos materiales y morales en la transición no se corresponden con opciones excluyentes ni tienen un carácter absoluto: lo más probable es que haya expresiones de unos y otros, y que las ponderaciones respectivas varíen en distintos momentos de la transición. En determinadas fases, las condiciones subjetivas son particularmente propicias para que

se apele a las motivaciones morales y, de hecho, no se han creado las bases materiales de sustentación de un sistema de estímulos materiales; en otras, se justificaría una mayor jerarquización de estos últimos.

No obstante el problema del trabajo tiene otras connotaciones, conjuntamente con el de la productividad, las que preocupan profundamente al Che, por sus relaciones con su idea de la necesidad de crear al hombre nuevo al unísono con las modificaciones de las condiciones sociales; esto es, según la tercera *tesis sobre Feuerbach* que afirma la coincidencia del cambio de los hombres y la transformación de las circunstancias en la praxis revolucionaria o, dicho en palabras del Che: "Para construir el comunismo, simultáneamente con la base material hay que hacer al hombre nuevo." Éste se encuentra, por consiguiente, relacionado con el desarrollo de la técnica. Ambos temas son tratados por él con gran entusiasmo: la emulación como la base fundamental para el desarrollo de la conciencia socialista y los logros en la productividad del trabajo, y la adaptación de la Universidad, con la urgencia necesaria, a los requerimientos de la formación de los cuadros técnicos, de investigación propia y desarrollo de nuevas tecnologías. La problemática de los estímulos no es, por eso, sólo una cuestión práctica de política económica, relacionada con la controversia sobre los sistemas de gestión financiera, sino un tópico cargado de implicaciones morales y políticas.

El tema de los incentivos o estímulos en el trabajo es recurrente en el pensamiento del Che, destacando la inmensa fuerza política de aquellos de carácter moral, como son los de considerarse los obreros individual y colectivamente en los centros de trabajo "los mejores entre los mejores". Pero también hay que tomar en cuenta estímulos materiales apropiados al período de transición, como favorecer a los centros de trabajo que han demostrado más interés en la construcción del socialismo con un hospital en la zona o viviendas para los obreros destacados, esto es, al trabajo social debía corresponder también el incentivo del mismo carácter, dentro de las posibilidades nacionales del momento. Ambos tipos de incentivos deben aplicarse durante un largo tiempo, pero a condición de tener la conciencia plena que sólo el de carácter moral es el que contribuye a cambiar al hombre y con él a la sociedad, en tanto que el de carácter material, por el interés individual y privado, lleva consigo el riesgo de conducir a ciertas capas de burócratas y tecnócratas a una competencia por el enriquecimiento individual y a un *economicismo* generalizado. Esta visión de Guevara será comprobada por los hechos en el curso posterior de la Revolución cubana.

En este sentido hay que considerar al estímulo material como un vestigio de la antigua sociedad, que se refleja en la mente de los trabajadores, como un rezago social que es necesario remover por la praxis revolucionaria. No se trata, pues, de negarlo, porque sería como negar la realidad palpitante en la conciencia humana, sino de definir su papel en el período de transición; adaptado a las nuevas condiciones sociales, como ha sucedido con el sistema de destajo, repudiable en el capitalismo por constituir un instrumento de explotación y división de los trabajadores, que pasó a aplicarse en Cuba con un espíritu de justicia retributiva. Puede hacerse un alcance similar al conjunto del sistema salarial establecido por la Revolución, que se basa en el impulso dado a la capacitación, de modo que para ganar más hay que capacitarse ya que ello les permite a todos pasar de una categoría a otra.

El estímulo material puede verse al revés, en cuanto "desestímulo" material como lo llaman irónicamente los cubanos, es decir, considerar la norma de trabajo como la obligación moral del obrero para la sociedad, por la cual se le da un salario, de modo que cuando no cumple con ésta, debe recibir un castigo, disminuyéndole su retribución en proporción a lo que ha dejado de cumplir. Así, el sistema salarial aparece injusto, ya que castiga hacia abajo y no premia también proporcionalmente hacia arriba en consideración a las escalas de categorías. Por eso, durante algún tiempo, el estímulo material será necesario, aunque debe irse debilitando, paulatinamente, haciéndose cada vez menos importante como factor de producción.

Por lo mismo, hay que establecer una concordancia, un equilibrio entre los estímulos materiales y los morales. Los primeros son necesarios porque se sale de una sociedad basada en el interés individual, en competencia de unos con otros, y los segundos aparecen como indispensables porque se comienza a edificar una nueva sociedad, fundada en el interés colectivo, en cooperación de unos con otros. El interés material estará, por eso, presente durante un tiempo en el proceso de transición socialista, pero los revolucionarios tendrán que crear conciencia en torno al deber moral, en una lucha en que los hombres se sacrifican en el presente para generar el mundo del futuro: el comunismo. El Che sostiene que el estímulo moral, la creación de una nueva conciencia socialista, es la base de apoyo de aquella lucha, porque ésta exige, en el período de transición, superar la contradicción producción-conciencia.

Como ya se indicó, el problema de los estímulos está estrechamente relacionado con el objetivo de la productividad, cuyo aumento en el período de transición es crucial, y se alcanza principalmente por el mejor aprovechamiento del trabajo de

cada quien a través de la organización del mismo, de un modo armónico, cuando todos cumplen sus tareas en jornadas y horarios determinados, coordinadamente, excluyendo los puestos innecesarios y el *ausentismo* laboral, vestigios del antiguo régimen. Para eso, es necesario crear conciencia de que estar en el debido puesto de trabajo es como estar en el frente de combate, en una lucha de vida o muerte, en la que una derrota implica el término de la Revolución. La productividad también se puede aumentar por el empleo de las máquinas, que sólo podrá lograrse gradualmente, por su alto costo y la necesidad de no producir desplazamiento del hombre de los puestos de trabajo, como en el capitalismo, sobre todo si se considera que en este período se tiene que absorber el desempleo heredado del antiguo régimen.

La Revolución necesitará, en el futuro, más mano de obra para satisfacer la demanda de un desarrollo económico y social continuo, por lo que tampoco habrá de temerse a la mecanización. Por el contrario, el incremento de la productividad por la mecanización era entonces y es hoy una legítima aspiración de todos, el gran anhelo que anuncia el tiempo del socialismo. La razón es obvia. Mientras se produzcan bienes y servicios sólo sobre la base de la fuerza de trabajo de los obreros, con escasa participación de las máquinas y la tecnología relacionada con ellas, un pequeño país como Cuba —o cualquier otro— no podrá ingresar de inmediato a ese estadio superior de la sociedad humana que es el socialismo, porque un hombre produce en la época contemporánea con su trabajo directo y personal lo necesario para subsistir más un reducido excedente. La construcción del socialismo requiere la reconciliación del secular antagonismo entre la máquina y el hombre, para lo cual debe financiar la cuantiosa inversión inherente a tal cambio cualitativo mediante el trabajo humano. Tal es otra de las grandiosas tareas de la Revolución.

En estrecha relación con el tema de los estímulos se encuentra el trabajo voluntario, no sólo desde el punto de vista de su interés económico, sino sobre todo como escuela de formación del hombre nuevo, del hombre comunista. El Che destaca su importancia como vínculo real entre el trabajo manual e intelectual, como expresión de alegría y libertad, como trabajo no enajenado, como germen del trabajo de la nueva sociedad, en la que de necesidad externa se convierte en necesidad interna, en la que "el hombre realmente alcanza su plena condición humana, cuando produce sin la compulsión de la necesidad física de venderse como mercancía". (Guevara: *El socialismo y el hombre en Cuba.)* Estas tesis del Che fueron compartidas por el Gobierno Revolucionario cubano.

La Universidad y las funciones de la técnica

La técnica es una base insustituible en el período de transición socialista y en la sociedad comunista del futuro. Este condicionamiento es más primordial aún en los países atrasados, que inician el gran "salto adelante", como quiera que deben realizar una fase previa: la construcción de la base material y técnica para avanzar con paso seguro hacia sus objetivos estratégicos. Tal es el caso de Cuba, país donde no hubo durante el período capitalista un desarrollo propio de significación en esta área de conocimiento debido a que dependía enteramente de los Estados Unidos. Esta dependencia dejó como legado las carencias que tuvo que enfrentar la Revolución, así como la concepción ideológica mercenaria de técnicos formados en el capitalismo, que ante un acontecimiento tan pletórico de responsabilidades sólo atinaron a aferrarse al pasado.

La nueva economía y, en general, el nuevo Estado que empezaba a configurarse en los primeros años del período de transición presentaron requerimientos insoslayables de grandes cantidades de cuadros con capacidad tanto técnica y administrativa como política y militar, constituidos en la "columna vertebral" de la Revolución, según el decir del Che. Estos requerimientos fueron satisfechos al comienzo con personas que tenían ciertos niveles de idoneidad para ejercer cargos de dirección, pero el problema se fue agudizando a medida de que la nacionalización se extendía a las empresas norteamericanas y a las grandes empresas nacionales, donde eran necesarios no sólo administradores, sino técnicos para la producción, así como por la fuga de muchos de éstos hacia Estados Unidos y otros países capitalistas, atraídos por ofertas ventajosas de trabajo. Tal situación obligó a la improvisación con las ineficiencias y los errores que resultaban inevitables.

Las industrias nacionalizadas trabajan por lo general con una tecnología avanzada, a cargo de técnicos extranjeros, principalmente norteamericanos, y de otras nacionalidades, que tenían una mentalidad similar a aquéllos. Algunos de estos últimos, convencidos de que la técnica era ajena a la política, permanecieron en el país, aunque no compartían el proceso revolucionario. Los dirigentes del nuevo gobierno tuvieron, pues, que reconocer la presencia de un sector de la sociedad que no aceptaba los objetivos de la Revolución, pero que consideraba que su país era un mercado donde podía vender su trabajo, siempre que se respetara su escala de valores, empezando por la posición económica o salarial que tenían en la sociedad capitalista, superior a los obreros.

Como el Che lo señalara, estos técnicos eran productos de la antigua sociedad y provenían, desde el punto de vista social, de las distintas gradaciones de la burguesía. Se educaron en una suerte de "idolatría" de la tecnología norteamericana y sentían como suprema aspiración trabajar para las empresas extranjeras. La libre empresa era una categoría sagrada porque permitía el lucro individual, el enriquecimiento de sus dueños, al que ellos también aspiraban y, por el contrario, la idea misma de la socialización constituía una aberración. Habituados a mandar, aunque sea a nombre y por cuenta de otros, les era difícil —por no decir imposible— comprender el *prodigio* de que una clase explotada y oprimida secularmente pudiera alzarse contra sus dominadores e iniciar el camino de su liberación definitiva.

A la Revolución no convenía, a pesar de ello, que se fueran del país todos los técnicos, aunque no les negó el derecho a irse. Constituyó, pues, una tarea especial convencerlos que se quedaran, asegurándoles posibilidades de respeto y dignidad para vivir y trabajar en Cuba, sin explotar a nadie, porque nada ganaría el proceso de transición con el éxodo total de este personal calificado. En Cuba podrían también, durante este período en que se remunera a quienes participan en la producción según su trabajo y su capacidad, tener una situación mejor que los obreros, debido a sus mayores conocimientos, si bien ningún privilegio en el orden político, procurando ganarlos para la Revolución.

El desarrollo del país, por el camino del socialismo, requiere un avance continuo en el campo de la ciencia y la tecnología, por lo que fue necesario plantearse la formación de nuevos técnicos, salidos del propio pueblo, de la misma masa de trabajadores, con conciencia revolucionaria. Estos técnicos de "nuevo cuño" habrían de provenir de los propios centros de trabajo, de los obreros calificados, así como de las universidades. La Revolución no podía resignarse al simple papel de retener a los antiguos profesionales y técnicos, sino que debía asumir la tarea de formar a los nuevos cuadros para la economía, con similares conocimientos básicos, pero con un concepto nuevo sobre sus responsabilidades sociales, capaces de participar en esa "aventura americana" de construir la primera sociedad socialista.

Para eso, hubo que luchar por la adaptación de la Universidad a las transformaciones de la sociedad y los requerimientos de apoyo de la ciencia y la tecnología, por la superación de los desequilibrios entre los avances políticos y la estagnación de los programas universitarios, a conciencia de que mientras el país nacionalizaba su economía, la enseñanza superior no se ponía al día. Entonces, la dirección revolucionaria comprendió cabal-

mente que la Universidad adquiere, en el período de transición, una relevancia excepcional para superar los rezagos de todo orden. No obstante, los centros universitarios son muy lentos para percibir los cambios sociales y económicos, por lo que debieron vincularse estrechamente con los planes del gobierno a fin de programar a su vez sus actividades académicas y de investigación, de modo de prever las orientaciones y requerimiento en los nuevos tiempos, de una sociedad que empezaba a transformarse de manera acelerada.

Por su parte, la responsabilidad de los estudiantes es muy considerable en este proceso. Ellos deben también adaptarse a las nuevas condiciones sociales, entre las que se cuenta la composición de clase de la población escolar. Como en el caso de los técnicos ya formados, se presentaron similares opciones entre los estudiantes ante el fenómeno de la Revolución: hubo un sector que se unió jubilosamente a ella, en tanto que otro, influido por su condición de provenir de las clases dominantes, se opuso a la nueva realidad. Por eso, se emprendió también una lucha de atraerlos, contribuyendo al desarrollo en ellos de una conciencia social, mediante la unidad de la teoría y la práctica, el análisis de los fenómenos objetivos para enfrentarlos a través de la acción. Estudiar las interrogantes de la época y del medio que les tocaba vivir para darles la apropiada respuesta, al tiempo que coordinar su acción con la de los obreros en la movilización social para superar la discriminación derivada de la división del trabajo entre físico e intelectual.

La Universidad comenzó a experimentar así un cambio profundo durante la transición en sus planes y programas de estudios y en la extensión de éstos a nuevas áreas de conocimiento, como sucedió en efecto con la creación de la Facultad de Tecnología. La Revolución necesitaba formar más y mejores profesionales, así como desarrollar tecnologías propias, utilizando recursos naturales y humanos autócnos, para atender los requerimientos de los cambios sociales y del desarrollo económico del país, para impulsar la sustitución de importaciones. Este proceso educativo de especialización profesional exige, no obstante, una amplia base de conocimientos, de acuerdo al "humanismo socialista", si bien, profundizando en determinadas áreas de ellos porque —como dice el Che— "no se puede ser un buen revolucionario en la construcción del socialismo en esta etapa, y ser malo en el oficio que se tiene [..]" En este proceso de cimentación de la base técnica fue necesaria, por eso, una creciente relación entre la educación y el trabajo, entre la escuela y la fábrica.

En el desarrollo de esta gran lucha de reconstrucción social, chocaron constantemente la conciencia individualista y la conciencia colectivista, contradicción que se fue superando dialécticamente a través del aprendizaje en la vida diaria, en el trance de "creación de un mundo nuevo". El Che resume su pensamiento al respecto:

> Para usar el arma de la técnica, al servicio de la sociedad, hay que tener la sociedad en la mano, hay que destruir los factores de opresión, hay que cambiar las condiciones sociales vigentes en algunos países y entregar a los técnicos de todo tipo, al pueblo, el arma de la técnica. Y esa función es de todos los que creemos en las necesidades de cambios en algunas regiones de la tierra. (Guevara: *Discurso de clausura del Primer Encuentro Internacional de Estudiantes y Profesores de Arquitectura.)*

Las relaciones de los nuevos técnicos con la Revolución van mucho más allá, pues, de la realización eficiente de su trabajo; no pueden limitarse al cumplimiento de sólo estos deberes mientras las masas sufren hambre o mueren en la lucha. Deben, por eso, ser solidarios también en las tareas políticas de la transición.

El desarrollo social

Para cerrar este capítulo, cabe señalar, por último, que los avances en el desarrollo social, en esta primera fase de la transición socialista en Cuba, fueron muy significativos, cristalizados en múltiples manifestaciones. El desempleo, que en 1958 afectaba a un tercio de la población en edad de trabajo, decreció considerablemente, como quiera que entre 1960 y 1964 lo hizo en 38 %, destacando en la aportación de nuevos empleos los sectores agropecuario, de la construcción, de la minería y del transporte. Este incremento del empleo comprometió especialmente al segmento femenino, como expresión de la *igualdad* de derechos entre el hombre y la mujer establecida por la Revolución.

Las nuevas políticas sobre remuneraciones aplicadas, de acuerdo con las normas y principios ya señalados, supuso también una redistribución del ingreso en favor de los asalariados, a través de aumentos a los salarios y de la congelación de los precios de los artículos de primera necesidad, que se mantuvieron sin variaciones desde 1963 y hasta 1980. Igualmente por los ingresos no monetarios, representados por la *gratuidad* de los servicios sociales, esto es, la salud pública y la educación, así como el *subsidio* a la vivienda, el teléfono y la electricidad. Estas medidas de Gobierno condicionaron, sin duda alguna, me-

joramientos del nivel de vida de la abrumadora mayoría de la población.

No obstante, la elevación del ingreso de la población provocó en 1961 la escasez de algunos productos y el surgimiento de la especulación, debido a la expansión de la demanda. La debilidad y retraso de la economía cubana no permitía absorber el mayor consumo, situación que se veía agravada por la hostilidad de Estados Unidos. El Gobierno Revolucionario aplicó entonces un sistema de racionamiento que garantizaba la distribución equitativa de los alimentos y otros bienes fundamentales, favoreciendo de esta manera a los grupos de ingresos inferiores de la sociedad. La alimentación de la población se vio fortalecida además por el consumo social en escuelas, hospitales, círculos infantiles y comedores populares.

Cuba pasó así, en pocos años, a convertirse en un país avanzado en la prevención de las enfermedades y la atención de la salud pública, hasta erradicar enfermedades epidémicas como la poliomielitis y la difteria mediante la acción del Estado. Más significativos fueron —si cabe— los logros en el campo de la educación, donde se suprimieron las desigualdades existentes entre escuelas públicas y privadas, se redujo el analfabetismo residual a través de la campaña de 1961 a sólo 3,9 % y se aseguró a toda la población su acceso a este servicio gracias a la gratuidad del sistema educativo en todos sus niveles.

En ejercicio de su voluntad de dignificación de la vida humana, la Revolución enfrentó el grave problema de la vivienda, con medidas enérgicas y definitivas, como la erradicación de los barrios marginales y la entrega a sus habitantes de nuevas viviendas construidas por el Estado, las que se extendieron también hacia el campo, y la reducción en un 50 % de los alquileres. Para todo eso se dio un gran impulso a la industria de materiales, conjuntamente con la de la construcción. La ley de Reforma Urbana, promulgada en 1960, nacionalizó numerosos inmuebles de la burguesía *ausentista* y especuladora para ser entregados a quienes los habitaban.

Esta política general de atención de los satisfactores sociales se completó con el establecimiento, por una ley de 1963, de un sistema de seguridad y asistencia sociales, extensiva a todos los trabajadores, en virtud del cual el Estado asumió íntegramente su responsabilidad, sin aporte económico alguno de sus beneficiarios. Este régimen aseguró a todos los cubanos la subsistencia y la salud frente a los riesgos de la maternidad, accidente, enfermedad, invalidez, vejez y muerte, determinando el monto de las prestaciones, el tiempo servido y el salario devengado.

CAPÍTULO QUINTO

EL ESTADO Y LA DIRECCIÓN ECONÓMICA

La construcción del nuevo Estado

La Revolución cubana nos enseñó también que la herencia de lo viejo y el vacío de lo nuevo constituyen una de las *claves* de la marcha de la transición. La extraordinaria complejidad y la variedad de las tareas económicas de este período realzan la importancia de los instrumentos de que se disponga para enfrentarlas, es decir, del aparato estatal que ha de sustentar la definición y la puesta en práctica de la política económica. Pero este instrumental administrativo tampoco escapa a la esencia de la transición: el que se hereda no es ni adecuado ni confiable, y la construcción del nuevo supone un proceso relativamente largo y de conformación paulatina.

Al igual que con otras expresiones del tránsito, la dirección política se ve enfrentada también a la necesidad de decidir sobre la profundidad y la velocidad de los cambios correspondientes. En otros términos, qué se preserva y por cuánto tiempo de la vieja institucionalidad, teniendo en cuenta a la vez que la destrucción de ella involucra los riesgos de acrecentar las dificultades inmediatas y que su mantenimiento se constituye en otro obstáculo para el avance de la transformación socialista.

Las manifestaciones de lo inadecuado de las viejas estructuras administrativas del Estado son múltiples. En su raíz está el hecho de que, particularmente en lo que tiene que ver con las funciones económicas, la estructuración de ese aparato estatal obedecía en su esencia a una situación en la que el ámbito mayor de las decisiones correspondía a los intereses privados, ejercidas ya fuera directamente por sus propias empresas o indirectamente a través de su control de los instrumentos públicos. De ahí las características entonces predominantes de la política económica —radicada en los niveles más generales, de incentivos y penalidades indirectas, global, poco discriminatoria—, la jerarquización de sus ámbitos de vigencia —la política monetaria, crediticia, impositiva, de ingresos y gastos públicos— y el peso

relativo de las diferentes dependencias administrativas —la fuerza de los bancos centrales y las autoridades de hacienda, la debilidad de los mecanismos de planificación, la ausencia de instancias responsabilizadas específicamente de operaciones como las de comercio exterior—, entre otros.

A su conformación estructural se agrega la concepción dominante sobre sus términos de funcionamiento. Expresión en definitiva de una condición de clase, el aparato económico estatal queda abierto por diversas vías a la representación constante de esos intereses de clase, mientras se hace infranqueable, por el contrario, a la representación de otros intereses bajo la apariencia de una división tajante de funciones entre lo público y lo privado, entre los gobiernos y los gobernados, entre los funcionarios del Estado y los destinatarios de los servicios estatales. No puede escapar así a una práctica autoritaria, ni abrirse a una participación efectiva de la población en las tareas administrativas.

La expresión ideológica de las capas dominantes respecto al Estado es por lo general equívoca. Reclaman la extensión del aparato estatal, impulsada por ellas mismas, en tanto les es necesario; denuncian a la empresa pública como invasora del terreno privado y por su ineficiencia financiera, mientras en los hechos las promueven como instrumento de transferencia de ingresos en su favor. Así, la transición hereda una imagen de "estatismo", como símbolo de autoritarismo, de ineficiencia, cuando no de corrupción.

Por su parte, los funcionarios de la administración pública, que constituyen una de las fracciones mayores y más importantes de la pequeña burguesía asalariada, suelen asumir en la transición de conductas contradictoras y fluctuantes. Una proporción de ellos, por lo general minoritaria, milita en las fuerzas impulsoras de la transición, reclama para sí las funciones administrativas que demandan más confianza política y no está exenta de cierta dosis de sectarismo y censura indiscriminados respecto de los no militantes. Otro grupo, probablemente también minoritario, está comprometido políticamente con las fuerzas e intereses reaccionarios y procura preservar su posición administrativa como oportunidad para sabotear el proceso de transformaciones y la consolidación de la dirección del mismo.

La mayoría suele actuar muy influida por su percepción de la situación global de poder político, y en función de ello decide conductas de cooperación o de obstrucción. Ponen de manifiesto la incidencia que pueden tener actitudes de hostilidad, que se reflejan en el incumplimiento de las decisiones tomadas en los niveles superiores, prolongación indebida de los trámites, errores deliberados, defensa de sus prácticas y rutinas tradicionales, resistencia a transmitir conocimientos sobre problemas y procedimientos, formas de actuación que llevan a la intención de ocasionar la irritación de los usuarios de servicios públicos o de quienes son afectados por las decisiones administrativas.

Se suman así los riesgos de descansar para el cumplimiento de las nuevas tareas en las viejas estructuras administrativas y el mismo cuerpo de funcionarios. Pero siempre aparecerán confrontados con los riesgos de la improvisación y desconocimiento de nuevos encargados de las funciones administrativas y de la necesaria puesta a prueba de otras formas de organización, normas y procedimientos. Con mayor razón en relación con esto último, cuando los programas políticos de las fuerzas impulsoras de la transición suelen ser muy débiles y generales en sus propuestas de organización económica, y desde que las experiencias concretas de tránsito ponen de manifiesto unos procesos de corrección y ajustes permanentes, en los que difícilmente se identifica cuánto ha habido de prueba y error y cuánto ha sido producto necesario de circunstancias muy específicas.

Aun en un enunciado como éste, con fines más bien ilustrativos, se comprende la complejidad de los problemas que se plantean en esta materia a la dirección económica de la transición. Las opciones extremas que se perfilan —preservación y adecuación paulatina del viejo aparato estatal, o reconstrucción completa del mismo sobre nuvas bases— exhiben tanto en un caso como en el otro fundamentos objetivos y probablemente no pueden resolverse en abstracto sino bajo condiciones políticas y económicas concretas y variables.

La colocación del asunto en sus términos más amplios, de modo que comprenda al Estado en su conjunto —no sólo la administración económica sino la totalidad del sistema institucional—, incluso sus mecanismos e instancias de dirección política superior, el marco jurídico y el sistema de administración de justicia, las fuerzas armadas y policiales, etc., sustenta las tesis *leninistas* sobre la necesidad de la destrucción completa del viejo aparto estatal y la construcción enteramente nueva del Estado de la transición.

Todos los sacrificios que ello pueda involucrar en términos de capacidad de acción y de "eficiencia" inmediatas constituyen sólo un precio más que es insoslayable pagar para asegurar a la vez la consolidación del poder y la dirección misma del proceso de transformaciones que se pone en marcha. Sólo así se se responderá de manera debida a la doble preocupación presente: cómo afirmar progresivamente un carácter irreversible del proceso de cambios y cómo asegurar que éstos conduzcan a una reconstrucción socialista, como en Cuba, y no tiendan a detenerse en las fronteras del mero reformismo.

Por su parte, la consideración más particularizada del aparato propiamente administrativo sustenta una concepción que se inclina más bien hacia una política de adecuación progresiva de sus estructuras tradicionales. Desde este ángulo, no habría razón fundamental para desechar instrumentos que pueden ser inmediatamente útiles, los cuales no definirán por sí mismos un contenido de clase determinado, sino que ese contenido le sería impuesto por la dirección política correspondiente. Así, lo importante consistiría en salvar omisiones serias, corregir los desajustes estructurales más flagrantes, emprender un proceso constante de adecuación y, sobre todo, redefinir el sentido de la acción de cada componente de la maquinaria administrativa.

Sin duda, la vigencia mayor o menor de uno y otro entendimiento no es independiente de las características de la lucha que ha abierto paso a la transición y sus términos de resolución. En un proceso como el de Cuba, que culmina en fases de lucha armada generalizada, en las que son derrotados los aparatos militares del viejo orden, en las que el triunfo de las fuerzas revolucionarias involucra la desarticulación de los instrumentos policiales represivos, en las que han perdido vigencia los anteriores cuerpos legislativos y judiciales, parece obvio que la transición se inicie completando la destrucción de todo el viejo aparato estatal y emprendiendo una tarea de reconstrucción completa.

En cambio, es distinto el caso cuando las nuevas fuerzas sociales acceden al poder —o a parte de éste— por otras vías, en los marcos de la institucionalidad anterior que, por lo mismo, no han quedado descalificados, pero que tampoco pueden permanecer incólumes en tanto la transición apunta efectivamente hacia una transformación socialista. Es en esta segunda condición cuando la opción aparece como más controvertible, cuando respecto de una y otra concepción son más dudosos los méritos y los riesgos respectivos.

La dirección económica: una necesidad insoslayable

Un aspecto relativamente específico, pero de la mayor importancia práctica de las cuestiones globales que se han examinado, es el que se refiere a la dirección económica, cuyo ámbito de responsabilidad, organización, normas y procedimientos, tienen que ajustarse a las características esenciales del conjunto de la organización social, particularmente en referencia a la propiedad de los medios de producción y las relaciones sociales de producción. Así, como se ha dicho, donde la propiedad privada de los medios de producción es predominante, una proporción muy importante de las decisiones económicas son tomadas directamente por los empresarios, por lo que la dirección económica gubernamental se limita más bien a funciones de orientación, de acción indirecta, a través de los mecanismos generales de la política en esta materia.

No ocurre igual cuando predomina o tiende a hacerse dominante la propiedad social de los medios de producción, ya que entonces la responsabilidad de la dirección económica es muchísimo más amplia, las conductas globales del sistema económico requieren una definición anticipada y precisa de objetivos y la planificación se constituye en un instrumento imprescindible de dicha dirección, y se abren las posibilidades más amplias para la participación social en la conducción de la economía, como sucedió en Cuba desde el comienzo de la Revolución.

Entre una y otra situaciones, la transición marca sus rasgos singulares. Recapitulando brevemente lo dicho, para referirlo en particular a las cuestiones de la dirección económica, se concluirá en la identificación de los que aparecen como dos grandes obstáculos: la ausencia inherente a la transición de leyes y normas de vigencia económica plena y la misma condición de "relevo social" en las funciones directivas que involucra el tránsito.

La transición constituye en efecto una fase de *pugnas* y supone el desenlace de una lucha por el poder político en favor de nuevas fuerzas sociales, a lo largo de un proceso en que coexisten relaciones de producción capitalistas, en declinación, con las nuevas expresiones de las relaciones sociales y modo de producción socialista, en ascenso. Por lo tanto, en esa fase, el sistema económico no está regido ni por las "leyes" del desarrollo capitalista ni por las de una economía socialista. Las opciones se hacen entonces presentes por todos lados, reclamando las definiciones más precisas posibles de la dirección política en general y de la dirección económica en particular; hay que definir constantemente cuestiones de extensión, de ritmos y secuencias.

Ante esos requerimientos y complejidades se hace también más patente el problema de los cuadros técnicos: una proporción alta de las capacidades de dirección y administración económicas se pierde por su solidaridad con los intereses afectados por el proceso, y otra resulta poco confiable respecto de su lealtad a las orientaciones revolucionarias. Inevitablemente, una nueva generación de cuadros tiene que asumir los puestos de comando del sistema económico en sus varios niveles, como expresión de ese "relevo social" que en ese sentido más amplio implica la transición.

La conformación de un sistema de dirección económica adquiere entonces importancia fundamental. Algunos de sus rasgos definitorios están contenidos en las propias concepciones políticas globales, que pueden conducir a formas variadas de organiza-

ción. Así, la caracterización política de una sociedad esencialmente autogestionaria tenderá a reservar a los niveles superiores de dirección económica la función de decidir sobre los grandes "agregados", reconociendo en cambio un radio significativo de decisión a los colectivos de trabajadores de las unidades de autogestión. En otros casos, el aparato administrativo asume una responsabilidad más completa, sin perjuicio de que, aun así, la organización en el interior del Estado pueda adoptar modalidades de gran concentración e instancias superiores o de relativa descentralización.

Decir que en definitiva los problemas de la dirección económica de la transición se resuelven en el establecimiento de un amplio sistema de planificación es a la vez correcto y muy insuficiente. De hecho, las experiencias históricas concretas sugieren que la implantación de los nuevos mecanismos de planificación y, sobre todo, su capacidad efectiva de cumplimiento de las funciones que se les atribuye, toman un tiempo relativamente largo y que, en última instancia, vienen a consolidarse en fases ya muy avanzadas del tránsito. Entretanto, la ausencia o debilidad de un mecanismo integral de planificación acrecienta las dificultades para armonizar las decisiones y acciones de las múltiples instancias administrativas que, de una u otra forma, inciden sobre el funcionamiento del sistema económico, y realza el papel individual de los dirigentes por encima de un sistema orgánico.

Se abre así el tema de la función de los dirigentes políticos en la dirección económica, de la necesidad de que asuman en ella responsabilidad directa, venciendo frecuentemente actitudes renuentes muy arraigadas y, cuando lo hacen, enfrentados a los problemas de relación entre la acción personal y el funcionamiento del sistema como tal, con sus normas y rutinas despersonalizadas, pero a la vez con la responsabilidad personal ineludible. Formados además en la práctica de la lucha política y ajenos a experiencias previas de función gobernante, tenderán probablemente a proyectar las primeras en sus nuevas tareas, como ha sido expuesto con tanta elocuencia por el Che en su descripción de las actitudes de "guerrillerismo" en la conducción económica y de los vicios de burocratismo, que tienden a penetrar en la estructuración del sistema de dirección.

La misma dirección política suele constituirse en fuente de dificultades adicionales que comprometen la eficacia de la dirección económica. Las diferenciaciones de entendimiento político no dejarán de expresarse en orientaciones también distintas de la política económica que se preconiza. Con mayor razón podrá ocurrir así si forman parte de esa dirección diversas organizaciones político-partidarias, acentuando riesgos de superposición de

autoridad y de facultades entre los mecanismos administrativos y unos mecanismos políticos que, además, no superan del todo problemas de unidad. Los reclamos de "equilibrio" según determinadas cuotas entre las distintas expresiones políticas, pueden conducir a una suerte de "parcelación" del aparato administrativo y acrecentar, en consecuencia, las dificultades de coordinación y conducción. El sectarismo y el favoritismo tienden a su vez a constituirse en vicios capaces de arraigarse profundamente en las prácticas administrativas, comprometiendo aun más la eficacia de la dirección económica.

Los problemas y dificultades de la naturaleza de lo que se ha ilustrado añaden evidencia a la necesidad de *redefinir* las concepciones convencionales que se heredan sobre la dirección económica y el enriquecimiento de los instrumentos que se requieren para cumplirlas con eficacia. Lo primero introduce el tema de la participación activa de las masas en la conducción y gestión económicas, motivo también de apreciaciones no siempre coincidentes por parte de las direcciones políticas correspondientes. Se reconoce, en efecto, que esa participación se coloca en lugar central, como definitoria del carácter mismo del proceso de transición; pero al mismo tiempo suelen preconizarse actitudes de cautela respecto de su ritmo y alcance, bajo consideraciones que tienen que ver con el carácter subdesarrollado de la sociedad, la necesidad de decisiones muy centralizadas, o los niveles de formación política y capacitación insuficiente de los trabajadores.

Respecto de una variedad de problemas económicos suelen, entretanto, enfrentarse con rapidez situaciones en que es manifiesta la incapacidad de los mecanismos propiamente administrativos para encararlos con éxito y la necesidad consiguiente de trasladar cuotas crecientes de responsabilidad a los colectivos de trabajadores correspondientes (en las unidades productivas, en sus áreas de vivienda y en los niveles y las instancias intermedias de dirección). Se configura así una opción que, en sus términos más generales y simplificados, puede caracterizarse bajo las imágenes de una política económica "administrativa" y una política económica "de masas". La primera, más convencional, más "segura" a corto plazo, pero también más limitada en sus potencialidades y menos coherente con el sentido político del proceso; la segunda, en correspondencia con el sentido esencial de la transición y eventualmente la única capaz de abrir nuevas fórmulas para el enfrentamiento de los problemas.

La conversión de los guerrilleros en estadistas

La planificación era, para el Che, "el modo de desarrollarse de la sociedad socialista", es decir, planificación y socialismo

deben ir indisolublemente *unidos*, por lo que tenía que adecuarse a las condiciones y peculiaridades del desarrollo de cada país y nunca reproducirse mecánicamente entre países de distintos estadios de crecimiento. Cada revolución es un proceso de creación de las masas, de los pueblos puestos en movimiento. No obstante, la Revolución cubana tuvo la fortuna de ser precedida por procesos victoriosos en otras partes del mundo, circunstancia que constituyó una ventaja, pero también representó, en menor medida, una dificultad, en tanto pudiera favorecer una actitud tendiente a apoyarse en exceso en esas experiencias, sin esforzarse por la propia obra de creación.

Esta última situación fue notoria en Cuba respecto a la planificación, en cuyo desarrollo en los primeros años se asimilaron mecánicamente modelos de otros países, donde se había encarado la transición, con lo que se limitó el libre vuelo de la imaginación creadora y se contribuyó a la aparición del burocratismo, fenómeno que perseguirá al proceso revolucionario como la sombra al cuerpo. Pero la realidad es más fuerte que los modelos. De ahí que, como señalara el Che, "copiamos bastante detalladamente las técnicas de planificación de un país hermano, cuyos técnicos vinieron a ayudarnos", pero afirma también que "por otro lado, mantuvimos la espontaneidad de muchas de las decisiones, sobre todo de tipo político, pero con implicaciones económicas, que hay que tomar cada día en el proceso de gobierno".

Así, en poco tiempo, el Che extrajo conclusiones útiles de la práctica de la planificación en las circunstancias específicas del momento en Cuba. Reflexionando sobre ello, reconocía que el anhelo de avanzar hacia el socialismo había llevado a estos guerrilleros convertidos, de la noche a la mañana, en estadistas, a tratar "subjetivamente a la naturaleza, como si charlando con ella se le pudiera convencer [...]" El Che agrega autocríticamente: "Cuando se nos decía, por ejemplo, no hay un ejemplo de país del mundo que pueda desarrollar un 20 por ciento anual de su agricultura, nosotros decíamos: nosotros lo haremos. Pero no lo hicimos." La dura realidad demostró que los sueños, no por bellos, dejan de ser sueños. Muchas de las metas de los primeros planes no se pudieron cumplir; con gran desazón, porque cada escuela, hospital, camino, centro de esparciamiento que no se construía era una ilusión que se llevaba el viento.

Como un *presagio* de que su vida sería más breve que la de muchos de sus compañeros de ideales y armas, se adelantó a la crítica que más tarde se haría la propia Revolución y aconsejaba la revisión de lo obrado. "Si hoy volviéramos a plantearnos el problema, ¿cómo lo haríamos? Diríamos: primero, estadísticas. Desarrollar la estadística al máximo, como un verdadero problema nacional. Acostumbrar a la gente a usar la estadística." Pero, por encima de todo, él confió en la planificación como el gran medio de dirección de todo el proceso de desarrollo del país, liberando de este modo los cuadros que fueran necesarios para la investigación científica y tecnológica, la otra preocupación básica para la "construcción del futuro". (Guevara: *Discurso en el Seminario sobre Planificación en Argelia.)*

Al principio hubo un gran desorden en el primer país socialista de la América Latina, como en todas las revoluciones. El Che apuntó en 1961 que la guerrilla, como forma de lucha adoptada por el movimiento insurreccional para derribar a la dictadura de Batista y conquistar el poder, se reflejó, en una primera fase de la transición, en la forma de enfrentar los problemas desde el gobierno. El "guerrillerismo" repetía la experiencia de la lucha armada de las sierras y los campos en las distintas organizaciones administrativas y de masas, y las grandes consignas eran seguidas (y muchas veces interpretadas de diferentes maneras) por los organismos de la administración y la sociedad, resolviéndose los problemas concretos de acuerdo al libre arbitrio de cada uno de los dirigentes.

Tal situación no podía traer consigo otra cosa que un desorden considerable. En efecto, los campos de acción de las "guerrillas administrativas" chocaban entre sí, produciéndose continuas contradicciones, por lo que la dirección revolucionaria se vio obligada a intervenir para organizar el Estado de un modo racional mediante el empleo de las técnicas de la planificación. Pero con esta decisión, tampoco la vida económica y social iba a ser perfecta. Por el contrario, el proceso pasó de un extremo a otro, porque como contramedida se generaron fuertes aparatos burocráticos, con una centralización operativa muy marcada, que inhibía la iniciativa de los administradores y, para qué decir, de las masas. Esta centralización se explicaba principalmente por la escasez de cuadros medios y el desorden anterior, circunstancias que determinaban, entre otros efectos, un celo exagerado en las exigencias de cumplimiento de las directivas y la adaptación a la ahora lenta marcha administrativa, disminuyendo iniciativas.

La Revolución padecía entonces de burocratismo, pero este fenómeno ni tiene su origen en ella ni es un componente obligado de su desarrollo, toda vez que era preexistente, porque se había constituido en el antiguo régimen, en el Estado capitalista, se alimentaba del presupuesto y crecía a la sombra del juego de los intereses de los gobernantes de turno. No obstante, en una sociedad de clases, donde todo el aparato estatal se encontraba al

servicio de la burguesía, su importancia como órgano dirigente era muy reducida, ya que la burocracia no pasa de ser lo "suficientemente permeable como para permitir el tránsito de los aprovechados y lo suficientemente hermética como para apresar en sus mallas al pueblo". El Che analizó, con mucha atención, sus causas y nuevas motivaciones, las que redujo a tres.

La primera se refiere a la falta de un "motor interno", esto es, de interés individual por prestar un servicio al nuevo Estado y, por consiguiente, avanzar en el proceso de transición al socialismo; la ausencia por lo tanto de conciencia revolucionaria o, en todo caso, la mantención de resabios de conformismo frente a la realidad, cualquiera sea ésta. En tal situación de debilidad ideológica y desesperación respecto a la incapacidad de resolver problemas básicos, mucho individuos se refugiaban en el burocratismo; expresado en rutina dirigidas a "producir" papeles para justificar su existencia como funcionarios públicos.

La segunda fue la falta de organización suficiente para sustituir al "guerrillerismo", lo que significaba no contar con la necesaria experiencia administrativa para promover y asegurar el flujo de las instrucciones e informaciones en los aparatos del Estado. Las direcciones política y económica fueron responsables de este deficiente funcionamiento de los servicios, debido a que la indefinición de sus relaciones con los diversos niveles y la excesiva centralización limitaron las iniciativas en los casos de ausencia de directivas correctas y oportunas, estancándose muchas veces las soluciones a los problemas "sin orden ni concierto", o aprobándose a última hora y sin un análisis apropiado.

La tercera consistió en la falta de conocimientos técnicos suficientemente desarrollados como para adoptar aquellas decisiones justas y oportunas. En vez de eso, se multiplicaban en forma indefinida las discusiones en reuniones interminables, sin una autoridad técnica que pusiera término a este proceso burocrático, hasta que los problemas se resolvían solos o se tomaba una decisión cualquiera.

Los efectos provocados por dichas causas alternaban de manera significativa la vida institucional, con graves repercusiones en el proceso de transición, lo que hizo necesario ajustar la dirección económica y administrativa, manteniendo el control central, pero liberando la iniciativa, de modo que el desarrollo de las fuerzas productivas se asentara sobre bases más sólidas y los aparatos estatales funcionaran con mayor agilidad. Este ajuste de la organización suponía además modificar el estilo de trabajo, jerarquizar los problemas, asignar a cada organismo y nivel de decisión su tarea, establecer las relaciones concretas entre cada uno de ellos y los demás, desde el centro directivo hasta la última unidad,

y las relaciones entre sus distintos componentes, horizontalmente, hasta formar el conjunto de las relaciones de la economía. Todo lo anterior implicaba la redistribución del personal de acuerdo a las reales necesidades de cada una de las unidades o centros de trabajo.

Pero eso no era todo, ni mucho menos. Hubo también que unir a esa reorganización un trabajo político orientado a superar la falta de motivaciones internas, o incomprensión del proceso revolucionario, para lo cual se propusieron dos caminos. El primero se refiere a la educación *continua* por medio de la explicación de las tareas, la motivación de interés por el trabajo que realizaba cada quien, la emulación de los trabajadores de vanguardia y la capacitación sistemática; todo ello en un momento de agresión imperialista, de bloqueo total, de cambio de tecnología, de escasez de materias primas y fuga de los técnicos disponibles, y cuando se requería imprimir mayor velocidad a la Revolución. El segundo consistía en la eliminación drástica del "parasitismo" proveniente de antiguo régimen y que se nutría ya sea de un sentimiento del rechazo del socialismo ya sea por simples hábitos de ociosidad. (Guevara: *En contra del burocratismo.)*

La planificación como vía al socialismo

Así, la planificación era para el Che, más que un instrumento técnico en la dirección de la economía durante la transición socialista, la manera como los hombres debían establecer el dominio sobre su medio para destruir las cadenas de la enajenación, a través de la actividad consciente y creadora de las masas, el camino hacia la nueva sociedad. De ahí que la discusión teórica sobre la correspondencia entre fuerzas productivas y relaciones de producción y sobre la ley del valor, en los primeros años de la década de los sesenta, no tuvo un carácter *bizantino,* sino que encontraba sus raíces en las modalidades que asumía la organización de la economía y la sociedad en Cuba. El asunto suscitó un debate que, por cierto, no corresponde abordar aquí en toda su complejidad —otros ya lo han hecho—, pero sí conviene precisar brevemente sus términos, dada la relevancia que tuvo.

La primera discusión es tan antigua como el marxismo. En efecto, desde el *menchevismo* de principios de este siglo hasta el *neorreformismo* de hoy se ha proyectado la falsa idea de que es imposible una revolución socialista en países atrasados, argumentando que fuerzas productivas de bajo nivel de desarrollo no podrían dar lugar a nuevas relaciones de producción. La respuesta ya la dio Lenin, en su época, en el sentido de que dicha contradicción debe considerarse a la escala del sistema capitalista mundial y no sólo de la situación particular de uno de sus eslabones.

Desde la perspectiva de hoy día, Rusia en 1917 y Cuba en 1959 se constituyen en ejemplos de países donde se dio impulso al desarrollo de unas fuerzas productivas atrasadas y simultáneamente se generaron nuevas relaciones de producción. El Che sostuvo, por eso, que en Cuba se había iniciado una revolución socialista, no obstante el retraso de las fuerzas productivas, lo que le conferia validez a las nuevas relaciones de producción y por lo cual concluía: "Decir que la empresa consolidada es una aberración equivale, aproximadamente, a decir que la Revolución cubana es una aberración." Afirmación que él, por cierto, rechazaba con vehemencia.

De acuerdo a su sólida formación teórica, Guevara puntualiza que Marx y Engels no previeron la posibilidad que se pudiera realizar la transición en países económicamente atrasados, ni Lenin tuvo el tiempo suficiente para profundizar el estudio de los problemas económicos de ese período en la marcha hacia el comunismo, "en la cual se conjuga el hecho histórico de una sociedad que sale del capitalismo sin completar su desarrollo de esa etapa (y en la que se conservan restos de feudalismo todavía) con la concentración en manos del pueblo de la propiedad de los medios de producción". Completando este análisis, el Che agrega: "Éste es un hecho real cuya posibilidad fue prevista por Lenin en sus estudios sobre el desarrollo desigual del capitalismo, el nacimiento del imperialismo y la teoría del desgajamiento de los eslabones más débiles del sistema en momentos de conmoción social como son las guerras. Él mismo probó, con la revolución rusa y la creación del primer Estado socialista, la factibilidad del hecho". (Guevara: *Sobre la Ley del Valor, contestando algunas afirmaciones sobre el tema.)*

El Che manifiesta además que en todos los procesos medios del desarrollo de la sociedad las fuerzas productivas y las relaciones de producción marchan unidas, pero hay momentos en que las últimas no son estrictamente reflejo del desarrollo de las primeras. ¿Cuáles son esos momentos? El mismo Che los señala de manera explícita: "En los momentos de ascenso de una sociedad que avanza sobre la anterior para romperla y en los momentos de ruptura de la vieja sociedad, cuando la nueva, cuyas relaciones de producción serán implantadas, lucha por consolidarse y destrozar la antigua superestructura". En tales circunstancias históricas, pueden generarse *desfases,* tanto en un sentido como en otro, en avance o retraso de las relaciones de producción con respecto a las fuerzas productivas.

La segunda discusión se refería a la relación de la planificación con la ley del valor, la que abordaba el Che a través del concepto que él tenía de la primera de estas categorías, esto es,

entendida "como el modo de ser de la sociedad socialista, su categoría definitoria y el punto en que la conciencia del hombre alcanza, por fin, a sintetizar y dirigir la economía hacia su meta, la plena liberación del ser humano en el marco de la sociedad comunista". Concepto opuesto al sentido ciego y rígido de la ley del valor, el que pretende predeterminar el destino de los hombres, sin tomar en cuenta su voluntad. "El ejemplar humano, enajenado, tiene —dice el Che— un invisible cordón umbilical que le liga a la sociedad: la ley del valor. Ella actúa en todos los aspectos de su vida, va modelando su camino y su destino". (Guevara: *Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento.)*

En numerosas ocasiones, Guevara examina el significado de la ley del valor, considerándola como parcialmente existente como parte de los restos de la sociedad mercantil. "La base por la cual se rige el mercado capitalista es" —dice— "la ley del valor y ésta se expresa directamente en el mercado. No se puede pensar en el análisis de la ley del valor extraída de su medio natural que es aquél; de otra forma, puede decirse que la expresión propia de la ley del valor es el mercado capitalista". En seguida agrega: "Durante el proceso de construcción de la sociedad socialista, muchas de las relaciones de producción van cambiando a medida que cambia el dueño de los medios de producción y el mercado deja de tener las características de libre concurrencia (aun considerando la acción de los monopolios) y adquiere otras nuevas, ya limitado por la inclemencia del sector socialista que actúa en forma consciente sobre el fondo mercantil". (Guevara: *Consideraciones sobre los costos de producción como base para el análisis económico de las empresas sujetas a sistema presupuestario.)*

El Che no niega, pues, la sobrevivencia durante un período de las categorías mercantiles y de la ley del valor, pero insiste en la contradicción esencial entre la planificación y la ley del valor, la que se resolverá de manera progresiva, a su juicio, a través de la liquidación de las categorías antiguas, vestigios de la sociedad mercantil. Este proceso no será el resultado "automático" del desarrollo de las fuerzas productivas, sino fruto de la acción consciente y continua de los hombres por medio de la planificación socialista. (Guevara: *La planificación socialista, su significado.)*

Como en el caso de los incentivos morales, el Che sintió, pues, una verdadera pasión por la planificación global del proceso en el período de transición, como manifestación de los dos elementos en que descansa aquél, esto es, la dirección revolucionaria y la participación de las masas. Consciente de la importancia de los planes, procuró crear una conciencia colectiva acerca de ésta, exponiendo públicamente, una y otra vez, cómo deben elaborar-

se y cuáles son sus elementos constitutivos. Para él, la primera condición es el dominio social o del Estado en la totalidad o, en subsidio, de la mayoría de los medios de producción; en seguida, se debe contar con un conocimiento claro y preciso de la realidad, de todos los factores económicos, lo que era muy difícil, por no decir imposible, en los primeros años, porque el capitalismo cubano no disponía de estadísticas confiables, tarea previa que emprendió el Gobierno Revolucionario para poder planificar.

Pero eso es sólo el comienzo de esta gran tarea. La dirección económica debía definir las metas, a dónde quería llegar, por cuáles medios y con qué velocidad, así como contar con un balance, esto es, un análisis de la realidad y una comparación de lo que se deseaba con lo que podían, todo lo cual exigía a su vez la unidad de conducción por la Junta Central de Planificación, cuya presidencia correspondía al propio Primer Ministro Fidel Castro, así como el conocimiento, discusión y apoyo por parte del pueblo organizado, para cuyo efecto debía suscitarse su participación. La índole socialista de la Revolución determina las características generales de la producción, que superaba la anarquía del capitalismo con la racionalidad del plan, el cual se constituía por eso en uno de los ejes fundamentales del nuevo sistema y una tarea social en la que se concentraban los esfuerzos de todo el país de manera estrecha y armónica.

El análisis de la práctica de la planificación trajo consigo en Cuba el de la gestión de las empresas en el marco de la economía socializada, tema que llevó a su vez volver a la consideración de la ley del valor, la cual —según el Che— no puede extraerse de su medio natural, que es el mercado capitalista. En este sentido, acotó que en el proceso de construcción socialista, numerosas relaciones de producción se modifican, en la misma medida en que se desplaza a los propietarios privados de los medios de producción y desaparecía del mercado la libre concurrencia y asumían características nuevas, bajo la influencia del sector socialista. Precisamente para evitar el incremento de los precios en el mercado, debido a la falta de oferta de productos, el Gobierno Revolucionario congeló precios y estableció un sistema de racionamiento en el que el valor real de aquéllos no se regía por el mercado, como quiera que pasaba a adquirir otras características.

En el proceso de producción y distribución de los productos en el mercado capitalista, los distintos costos determinan su precio, pero cuando aquéllos actúan conforme a una relación interna, diferente a la de dicho mercado, surge una situación nueva, que el Che percibió desde el comienzo. Por eso se preocupó de cómo hacer para que los precios, en tales condiciones, coincidan con el valor o, dicho con sus propias palabras, "cómo manejar conscientemente el conocimiento de la ley del valor para lograr el equilibrio del fondo mercantil, por una parte, y el reflejo fiel en los precios, por la otra", uno de los problemas más serios que ha tenido que afrontar la economía cubana, como la de otros países, durante la transición socialista.

La experiencia soviética fue de gran utilidad al respecto por haber sido el primer país que enfrentó el proceso de transición, para lo cual definió un modelo denominado de cálculo económico o autogestión, "que se midiera por grandes resultados económicos". Para eso el Estado, en líneas generales, tuvo que establecer controles globales, reflejados a través de las finanzas, hacer de los bancos órganos de control primario de la actividad de la empresa y desarrollar adecuadamente el estímulo material de manera que, sometido a las reglas necesarias, sirva para provocar la tendencia independiente al aprovechamiento máximo de las capacidades productivas, lo que se traduce en beneficios mayores para el obrero individual o para el colectivo de la fábrica.

En relación con esa experiencia, el Gobierno Revolucionario de Cuba desarrolló su propio modelo, el que naturalmente experimentó cambios y adaptaciones con el transcurso del tiempo. Este modelo, conocido como sistema presupuestario de financiamiento, inauguró la centralización de las actividades financieras de las empresas, aplicando técnicas de control que se fueron haciendo cada vez más eficientes. El financiamiento fue aportado por la institución bancaria de acuerdo con los recursos asignados por el *presupuesto*, el que no suponía el pago de intereses, como sucedía en el sistema vigente en la Unión Soviética, dado que aquélla no era una operación crediticia en estricto sentido, limitándose el banco sólo a registrar los movimientos financieros. De acuerdo a esa concepción, aplicada sólo en algunas ramas de la economía, los productos se convertían en mercancías cuando se realizaba el traspaso de propiedad del sector estatal al usuario y, por el contrario, el paso del mismo de una empresa a otra, de una dependencia pública a otra, constituía sólo parte del proceso productivo, la que sí agregaba valor al producto, pero no era un acto de cambio, ya que la propiedad de todas ellas correspondía al Estado. (Guevara: *Consideraciones sobre los costos.)*

En sus escritos, el Che dedica muchas páginas a comparar el llamado cálculo económico o autogestión con el sistema presupuestario de financiamiento, cuyas diferencias eran de carácter metodológico y de fondo, aunque existían entre ambos similitudes de principios y objetivos. El primero tuvo eficacia en la Unión Soviética en el desarrollo de la base material y técnica para la construcción del socialismo y en la consecución misma

de este último objetivo estratégico, pero él creía que el segundo podía contribuir mejor a obtener iguales propósitos en Cuba.

El sistema de cálculo económico consideraba empresa a cada unidad de producción, el dinero era un medio de pago y cada una de ellas tenía fondos propios que incrementaban con créditos, por los cuales pagaban intereses, mientras que el sistema presupuestario de financiamiento estimaba empresa al *conglomerado* de unidades, como sucedía con la industria azucarera; el dinero sólo actuaba en términos aritméticos, como reflejo en los precios, en la gestión de las empresas, y éstas no tenían fondos propios, sino que operaban a través de cuentas, en las que se extraían y depositaban éstos, los que pertenecían al Estado. Las normas de trabajo eran también diferentes entre uno y otro sistema toda vez que en el primero se establecía el trabajo a tiempo conjuntamente con la modalidad por pieza o por hora, en tanto que en el segundo se procuraba establecer sólo el normado a tiempo. De igual manera, existían diferencias en cuanto a métodos de contratación.

Ambos sistemas se regían por el *plan general* definido por el Estado, pero el primero descansaba en un control centralizado global y una descentralización más acusada, se ejercía además un control indirecto por medio de la moneda, por la institución crediticia, y el "resultado monetario" de la gestión determinaba los premios, por lo que el interés monetario era la gran palanca que movía individual y colectivamente a los trabajadores, mientras que el segundo actuaba a través de un control centralizado y directo en la actividad de la empresa que, como ya se ha dicho, no disponía de recursos propios ni recibía créditos bancarios y utilizaba los premios y castigos monetarios individuales, sujetos a la forma de pago de la tarifa salarial. (Guevara: *Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento.)*

Como es sabido, durante los años 1963-1964 coexistieron ambos sistemas: el de cálculo económico o autogestión en el Instituto Nacional de Reforma Agraria, que tenía a su cargo la administración del sector agrícola de la economía, y el sistema presupuestario de financiamiento en el Ministerio de Industrias, al que correspondía el control del sector industrial.

Más allá de los términos específicos de la controversia, los escritos del Che a este respecto dan cuenta de una actitud que es clave para la resolución exitosa de los grandes problemas de la transición: la *búsqueda* constante de las fórmulas más adecuadas para las circunstancias concretas, criterio que seguiría presente en la evolución posterior de Cuba, motivando los diversos cambios con que se procuró resolver en cada fase, de la manera más idónea, las complejas dificultades de la dirección económica.

CAPÍTULO SEXTO

LA HERENCIA DEL CHE EN LA AMÉRICA LATINA

La actualidad de su pensamiento

En 1961, Guevara escribió su artículo "Cuba: ¿Excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?" y desde entonces se proyecta ese país socialista como la conciencia crítica de la América Latina, tanto por la conquista del poder cuanto por su epopeya civil en la construcción del socialismo. Cuando muchos pensaban que no se repetiría una nueva revolución victoriosa en nuestro continente, por las "excepcionalidades" que habrían rodeado el proceso cubano, el sandinismo capturó el poder por las armas en Nicaragua y empezó a recorrer su propia transición: ¡Cuba ya no es una excepción, sino que es vanguardia de la gran revolución latinoamericana, obra monumental que construirán los pueblos de este hemisferio! Así comienza a cumplirse la profecía del Che.

Pero hay más que su herencia profética. En las diferentes situaciones que conforman la América Latina de hoy y por distintas razones, el pensamiento del Che recobra en el subcontinente una actualidad inusitada. Cuanto escribió sobre los problemas de la transición se constituyó en antecedente y referencia de valor excepcional para la comprensión de los problemas que enfrenta hoy día el pueblo nicaragüense; bajo circunstancias distintas, es verdad, pero sin dejar por ello de reproducir con sorprendente similitud muchos de los que fueron los grandes desafíos que tuvo que encarar el pueblo cubano en las fases iniciales de su tránsito al socialismo.

En la propia Cuba, maduradas ya las condiciones que marcaron la culminación de los procesos que la transformaron en la primera nación socialista de la América Latina, el ejercicio constante de la sana autocrítica, que compromete al pueblo y a sus dirigentes, los hace evaluar la fase cumplida en lo que ha tenido de éxitos y dificultades, de aciertos y equivocaciones. En esa reconsideración, cobra otra vez plena vigencia el pensamiento del Che,

lo que fueran sus advertencias, la ponderación que dio a los valores morales, su convocatoria constante a la formación del hombre nuevo.

Por su parte, en la gran mayoría de las naciones latinoamericanas, ajenas todavía a la vigencia de procesos sociales que se encaucen en una perspectiva socialista, está la realidad inmediata de una crisis excepcionalmente profunda, que proyecta consecuencias no menos trascendentes en los planos objetivo y subjetivo. Un modo particular de desarrollo capitalista que ha predominado a lo largo de varias décadas encuentra sus límites y desemboca en una crisis que sólo podrá superarse mediante grandes transformaciones sociales y económicas; suficientemente hondas como para que tengan que reproducir muchos de los problemas típicos de la transición, aunque se le afronte sin la intención de encaminarlos hacia un horizonte de transformación propiamente socialista. Necesidad objetiva que, sin embargo, no encuentra correspondencia con la extensión que ha llegado a tener un pensamiento caracterizadamente conservador, cuya traducción en términos de propuestas de estrategias y políticas revela cada vez con mayor claridad su esterilidad insuperable, por la misma razón de que no se corresponde con la verdadera naturaleza de la crisis.

De esto queremos, pues, hablar —así sea brevemente— en este capítulo final. De la presencia del Che hoy en la América Latina; de la necesidad de recuperar las contribuciones que él hizo al esclarecimiento de problemas que, no obstante las circunstancias distintas, estarán en su esencia cada vez más actuales en el futuro próximo; pero no sólo las contribuciones de su pensamiento, también las de su ejemplo: la imagen del Che sigue representando uno de los símbolos más trascendentes no sólo del pasado sino sobre todo del porvenir de los pueblos latinoamericanos, de las generaciones jóvenes de estas naciones. Nos proponemos hacerlo en relación con dos ámbitos de cuestiones que preocupan a los latinoamericanos.

El primero, referido específicamente a Cuba, para recoger lo que entendemos como el espíritu y los contenidos fundamentales de varias intervenciones del Comandante Fidel Castro a lo largo del año 1986, en las que, con el pueblo cubano, aborda preocupaciones centrales de esa sociedad hoy día. Nos parece pertinente hacerlo porque esos planteamientos vienen a agregar un capítulo más a lo dicho sobre la transición, corroborando la profundidad de algunos problemas, de tal magnitud que se proyectan incluso a fases ya maduras de la transición socialista, y también porque en esta reconsideración de hoy emerge otra vez la figura del Che, para compartir con su pensamiento de hace más de dos décadas

los criterios de los dirigentes que siguieron al frente de los procesos de que fue protagonista tan destacado.

El segundo ámbito de referencias tiene que ver con el conjunto de las otras naciones latinoamericanas. Enfrentadas como están a desafíos históricos de la mayor trascendencia, constatando los límites de los que fueron sus patrones básicos de crecimiento en las últimas décadas, y obligadas a encontrar nuevas estrategias y nuevos caminos para su futuro desarrollo económico y social. Tenemos la convicción de que sus destinos habrán de formarse en el marco de grandes transformaciones sociales, que a su vez enfrentarán problemas de naturaleza similar a los recorridos por otras sociedades —como la cubana— en circunstancias históricas distintas.

Las contribuciones del pensamiento social del Che, en esa perspectiva, cumplen la función de haber iniciado en la América Latina el análisis sistemático de un amplio conjunto de cuestiones que se sitúan no sólo en el tema estricto de la transición al socialismo, sino que aportan a una visión más general de los procesos de transformación social y su significado en sociedades como las nuestras. En tal sentido, el recuerdo del Che es a la vez una incitación a hacer de este ámbito de problemas un campo de empeños constantes para los investigadores latinoamericanos, de aprendizaje para los dirigentes de las luchas populares, y de motivación para las nuevas generaciones, que no aceptarán la resignación ante una crisis que pueda vencerse ni la renuncia a aspiraciones que se arraigan profundamente en los pueblos de la región.

Veintisiete años después: una autocrítica

Las revoluciones no se miden por años, ni siquiera por décadas, sino más bien por épocas enteras, pues sólo en la perspectiva del largo plazo histórico es que pueden apreciarse las repercusiones de los cambios experimentados por una sociedad determinada en el ámbito del desarrollo internacional. Así sucedió con el ciclo de las revoluciones burguesas iniciado en 1789 en Francia y así sucederá con el ciclo de las revoluciones socialistas inaugurado en 1917 en Rusia. En este sentido, el proceso que rompió en Cuba el eslabón más débil de la cadena del capitalismo dependiente latinoamericano gravita cada vez más en la conciencia de los pueblos y actúa como vanguardia de la gran revolución socialista de este continente. Por eso, interesa lo que pasa en Cuba, sus avances y retrocesos, sus problemas y soluciones en la visión y proyecciones señaladas en su hora por Che Guevara.

En 1986, cuando la Revolución cubana había alcanzado su edad adulta, la dirección del Estado y del Partido Comunista abrió un

amplio y profundo debate sobre su recorrido histórico, una evaluación pública de la situación del proceso de cambio y desarrollo del país. Este hecho auspicioso no significa, de manera alguna, que la crítica y la autocrítica hayan estado ausentes en el pasado sino que entonces, al cumplir veintisiete años de azarosa lucha de construcción socialista, realizó una evaluación global de su trayectoria. La Cuba de 1986 no es, por cierto, la misma de 1959, toda vez que ha realizado proezas y logrado metas que difícilmente soñaron muchos de sus habitantes durante aquellos años del desprecio de la vida humana, representados por la dictadura de Batista.

Este balance autocrítico realizado veinte años después de la muerte del Che estuvo acompañado por la imagen tutelar del hombre que tanto confiara en la fuerza *moral* de los pueblos para realizar la Revolución. El propio Fidel Castro lo reconoció en su discurso en la reunión de análisis sobre la gestión de las empresas de Ciudad de La Habana, celebrada el 26 de junio de 1986, al afirmar que siempre había admirado y visto con gran simpatía aquellas ideas del Che a través de las cuales enfrentó los problemas de la transición, admiración que se acrecienta cada vez que recuerda "su gran visión, la gran capacidad de *prever*, porque ninguno de nosotros había pasado por esta experiencia", agregando entonces que con la muerte de aquél como que la teoría no siguió desarrollándose. El dirigente cubano examinó en seguida la titánica prueba que debió afrontar la Revolución para consolidarse y vencer, preguntándose qué fue lo que la hizo poderosa, encontrando la respuesta en esa fuerza moral.

No obstante, la dirección revolucionaria no estuvo satisfecha con los avances obtenidos, consideró que pudo hacerse un mejor uso de sus recursos y esfuerzos, su trabajo estuvo lejos de ser óptimo y, por lo mismo, todavía subsisten deficiencias y rezagos, que deben superarse. La crítica y autocrítica que se empleó fue pública y penetrante, caló hasta los huesos. Fidel Castro sostuvo, ante el asombro de muchos, que era necesario y urgente discutir públicamente, con absoluta libertad, los problemas que afectaban a la Revolución, de acuerdo con una crítica socialista, pero que no se inspira en "todas las porquerías del capitalismo", porque aquélla no debilita sino fortalece a la Revolución. "¡Qué bueno" —expresó el líder cubano— "que podemos lavar todos los trapos del diablo antes que los trapos nos sepulten; antes de que la suciedad nos sepulte es mucho mejor lavar los trapos al aire libre, todos estos trapos, qué bien, qué fuerza nos da, qué moral, qué autoridad!" De estar con vida, el Che sería el primero en aplaudir.

Esta evaluación crítica comenzó por la economía, base de la que depende el progreso de la Revolución. En los discursos y

escritos recientes de Fidel Castro, aprendemos que, en este campo, el problema más grave registrado en el quinquenio 1981-1985 residió en que, aunque el país experimentó un crecimiento más que aceptable, éste fue insuficiente en la exportación de bienes y servicios y en la sustitución de importaciones, que son rubros decisivos. El desequilibrio consiguiente del comercio internacional se vio dificultado además por gastos excesivos y bajos ingresos en los servicios productivos relacionados con el transporte internacional, por la insuficiencia de la flota mercante nacional y por la ineficiencia con que todavía se operan los puertos, astilleros y terminales áreas.

La autocrítica llevó a esa dirección revolucionaria a reconocer rezagos y resultados inferiores a sus expectativas y a los recursos invertidos en la industria azucarera, así como en el desarrollo de sus derivados. El retraso en los sistemas de riego, tanto en su construcción y explotación como en su mantenimiento y drenaje de las áreas, influyó también en los rendimientos, entre otros, de cultivos como caña, cítricos, arroz, tabaco y pastos. La ganadería vacuna fue afectada por un manejo inadecuado, bajos índices en la reproducción e insuficiente alimento, conjuntamente con la sequía de los últimos años. Las causas específicas de esta situación son múltiples y se refieren principalmente a políticas erróneas, inapropiadas tecnologías y atención todavía insuficiente del sector campesino.

El sector industrial adoleció también —según la apreciación actual de los dirigentes cubanos— de fallas que limitaron el aprovechamiento de las capacidades instaladas y que, más allá de logros evidentes, tampoco tuvo los rendimientos esperados. Fidel Castro señaló también con crudeza los factores determinantes, que explican este avance relativo, por debajo de las expectativas, como son el lento proceso de asimilación de las nuevas instalaciones, las deficiencias técnico-organizativas en la producción, el insuficiente aprovechamiento de la asistencia técnica extranjera, la falta de disciplina tecnológica y de experiencia en la reparación y el mantenimiento de las plantas. No se avanzó tampoco en la medida necesaria en la explotación y aprovechamiento de los equipos de construcción, agrícolas y de transportes.

Los logros alcanzados en el abastecimiento de la población en productos básicos presentan todavía limitaciones importantes, así como inestabilidad en su comercialización poco flexible. Las áreas de autoconsumo en las zonas cañeras y en general agrícolas representaron una solución justa, pero se prestaron para abusos por medio de la recepción de suministros por otras vías y de la utilización de tierras en perjuicio de producciones fundamentales. Los artículos industriales de consumo personal adolecen

también de deficiencias, agudizadas por dificultades en la distribución, con oferta insuficiente e inestable. Además, se registraron serios problemas en los servicios de utilidad pública, principalmente de Ciudad de La Habana, como el mantenimiento de las viviendas, las instalaciones de servicio público y la transportación de pasajeros, el abastecimiento de agua, teléfonos y otros.

La crítica se extendió incluso a los satisfactores sociales, donde los logros de la Revolución son indiscutibles. La atención de la salud avanzó notablemente, pero también presentaba problemas más bien de insuficiencia en materia de instalaciones y de producción de medicamentos, así como limitaciones del personal médico, auxiliar y de guardia. Una observación similar se formuló con respecto a la educación en la que la calidad del proceso docente-educativo presentaba también deficiencias, entre otros factores, por la sobrecarga burocrática del profesorado, por insuficiencias metodológicas y por el descenso o uso indebido de laboratorios y talleres. Se dejó constancia también de lo mucho que faltaba por hacer en el trabajo científico-técnico, donde no existió la vinculación necesaria para que la investigación ofreciera soluciones concretas a los principales problemas de la economía.

Desde los inicios de la Revolución, el gobierno cubano planteó la necesidad de la planificación del desarrollo nacional. No obstante, según la evaluación actual, después del impulso inicial en la implantación del Sistema de Dirección y Planificación de la Economía, no se trabajó consecuentemente en su perfecionamiento, perdiéndose la iniciativa y la creatividad necesarias para adecuar mejor a las condiciones específicas de Cuba un sistema que, en buena medida, se tomó de la experiencia de otros países. Al cabo de veintisiete años son perceptibles los defectos del sistema y de su aplicación a la vida nacional, extrayéndose como primera conclusión que la planificación, tal como se aplicó, no ordenó debidamente el funcionamiento de la economía, sino que mantuvo el desorden en muchos aspectos.

Fidel Castro señaló otras fallas, que también fueron previstas dos décadas antes por el Che. La atomización de empresas continuó su predominio, aunque gracias a la acción de algunos ministerios se organizaron las primeras *uniones* de empresas, las cuales no estuvieron libres, en algunos casos, de enfoques sectoriales o de insuficiente integración. No sólo esta situación afectó al desarrollo planificado de la economía, también lo hicieron otros factores, como centralización del abastecimiento, complejidad del comercio exterior, indisciplina en la concertación y cumplimiento de los contratos, falta de sistematización de los estímulos, ausencia de participación real de todos los niveles colectivos en

su elaboración y de un sistema articulado de control. En este marco de debilidades de la planificación, el presupuesto continuó siendo un instrumento *pasivo*, que no regulaba sino que propiciaba el gasto y los consumos sociales indebidos, desvinculado de los aspectos materiales del plan y poco severo con las empresas en cuanto a sus aportes al Estado.

El verdadero significado de esta reconsideración autocrítica no podría comprenderse correctamente sino desde el interior de la propia sociedad cubana. Hasta el lenguaje empleado parecerá desusado a quienes no están acostumbrados a oírlo de otros gobernantes. Este recuento de problemas podría motivar regocijo en los enemigos del socialismo, si no fuera porque saben bien que tales problemas se sitúan en el margen de las grandes conquistas ya alcanzadas y se refieren a una economía que incluso en los últimos años ha evolucionado favorablemente, en contraste con la profunda crisis en que se debaten casi todas las naciones latinoamericanas.

Bastará recordar, en efecto, el *Estudio Económico Anual* de la CEPAL referido a 1985, en el que da cuenta de que en ese año el ritmo de crecimiento de la economía cubana superó el registrado en todos los países de la región, con la sola excepción de Brasil, y presentó altos niveles de formación de capital. La información estadística de la misma fuente señala que en Cuba el producto social global no ha dejado de crecer a lo largo de los últimos cinco años y casi se duplicó en términos reales entre 1974 y 1984, y que entre 1958 y 1984 el personal docente de los servicios de educación se decuplicó y el de los servicios de salud aumentó trece veces.

Es pues en este marco que habrá que apreciar el significado de la autocrítica, y comprender también hasta dónde en este proceso de evaluación, emprendido en forma franca y abierta, estuvieron presentes las previsiones del Che. En efecto, muchas de las tendencias negativas surgidas en la sociedad cubana fueron anticipadas por él, como el economicismo y el enriquecimiento individual, el culto a la espontaneidad, la insuficiencia del trabajo político e ideológico, el tecnocratismo, el burocratismo y otras prácticas que mediatizaron y corrompieron a muchos cuadros, trayendo consigo ineficiencia en el aparato productivo del país. Cada revolución hace su propia experiencia, sin olvidar ciertos principios que actúan como leyes generales; cada revolución opera en el medio ambiente que la ha producido y sobre los materiales que encuentra en aquél. "Estamos construyendo un nuevo orden" —solía expresar Lenin— "con los ladrillos que el antiguo orden nos ha dejado [...] El pasado se refracta a través de la obra innovadora de la revolución, no importa cuán audaces

sean las innovaciones." (Deutscher: *La revolución inconclusa.*) Este proceso histórico de validez universal está presente como telón de fondo en el balance general realizado en Cuba en 1986.

Fidel Castro introduce el escalpelo profundamente en el cuerpo de la Revolución, señalando aquellas tendencias negativas, con sus implicaciones económicas, políticas e ideológicas, para atacarlas y erradicarlas con vistas a perfeccionar el proceso de construcción socialista, sin esperar que sean los enemigos quienes las muestren. Manifiesta así su seguridad de que la Revolución no se debilita con esta autocrítica, sino que se fortalece, al mismo tiempo que deja sin armas a ese adversario que siempre acecha para dar sus zarpazos.

Por eso, en este balance de la situación cubana, se analizaron, conjuntamente con los indicadores fundamentales del desarrollo económico y social, numerosos problemas que comprendieron, entre otros, aspectos, la supervivencia de tendencias capitalistas expresadas en el mercado libre campesino, la corrupción de muchos directores de empresas, la deformación de las normas de trabajo, la desvirtuación de los estímulos materiales, la proliferación del burocratismo, el resurgimiento del economicismo, el enriquecimiento individual y la mediatización del plan. La búsqueda de la eficiencia y rentabilidad de las empresas, a como dé lugar, generó muchas veces el caldo de cultivo de vicios y perversiones que a su vez trajeron consigo la desmoralización.

Quizás uno de los temas más aleccionadores en esta revisión autocrítica es el que se refiere a la práctica del mercado libre campesino, el que se prestó para los peores abusos; a través de éstos un pequeño grupo de campesinos rezagados, algunos de los cuales simples intermediarios, se enriqueció vendiendo caro. Esta gente —dice Fidel Castro— recibía todos los servicios sociales de la Revolución y no aportaba nada a ella, convirtiéndose más bien en un obstáculo para el desarrollo del movimiento cooperativo en el campo, que representa formas superiores de producción, que es ejemplo de trabajo técnico avanzado y de alta productividad. Una vez percibidas tales manifestaciones de corrupción, fueron extirpadas de raíz durante este proceso evaluativo, suprimiéndose el llamado mercado libre campesino que, por lo demás, apenas representaba el dos por ciento de los suministros. Otra vez, es la fortaleza de una Revolución cuyos éxitos y realizaciones no autorizan el conformismo; una Revolución que no agota jamás el horizonte de sus creaciones y, por lo mismo, puede ser tan severa en sus juicios respecto de ella misma.

No era ésta la única supervivencia del capitalismo, por cierto —dice Fidel Castro—, sino que había otras a través de las cuales muchas personas buscaban privilegios, dinero fácil, no proveniente del trabajo personal, por medio del "chanchullo", de la especulación, de comercio ilícito, confundiendo el trabajo por cuenta propia con el capitalismo, lo que era favorecido, en numerosos casos, por los funcionarios que pagaban con dinero del pueblo dichos servicios. De otra parte, muchos directores de empresas se habían convertido en "empresarios de pacotilla", que aumentaban los precios para hacer rentables sus industrias y repartir primas. Así —dice Fidel Castro— cualquiera es rentable, cuando lo que interesa no es si su empresa gana más, sino cómo gana más el país, porque "desde el momento en que tengamos supuestos empresarios que se preocupen más de la empresa que de los intereses del país, tenemos un capitalismo de cuerpo entero". No fue para eso, por cierto, que se estableció el Sistema de Dirección y Planificación de la Economía, en el que tanta confianza depositara el Che.

Esta evaluación dejó establecido, precisamente, que dicho sistema no puede resolver en forma espontánea, por la simple emanación de sus normas, todos los problemas del desarrollo del país. Por el contrario, se estimó que el predominio de tal idea errónea provocó, durante los últimos años, descuidos graves en el trabajo político e ideológico, permitió la introducción de prácticas corruptas, que metalizaron a dirigentes y trabajadores, generó desviaciones tecnocráticas y bucocráticas que determinaban la "hipertrofia de las plantillas", impedían la aplicación de fórmulas racionales para el mejor aprovechamiento de la fuerza laboral, afectaban la calidad del trabajo, todo lo cual repercutía negativamente en el aparato productivo. Reafirmando un concepto muy arraigado en el Che, se reiteró que, al revés de capitalismo, que es el imperio de leyes ciegas, el socialismo debe regirse por el plan, como resultado de la voluntad social, y por el trabajo consciente, pero a condición de que no se puede cumplir el plan a cualquier precio, porque la conciencia de los trabajadores está primero.

En este punto, la memoria del Che se alzó como el ángel guardián de la Revoución para coincidir, una vez más, con la evaluación del gobierno cubano en 1986, al establecer ésta que el socialismo es un proceso consciente y que sólo se puede avanzar en la transición mediante la fuerza moral y en la medida en que se vaya formando el hombre nuevo, el hombre capaz de soñar y vivir en el comunismo. A esta altura del debate, Fidel Castro se preguntó de dónde salió la capacidad del pueblo cubano para vencer en la guerra de liberación, resistir las agresiones del imperialismo yanqui, aplastar la invasión mercenaria de Girón, "cuando todavía no había nacido la mitad de la actual población de Cuba", enfrentar un año después las amenazas de la Crisis de Octubre,

derrotar a las bandas contrarrevolucionarias. Él mismo se contestó: fueron los principios, la moral, la conciencia revolucionaria, esa inmensa fuerza moral es el mayor tesoro de la Revolución.

El dirigente cubano planteó también, por eso, que era ahora más necesario que nunca *exorcizar* los demonios de la Revolución, es decir, esos vicios de que daba cuenta, al tiempo que replantear ese otro gran debate promovido por el Che en los años sesenta sobre los incentivos. El dirigente cubano confirió en 1986 plena actualidad a ese tema, sosteniendo que los estímulos materiales son necesarios en cierta medida, como un reconocimiento de la sociedad a quienes hacen el mayor esfuerzo, que aportan más de acuerdo con la fórmula socialista: dé cada cual según su capacidad, a cada cual según su trabajo, aunque ésta no es desde luego igualitaria. El error está —dice— en pensar que el socialismo se puede construir con esos estímulos. Por el contrario, este nuevo sistema de vida sólo se puede desarrollar con valores morales y no con dinero, una revolución no se forja y sostiene con bienes materiales, sino con sacrificio y dignidad, como lo está haciendo ahora el pueblo de Nicaragua.

Esta posición explica que los mayores avances de la Revolución cubana se hayan dado en la *humanización* del trabajo, lo que se expresa, entre otros aspectos, en la reducción de 350 000 obreros que cortaban caña en las condiciones de trabajo más intolerables a menos de 80 000, gracias al empleo de maquinarias y la utilización de mejores técnicas, muchas de ellas resultado de la propia investigación científica y tecnológica, con lo que Cuba se ha aproximado al sueño del Che en este aspecto de la vida colectiva. No se realizan ahora —señaló Fidel Castro— corte de arroz a mano ni se ara la tierra con bueyes, ni tampoco se transportan los productos en carretas, ni se construyen caminos con medios rudimentarios, como en el pasado, sino que para todo eso se emplean medios mecánicos modernos. Este avance puede incrementarse todavía más si los directores, técnicos, obreros y campesinos son capaces de hacer una utilización de aquéllos más racional y óptima, si son capaces de dar un salto de calidad en la Revolución.

La fuerza subjetiva del pueblo cubano ha exhibido, además, ante la sorpresa y la admiración del mundo entero, una capacidad titánica en el campo de la defensa, donde un pequeño país, sitiado por el más poderoso imperialismo conocido en la historia, ha impedido la intervención militar abierta de éste, mediante el trabajo voluntario de su población, construyendo fortificaciones y entrenándose en el uso de las armas. En esta esfera de la acción colectiva no caben las críticas, sino el reconocimiento público.

Fidel Castro, con justificado orgullo, recordó que ya no son ese puñado de combatientes, esas decenas de hombres instalados en la Sierra Maestra, sino que ahora son millones los que toman en sus manos las banderas de la Revolución y defienden ideas justas y victoriosas que han enfrentado al imperio a noventa millas de sus costas y a pulgadas de la base naval de Guantánamo.

Por encima de esta valiente autocrítica, Cuba se encuentra empeñada en una lucha estratégica por superar rezagos y vicios, que tomará tiempo y perseverancia, pero que no se reducirá a campañas esporádicas, sino que será un combate de todos los días. Fidel Castro reconoció los avances logrados, señalando el año de 1985 como el que ha mostrado el mayor ahorro y eficiencia y los mejores resultados, pero entiende también que éste es sólo el comienzo de una fase superior del proceso revolucionario, en la que debe aprovecharse la conciencia ganada de su propia experiencia. "La etapa de aprendizaje" —dice— "debe quedar definitivamente atrás; es hora de aplicar ya a plenitud el enorme cúmulo de experiencia y conocimientos adquiridos en los años de la Revolución. ¡Ello supone la consagración y entrega total!"

De este modo, sin renunciar a nada de lo conquistado, se trata de optimizar el esfuerzo, el uso de los recursos, el funcionamiento de la organización, la aplicación de los planes y programas, para conquistar también el futuro. "Nuestro problema es" —expresa, por eso Fidel— "el desarrollo, nuestro problema es el futuro." Dirigiéndose a los jóvenes, al finalizar el Congreso de la Federación de Estudiantes de Enseñanza Media, el revolucionario que, en su juventud, fue capaz de conducir a su pueblo a la conquista del poder, le entregó simbólicamente la bandera invicta de la Revolución:

> Ustedes van a tener [les expresa] muchas responsabilidades. ¡El año 2000 es de ustedes, más que de nosotros! ¡El futuro es de ustedes! [...] Lo que hablamos hace unos días les incumbe a ustedes más que a la actual generación. Pensar en el futuro, consolidar lo que tenemos, que es bastante, en lo social, y desarrollar una estrategia en lo económico, inteligente, sabia, que garantice muchas más posibilidades en el futuro.

La América Latina a partir de la crisis

Si el pensamiento del Che tiene así tal relevancia en el presente de la sociedad cubana, con mayor razón la tiene con respecto al futuro próximo de las demás naciones latinoamericanas.

Esta afirmación se sustenta en el reconocimiento de que, aparte de la situación de Cuba y de los rasgos singulares de la posición

actual de Nicaragua, la América Latina vive una de sus horas más difíciles. Se detuvo su desarrollo económico; los retrocesos en los niveles de ingreso por habitante y en las condiciones básicas de vida de grandes capas de población, significan volver a las situaciones de hace diez o veinte años; acumuló una deuda impagable, cuyo servicio tiende a perpetuar una sangría de recursos sin cuya disponibilidad no podrían abrirse nuevas dinámicas de crecimiento; se desmorona su sistema de relaciones económicas externas, construido bajo los términos de su articulación preponderante y subordinada con las economías capitalistas "centrales"; las desigualdades sociales alcanzaron dimensiones extremas, hasta hacerse no sólo política y socialmente intolerables, sino también improrrogables como sustentación de cualquier forma de crecimiento económico.

Por doquier, dominan la perplejidad y la desesperanza, y se extiende la corrupción. Las respuestas de las políticas de ajuste o los programas "heterodoxos" resultan inútiles, a la vez que acrecientan aún más los costos sociales de la crisis cuya supuesta transitoriedad, a la espera de una prometida reactivación que resulta ilusoria, tiende a hacerse permanente. No se revierte la aguda tendencia a la disminución de los salarios reales y al aumento de los índices de desempleo y subempleo de la fuerza de trabajo.

Pero lejos de reconocerse las raíces de este cuadro abrumador y proponer consecuentemente otros rumbos fundamentalmente distintos de desarrollo, se busca difundir por todos los medios el "mensaje ideológico" del mercado, la apertura indiscriminada a los intereses externos, la "privatización" de las actividades productivas, el achicamiento de los aparatos estatales y la disminución de los servicios sociales; todo ello, en última instancia, mucho más en función de que se preserve la capacidad para seguir pagando la deuda que con vistas a una reactivación de la economía nacional. La invocación constante del "realismo" busca sugerir que no habría posibilidad alguna para una política alternativa, y se califica peyorativamente como "utopía" a cualquier otra proposición discrepante.

Las incertidumbres que ocasiona la crisis parecieran afectar tanto a las fuerzas sociales más reaccionarias como a las más progresivas. El fracaso evidente de las experiencias neoliberales, que con su sello configuraron una visión integrada de contenidos económicos y políticos, acabó con el proyecto más acariciado por los exponentes conservadores de la derecha, el agotamiento de las fórmulas reformistas, según se las concibió en la década del sesenta, vino a plantear a las concepciones socialdemócratas el desafío, no resuelto, a su capacidad para actualizarse con nuevas

propuestas, y las fuerzas sociales que propugnan una transformación revolucionaria aparecen en muchas partes a su vez a la defensiva, no sólo por la represión que se ejerce sobre sus expresiones orgánicas, sino también debilitadas por su dispersión y por la insuficiencia de sus respuestas a la desautorización ideológica de que son objeto.

En el marco de la crisis, y como un rasgo singular de este presente latinoamericano, aparecen así grandes dificultades para armonizar los procesos políticos y los procesos económicos. Hay disociaciones ostensibles que, sin embargo, no son prorrogables. En unos casos, los avances en la recuperación (o en la expectativa) democrática coinciden con graves retrocesos y obstáculos económicos, hasta el punto de que el fracaso para resolverlos se constituye en uno de los riesgos mayores para la continuidad de esa recuperación democrática y su profundización. En otros casos, el predominio de las tendencias políticas conservadoras se expresa en propuestas económicas que resultan insuficientes o ineficaces aún en relación con sus objetivos más inmediatos. En definitiva, esa disociación entre las expresiones económicas y políticas de la crisis se traslada a manifestaciones igualmente contradictorias en el plano del pensamiento social del presente en la América Latina.

En el curso de los últimos años, viene quedando manifiesta la esterilidad de unas políticas que buscan cumplir primero unos propósitos de "ajuste", supuestamente para emprender después adecuaciones estructurales de mayor alcance. Un fracaso que viene a confirmar que lo que está de por medio no es una tarea de transformación de estructuras *a partir* de la superación de la crisis, sino una tarea inmediata de cambios estructurales que son indispensables *para salir* de la crisis.

Esta última convicción se sustenta en el reconocimiento de que la crisis actual es, en su esencia, expresión del agotamiento del patrón de desarrollo que ha prevalecido en las últimas décadas. Identificado de modo general con una estrategia de "industrialización sustitutiva" y de expansión y diversificación de las exportaciones, ese patrón identificó en su curso dos fuentes básicas de dinamismo: la demanda externa y las demandas internas de consumo de los sectores sociales beneficiados por la concentración del ingreso. Hoy día, así como en el futuro previsible, esos dos ejes dinámicos del pasado resultan ser ineficaces para motivar impulsos dinámicos capaces de sustentar la continuidad del desarrollo económico.

En efecto, por lo que hace al primero de esos factores, la articulación comercial de la América Latina está siendo afectada —y lo será todavía mucho más en el futuro— por procesos de

intensa transformación de las economías capitalistas desarrolladas, impulsados entre otros factores por importantes avances tecnológicos. La triple revolución tecnológica en marcha —de la microelectrónica, de la biotécnica y su proyección a la ingeniería genética, y del desarrollo de fuentes no convencionales de energía— tiene potencialidades incalculables y, en todo caso, tendrá cuando menos el efecto de disminuir la significación de las "ventajas comparativas" de la América Latina que han provenido de su "mano de obra barata" y del hecho de ser depositaria de amplios recursos naturales. En consecuencia, lo más probable es que la demanda externa proveniente de las naciones capitalistas desarrolladas no cumpla en el futuro ningún papel significativo como factor de impulso dinámico al desarrollo latinoamericano.

Las perspectivas no parecen ser mejores para las relaciones financieras externas de la América Latina, subordinadas como están al problema de la deuda. La gravitación de ésta —sea que se la aprecie en relación al producto generado, a los ingresos de exportación o a la dimensión de los recursos asignados a la formación de capital— es de tal intensidad, que se constituye por sí sola en un enorme condicionante del presente y del futuro.

La conclusión que emerge de estas consideraciones es la de que la mayoría de las naciones latinoamericanas tendrán que encarar una restructuración muy amplia de su sistema de relaciones económicas externas. El sentido esencial del cambio no podrá esquivar como línea estratégica clave la diversificación *geográfica* de esas relaciones, en las tres orientaciones posibles: un aprovechamiento sustancialmente mayor de las potencialidades de comercio con los países socialistas, una acentuación considerable de la relación "sur-sur", y avances muy decisivos hacia la integración económica de la América Latina. Esta última condición tiene relevancia especial, hasta el punto de que muy probablemente habrá de constituirse en un componente básico de cualquier estrategia de desarrollo futuro de la región.

La otra consideración se refiere al grado en que los extremos de desigualdad a que se ha llegado imponen límites no sólo sociales y políticos sino también económicos a la concentración del ingreso. Vistas así las cosas y situadas en una perspectiva de largo plazo, la segunda gran tarea histórica habrá de consistir en la traslación del eje dinámico de los factores del desarrollo futuro hacia las necesidades y demandas del conjunto de las poblaciones. Lo cual no se confunde con algunas proposiones en boga que buscan atenuar los problemas de "extrema pobreza" o de "necesidades básicas" como una concesión del esquema predominante, sino que significa que las necesidades de la mayoría tendrían que constituirse en el objetivo central a partir del cual se

definirían los patrones de inversión y los términos de financiamiento de todo el sistema productivo.

Proposición esta última que parece muy simple, pero que supone de hecho un vuelco fundamental. Desde luego, involucra un cambio drástico en la distribución del ingreso, así como en otras fuentes de la desigualdad, entre ellas las situaciones de propiedad y las "heterogeneidades" inter e intrasectoriales. De igual manera, una opción "no exportadora-no concentradora" supone también para la América Latina otra visión de la revolución tecnológica en marcha: más que el desafío de acceder al progreso técnico para estar presentes en el mercado internacional, lo que interesa son las posibilidades que abren las nuevas tecnologías para resolver problemas de abastecimientos internos, principalmente alimentos, que pasarían a ser prioritarios en el marco de nuevas estrategias de desarrollo de esa naturaleza.

En suma, lo que terminaría configurándose es una estrategia que privilegia las demandas básicas (las "necesidades de todos") como eje dinámico, que apunta a una disminución rápida de la desigualdad, que busca superar de la misma manera la herencia de heterogeneidades estructurales, que se propone una amplia diversificación geográfica de las relaciones económicas externas, que camina firmemente hacia la unificación económica de la América Latina; que se empeña en acceder a los frutos de la revolución tecnológica, principalmente en función de sus propias necesidades; que desarrolla un sistema y pone en práctica un proceso continuo de planificación. Una estrategia, en suma, que requiere una urgente formulación.

Es claro que todo ello deja abiertos los interrogantes con respecto a la viabilidad de una estrategia de esa naturaleza, la correlación de fuerzas sociales que sería capaz de impulsarla, el papel que habrían de desempeñar los distintos "agentes" del desarrollo y las modalidades del tránsito —es decir, las políticas de corto plazo— entre las crisis del presente y esa "imagen-objetivo" de futuro. Como quiera que sea, todo indica que serán requerimientos insoslayables; que no habrá otra opción que la de seguir en la crisis, con altibajos transitorios pero sin superarla y con tendencias igualmente regresivas en las condiciones políticas o, alternativamente, emprender procesos de profundas transformaciones económicas y sociales.

No es difícil advertir, en enunciados como los que se han venido proponiendo, la similitud de tareas y requerimientos que ellos implican con la trayectoria cumplida por la sociedad cubana en su fase de transición al socialismo. Pero entiéndase bien: no se está sugiriendo que el conjunto de las sociedades latinoamericanas vaya a reproducir en el futuro próximo la trayectoria cumpli-

da por Cuba —aunque algunas sí lo harán—, lo que se sostiene es que tendrán que encarar transformaciones progresivas muy trascendentes, en los marcos singulares que cada situación nacional determine e incluso con distintas perspectivas con respecto al régimen político institucional en que busquen encauzarlas. En ese proceso transformador van a enfrentar, sin duda, muchos de los problemas que son igualmente característicos de la transición. De ahí el renovado interés por las contribuciones que han hecho quienes han vivido y analizado procesos de esa naturaleza, entre los cuales corresponde al Che un lugar excepcionalmente destacado.

En todo caso, ese futuro de América Latina no podría ser fruto solamente de los imperativos económicos, de los requerimientos objetivos que se derivan de la realidad presente. El papel de los factores subjetivos, sobre los cuales el Che puso siempre tanto acento, resultará fundamental. Será preciso derrotar el inmenso peso actual de una ideología esencialmente conservadora, cobrar conciencia sobre los límites muy estrechos de los reformismos tibios, recorbar confianza en un destino superior para los pueblos latinoamericanos, levantar las banderas de la *utopía* socialista, más "realista", por audaz que sea, que el sueño imposible de los intereses reaccionarios de que todo pudiera volver a transcurrir como en el pasado.

Las actuales generaciones de latinoamericanos tienen como fuerza moral impulsora de esta lucha la memoria de centenares de miles de muertos, desaparecidos y torturados desde el triunfo de la Revolución cubana, en 1959, hasta hoy. Cifra escalofriante de quienes han caído en la defensa del socialismo y la democracia, en las ciudades y selvas de nuestro continente, y por la acción despiadada del terrorismo de Estado, ejercido por las dictaduras militares y civiles, que constituyen la última línea de resistencia de las sociedades capitalistas, sustentadas por el imperialismo. La lucha de nuestros pueblos no puede concluir, por eso, sino con la victoria definitiva.

Ningun símbolo histórico podría convocar con más fuerza y persuasión a esa empresa que la imagen de Ernesto Che Guevara.

BIBLIOGRAFÍA

ESCRITOS DEL CHE CONSULTADOS

En la preparación del presente estudio hemos considerado como fuente general del pensamiento de Ernesto Guevara la edición de sus obras (1957-1967), en nueve tomos, presentada por la Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, Cuba, 1977, con especial utilización de los trabajos siguientes:

1.	Guerra de guerrillas: un método	Tomo 1
2.	Discurso a la clase obrera	Tomo 4
3.	Intervención en el ciclo de conferencias del Banco Nacional	Tomo 4
4.	El papel de la Universidad en el desarrollo económico de Cuba	Tomo 4
5.	Discurso a estudiantes y profesores de la Escuela Técnica Industrial	Tomo 4
6.	Soberanía política e independencia económica	Tomo 4
7.	Discurso en el Banco Nacional	Tomo 4
8.	Discurso a los trabajadores de la industria textil	Tomo 4
9.	Discurso en la Convención Nacional de los Consejos Técnicos Asesores	Tomo 5
10.	Conferencia en el ciclo Economía y Planificación de la Universidad Popular	Tomo 5

11. Discusión colectiva: decisión y responsabilidad únicas — Tomo 5

12. Discurso de la clausura de la primera Asamblea de Producción de la Gran Habana — Tomo 5

13. Charla a trabajadores del Ministerio de Industrias — Tomo 5

14. Contra el burocratismo — Tomo 5

15. Conferencia en el curso de adiestramiento del Ministerio de Industrias — Tomo 5

16. Comparecencia televisada acerca de la firma de acuerdo con los países socialistas — Tomo 5

17. Discurso a las milicias en Cabañas, Pinar del Río — Tomo 5

18. Discurso en el Encuentro Nacional Azucarero, Santa Clara — Tomo 5

19. Discurso en el acto conmemorativo de la muerte de Antonio Guiteras — Tomo 5

20. Discurso en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo — Tomo 5

21. Tareas industriales de la Revolución — Tomo 6

22. Discurso de clausura del Consejo Nacional de la CTC — Tomo 6

23. Palabras en la entrega de premios de la emulación de círculos de estudios del Ministerio de Industrias — Tomo 6

24. Conferencia a los estudiantes de la Facultad de Tecnología — Tomo 6

25. El cuadro, columna vertebral de la Revolución — Tomo 6

26. Discurso en la inauguración de la fábrica de galletas Albert Kuntz — Tomo 6

27. Discurso en la Asamblea General de Trabajadores Portuarios — Tomo 6

28. Discurso en la entrega de premios a obreros destacados del Ministerio de Industrias — Tomo 6

29. Discurso en homenaje a trabajadores destacados — Tomo 6

30. Comparecencia televisada con relación a la II Zafra del Pueblo — Tomo 6

31. Charla con delegados extranjeros al Primero de Mayo — Tomo 6

32. El socialismo y el hombre en Cuba — Tomo 7

33. Discurso en el Seminario sobre Planificación en Argelia — Tomo 7

34. Consideraciones sobre los costos de producción como base para el análisis económico de las empresas sujetas a sistema presupuestario — Tomo 7

35. Discurso de clausura del Primer Encuentro Internacional de Estudiantes y Profesores de Arquitectura — Tomo 7

36. Discurso en la Asamblea General de Trabajadores de la Textilera Ariguanabo — Tomo 7

37. Participación en programa televisado acerca de la implantación de normas de trabajo y escala salarial en los sectores industriales — Tomo 7

38. El partido marxista-leninista, prólogo al libro del mismo nombre — Tomo 7

39. Sobre el sistema presupuestario de financiamiento — Tomo 8

40. La banca, el crédito y el socialismo Tomo 8

41. Planificación socialista, su significado Tomo 8

42. Discurso en la inauguración de la INPUD, Santa Clara Tomo 8

43. Cuba, su economía, su comercio exterior, su significado en el mundo actual Tomo 8

44. Discurso en el acto de graduación de la Escuela de Administradores "Patricio Lumumba" Tomo 8

45. Discurso en el Ministerio de Industrias Tomo 8

46. Discurso en la conmemoración del 30 de Noviembre Tomo 8

47. Cuba: ¿Excepción histórica o vanguardia en la lucha contra el colonialismo? Tomo 9

48. Discurso en la Universidad Nacional de Montevideo Tomo 9

DOCUMENTOS OFICIALES SOBRE EVALUACIÓN AUTOCRÍTICA DE LA REVOLUCIÓN CUBANA

Para el análisis del balance autocrítico de la Revolución cubana de 1986 se tuvieron presente los documentos oficiales publicados en *Cuba Socialista*, 5/86, de septiembre-octubre del mismo año, a saber:

1. Informe Central al III Congreso del Partido Comunista de Cuba (Deficiencias y fallas)

2. Fidel Castro Ruz:

   En el XXV aniversario de la victoria de Playa Girón y de la proclamación del carácter socialista de la revolución

   En el centenario de la fundación del hospital "Salvador Allende"

   En el II Encuentro Nacional de Cooperativas de Producción Agropecuaria

   En el XXV aniversario de la fundación del Ministerio del Interior

   En la reunión de análisis sobre la gestión de las empresas de Ciudad de La Habana

   En el X Período Ordinario de Sesiones de la Asamblea Nacional del Poder Popular

   En el XXXIII aniversario del 26 de Julio

3. II Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Cuba:

   Analiza máxima dirección del Partido marcha de la economía y del proceso de rectificación de errores y tendencias negativas

   Versión de las partes fundamentales de las intervenciones de Fidel Castro durante los debates y sus conclusiones

   Revolución cubana: pensamiento y obra

ÍNDICE

El Che / 9

Nota Preliminar / 19

Capítulo Primero
El camino de la Revolución cubana / 25

Capítulo Segundo
El nuevo escenario de la lucha social / 45

Capítulo Tercero
La economía política de la transición / 63

Capítulo Cuarto
El hombre en el mundo del trabajo / 91

Capítulo Quinto

El Estado y la dirección económica / 113
Capítulo Sexto
La herencia del Che en la América Latina / 131

Bibliografía / 149

CHE GUEVARA EN EL PRESENTE DE LA AMERICA LATINA

de Pedro Vuskovic y Belarmino Elgueta, se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 1987 en el Establecimiento 04 "Urselia Díaz Báez". Publicado por Ediciones Casa de las Américas, República de Cuba.

"AÑO 29 DE LA REVOLUCIÓN"